FRITZ
LEIBER
MILENIO VERDE

MILENIO VERDE

FRITZ LEIBER

Traducción al castellano: Jorge Ledezma
Imagen de portada: Pixabay

Contenido

MILENIO VERDE
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX

X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

El mundo en el que vivía Phil Gish no era precisamente idílico y a Phil no le gustaba vivir en él. Estaba desilusionado, sin propósito, desesperanzado y atormentado por el miedo a que un robot le quitara su trabajo. Pero Phil era una persona tímida, poco dada a buscar aventuras. Si no fuera tan apocado, podría haber encontrado su momento de diversión en *All Amusements*, el centro de recreo sindicado donde cualquiera podía divertirse, siempre que poseyera los elementos sádicos y aberrantes adecuados en su personalidad. Pero Phil era un tipo bueno—y aburrido.

Y entonces, un día, un gato se posó en su ventana, no un gato normal, sino un gato de color verde. Por primera vez en años, Phil se sintió feliz. Inmediatamente nombró al gato *Lucky* porque de alguna manera sabía que mientras el felino se quedara con él se sentiría bien. Pero *Lucky* no se quedó mucho tiempo. En cuestión de minutos despareció en el centro *All Amusements*. Fue entonces cuando Phil se vio envuelto en un mundo grotesco, poblado de las personalidades más extraordinarias. El gato y su significado constituían el secreto de todo, lo cual conduciría a un final sorprendente.

I

Phil Gish se despertó sintiéndose tan bien como si toda su vida anterior hubiera sido vivida por otros dos tipos—¡pobres y miserables *clunks*!

Normalmente sus rápidos reflejos hacían que se levantara de la cama en un santiamén y le hacían ponerse los calzoncillos y los calcetines mientras buscaba frenéticamente el bote de crema para disolver la barba. Pero en esa ocasión fue capaz de burlar todos sus tiránicos impulsos nerviosos y mantener los ojos cerrados para disfrutar de aquella sensación sin precedentes él solo, sin compartirla siquiera con las paredes cubiertas de anuncios de su pequeño apartamento de soltero.

Después de un rato, decidió que era sencillamente maravilloso. ¡Imposible y escandalosamente maravilloso!

En realidad se sentía como si aquel no fuera un mundo en el que las guerras frías y calientes habían estado brotando impredeciblemente durante cincuenta años como grifos temperamentales, en el que la Oficina Federal de Lealtad y Diversión Incorporada gobernaba los Estados Unidos. en nombre de ese granjero borracho y cantor de himnos, el presidente Robert T. Barnes, y en el cual (según el *Kremlin Newsmoon*, situado en un vehículo satélite que gira alrededor de la Tierra) se estaba estudiando un nuevo plan para intercambiar a los descendientes de los prisioneros tomados en la guerra de Corea, de medio siglo de antigüedad.

Y como si él, Phil Gish, no fuera un tipejo abandonado a su suerte que al despertarse a las ocho de la mañana no se hubiera tomado cuatro somníferos para sobrellevar el día y olvidar temporalmente que acababa de perder otro trabajo a manos de un robot que realizaba su labor cinco veces más rápido y con el doble de precisión, razón por la cual había sufrido un colapso nervioso y le habían aconsejado fríamente que acudiera a un psiquiatra.

Respiró profundamente. Incluso el aire olía y se sentía diferente, como si estuviera espolvoreado con alguna sustancia química dorada que desterrara la preocupación.

Abrió los ojos y se miró el pálido pecho con los dos pelos solitarios que eran el sardónico último adiós de la gloriosa condición de simio de la selva. Pero esta vez la palabra que le vino a la mente fue "esbelto", no "escuálido". Decidió que le gustaba su cuerpo: un trozo de tejido pulcro y compacto, aunque no exactamente fuera de su talla. Bostezó, se estiró, se rascó donde tenía dos pelos y miró a su alrededor. Un gato verde estaba sentado en el alféizar de la gran

ventana circular abierta y le sonreía.

"Hey, ¿estoy soñando?".

El sonido de su propia voz, con su atisbo de graznido matutino, respondió a esa pregunta.

¿O es que realmente se trata de una alucinación? La segunda pregunta, no formulada, fue rápidamente suprimida. Se sentía demasiado bien para dejar que le preocupara. Si aquello era producto de la locura, ¡tres hurras por la paranoia!

Además, había todo tipo de explicaciones naturales para el color poco convencional del gato. El día anterior, Phil había visto a una joven matrona que conducía a dos caniches de color rosa. Un destello de lo que podría ser un vestido fuera del pecho bajo su abrigo le había movido a pasar lo suficientemente cerca como para escuchar asegurar a su acompañante: "No son teñidos, lunático. Son mutaciones".

Además, ¿no eran algunos animales verdes por naturaleza, como el perezoso arborícola? Aunque le parecía recordar que el tono del perezoso arbóreo se debía a un hongo o moho, y desde luego no había mohos en el brillante manojo de benignidad que descansaba en el alféizar de su ventana.

"Hola, Lucky", saludó con dulzura. Desde el primer momento había decidido relacionar al gato con su nueva e increíble sensación de bienestar. Si estaba por iniciar una nueva etapa en su vida, era una buena idea tener un símbolo para ello, un símbolo verde como la primavera misma. Además, así se sentía.

"Ven aquí, Lucky", llamó sin levantar la cabeza de la esponjosa almohada. "Aquí, Kitty".

La segunda invitación, que a Phil le sonó un poco tonta en cuanto la pronunció, no fue necesaria. El felino descendió inmediatamente su regordete cuerpo desde el alféizar de la ventana y trotó hacia él como un caballito mullido y suave. Phil sintió un extraño aumento, casi aterrador, en la tranquila alegría que bullía en su interior. El gato desapareció momentáneamente bajo el ángulo de la cabecera. Después, una carita verde asomó por el borde, dos patitas del mismo color se colocaron a su lado, y dos ojos cobrizos lo inspeccionaron.

"¿Cómo estás, amigo?" preguntó Phil. "Encantado de conocerte. Eres un gamberro genial, desde luego. ¿De dónde vienes?"

La carita se inclinó hacia arriba.

"¿De arriba?" preguntó Phil y al instante se rió de sí mismo por interpretar el movimiento como un gesto. "¿Por qué no te quedas un rato conmigo? Me gusta tu aspecto y pienso que tu color es fabuloso. Yo mismo a menudo he deseado ser verde. Lo que sea para variar, con

perdón".

Era un rostro felino extraño y curiosamente atractivo. Las orejas eran grandes, la frente alta, la nariz se perdía en el vello, los bigotes apenas se asomaban y la boca sugería una mueca o un mohín. Por un fugaz instante, Phil tuvo la idea de que Lucky se veía un poco diferente a un gato promedio, si le cogían desprevenido. Y era realmente muy verde, el verde del cobre deslustrado, sólo que más brillante.

Pensando en la palabra "él", Phil se preguntó por un instante fugaz sobre el sexo de Lucky. La gorda barriga era sugestiva. Sin embargo, de alguna manera estaba seguro de que el gato era un macho.

Entonces Lucky sonrió otra vez y Phil fue consciente solamente de sensaciones. Extendió una mano de manera tentativa, la sacudió hacia atrás cuando una pequeña pata se dirigió hacia él, y luego, avergonzado, corrigió el gesto. La patita le tocó el dedo medio. Phil acarició a su vez la sedosa patita. En ninguna de las dos ocasiones notó un atisbo de garras. Debían de estar todas metidas en sus suaves fundas.

"Ahora somos amigos", dijo Phil con voz ronca. El gato saltó sin miedo sobre la cama. Sus ojos cobrizos se acercaron. Una mejilla peluda rozó brevemente la de Phil con desenfadada amabilidad masculina. A Phil le saltaron lágrimas de repente, lo suficiente como para rebosar los párpados pero sin desbordarse.

Qué tonto solitario y vacío de vida debía de ser, se dijo, para que un gato pudiera hacerle llorar. Sin embargo, era cierto. Toda su vida había sido un desvanecimiento. Sus padres le habían parecido cálidos y maravillosos al principio, pero luego había empezado a percibir sus grises incertidumbres y su aburrimiento. La escuela había estado llena de promesas impresionantes en un momento dado, con infinitas vistas de conocimiento y hermandad idealista que se abrían; pero demasiadas de aquellas visiones habían terminado en señales que decían "restringido" o "subversivo" o las señales en blanco aún más enloquecedoras del silencio calculado, igual que el hombre se había prometido a sí mismo que llegaría pronto a los planetas, pero no lo había hecho. Phil también había tenido amigos alguna vez, y había estado realmente enamorado de las chicas; pero incluso eso se había desvanecido de algún modo y carecía de valor. Y luego, el interminable asunto de los robots de oficina que les quitaban el trabajo a golpes, empezando por los robots clasificadores de correo que introducían los sobres en las ranuras adecuadas escaneando fotoeléctricamente sus direcciones. Lo único que los robots no podían hacer, al parecer, era sentarse en trincheras. Ese era un lugar en el que Phil no recordaba ninguna competición mecánica.

Sí, había sido una vida realmente vacía y sin propósito alguno, se dijo

Phil, preguntándose al mismo tiempo por qué ni siquiera ese pensamiento podía empañar su felicidad actual.

Salió de su ensueño y vio que el gato marchaba por la cama, inspeccionando de cerca su cuerpo desnudo.

"Oye, somos amigos, pero eso es ir demasiado lejos. Déjame un poco de intimidad". Riéndose, se levantó de la cama y cogió una bata ligera mientras su cuerpo abandonaba el cono de calor radiante que proyectaba la lámpara del techo. Mientras se ponía la bata, tarareó un par de compases de "Kiss Me, Darling, in Free-Fall" y dio un paso arrastrando los pies que hizo que el gato se apresurara a jugar al pilla-pilla con sus dedos.

"¿De dónde vienes, Lucky? repitió Phil y se volvió hacia la ventana. En los tres pasos que tardó en alcanzarla, su mirada se posó en el casi vacío dispensador de somníferos y por un momento volvió la inquietante duda: ¿no podría la sobredosis de esa mañana haber desencadenado o ser paralela a un cambio realmente grande en su mente? Al fin y al cabo, aquel gato no era normal (¡ni tampoco las alucinaciones!) y su loca e inexplicable felicidad se parecía demasiado al mundo interior de perfección divina en el que se supone que debe refugiarse el paranoico.

Pero entonces estaba en la ventana experimentando un nuevo giro en su estado de ánimo y se olvidó de la duda.

La ventana daba a un profundo y estrechísimo vano del remodelado hotel para monstruos en el que Phil se alojaba. Si arriesgaba el cuello asomándose mucho, apenas conseguía asomarse a la bahía y vislumbrar una esquina incrustada de anuncios de la arena de lucha libre de *Fun Incorporated* y el helipuerto de su azotea. El hotel había sido construido como palacio de lujo para los nuevos ricos de la guerra de los años setenta, pero durante la gran escasez de viviendas de los ochenta sus enormes habitaciones habían sido reducidas a minúsculas celdas para dormir. Conservaba, sin embargo, al menos una característica de sus días señoriales: las enormes ventanas circulares formadas por dos láminas de cristal polarizador, el interior de las cuales podía girarse, lo que permitía a una persona oscurecer su ventana o mantenerla totalmente transparente o disfrutar de cualquier tono de penumbra. Otro toque de lujo bastante inusual consistía en que las ventanas podían abrirse realmente, oscilando sobre pivotes en la parte superior e inferior. Hoy en día, con la calefacción radiante para dormir generalizada en todo el hotel y el sistema de aire acondicionado poco fiable, esta última característica se utilizaba más a menudo de lo que cabría esperar, aunque las ventanas se mantenían cerradas la mayor parte del día.

A Phil siempre le había parecido que el enorme muro gris situado a

tres metros de su ventana, con sus hileras de ominosos ojos de buey, muchos de ellos ennegrecidos, era la visión más tétrica del mundo, un símbolo de la forma en que estaba aislado de la vida y de la gente.

Pero ahora, mientras se asomaba un poco, con el cabello recortado rozando el deslustrado borde circular, le parecía que podía imaginar cómo atravesar aquel muro como si estuviera hecho de algún material que condujera las emociones como el cobre conduce la electricidad. No ver o pensar a través de ella, sino sentir a través de ella la textura múltiple de las cálidas, lamentables, admirables y ridículas vidas humanas de los apartamentos de más atrás: las dos quintas partes felices, las nueve décimas partes tristes, las cuales alimentaban miedos y frustraciones porque había que alimentar algo, las que martilleaban miedos y frustraciones hasta convertirlos en una dolorosa armadura, el anciano que clasificaba con aprensión sus inertes sellos de racionamiento de tres guerras comunocapitalistas, el niño que jugaba a la nave espacial y fingía que la ventana ennegrecida era el ojo de buey del buque intergaláctico de algún cómic, las tres secretarias desempleadas—una de ellas paseándose—, los amantes cuya cita se veía empañada por preocupaciones sobre la Oficina Federal de Moralidad, el hombre obeso sintiendo la caricia de una chica por radio handie y pensando en algo de hacía mucho tiempo, la anciana alimentando su miedo a los gérmenes de la guerra y las cenizas atómicas quitando el polvo, limpiando el polvo, sacudiendo el polvo constantemente. ...

Bueno, su nuevo yo ciertamente tenía una vívida imaginación, decidió Phil con una sonrisa.

Una mano vieja salió por un ojo de buey tres pisos más abajo y sacudió algo—o nada—de un recogedor.

Coincidencia, por supuesto, o bien alguna vez había observado a la mujer sin pensar en ello; no obstante, Phil optó por interpretar el suceso como una alentadora confirmación de su nuevo sentimiento de extroversión. Entonces la sonrisa abandonó sus labios al pensar en otro aspecto de la pared opuesta.

Aquella ventana era el mirador desde el cual había pasado innumerables horas, monótonamente excitado, espiando las actividades de todas las jóvenes cuyos cubículos estaban remotamente a su alcance. No así la chica nueva—la que llevaba el cabello negro en un anticuado estilo cola de caballo—del apartamento de enfrente, aunque era bastante guapa de un modo ágil y animal, y a veces la escuchaba bailar claqué. No, estaba demasiado cerca y, además, le daba un poco de miedo. Tenía algo inquietantemente parecido a una dríada y, en cualquier caso, oscurecía religiosamente su ojo de buey. Ahora estaba cerrado, aunque ligeramente entreabierto.

Pero todas las demás chicas eran objeto de su incansable y estéril interés. Por ejemplo, la linda rubia verdosa que vivía justo debajo y a la izquierda, la señorita Phoebe Filmer (una vez había dado el paso realista y sin precedentes de averiguar su nombre), por la que había sacrificado una parte considerable de su tiempo libre. Allí estaba ella, en ese mismo momento, dando vueltas en una corta bata de juego, inspeccionando un surtido de vaporosa lencería, una situación muy prometedora que normalmente habría mantenido indefenso a Phil durante veinte minutos o más. Pero ahora se daba cuenta de que podía mirarla y luego apartar la vista sin la menor preocupación de perderse algo. Dios santo, si quería ver más, en cualquier sentido, a la señorita Phoebe Filmer, se las arreglaría para conocerla.

"¡Prrrrt!" Una bola peluda y suave llegó a su mano y miró la cara verde manzana de Lucky enmarcada por sus dedos índice y pulgar curvados.

"¿Qué quieres, gato?"

Lucky se zafó de la mano ahuecada con un giro que le permitió frotarse la frente y la oreja, y apoyó las patas delanteras en el borde de la ventana. Phil acercó rápidamente su mano para que rodeara ligeramente el pecho del gato. No quería que Lucky volviera a salir al pequeño saliente que daba a ambos lados de la ventana. De hecho, como Phil ahora definitivamente se dio cuenta, no quería que Lucky lo dejara en absoluto, aunque algo le decía que no sería capaz de detener a Lucky si el gato verde realmente quería irse.

Se le ocurrió a Phil, con cierta satisfacción avergonzada, que todos los animales domésticos estaban estrictamente prohibidos en las Torres Skyway (los gatos y los perros eran bastante raros desde los días de la guerra bacteriológica, cuando habían sido sacrificados como posibles portadores) y, por lo tanto, el dueño de Lucky no podría hacer nada abiertamente para recuperarlo.

Pero Lucky no parecía tener intención de marcharse. Saltó al suelo y miró ansiosamente a Phil.

"¡Prrrrt!"

"¿Quieres algo de comer? ¿Es eso?"

"¡Prrrt-prt!"

Phil hizo inventario mental de su caja de aperitivos y se encontró pensando en el concentrado de arándanos. Realmente inapropiado, pero algo le aseguraba que sería perfecto para Lucky.

Lo preparó rápidamente: una canica de color rojo oscuro que se hinchó hasta convertirse en una reluciente pelota de golf de color rubí al contacto con el agua, y luego, a otro repentino impulso interior, el contenido almibarado de una cápsula de vitaminas vertido sobre ella.

El último ingrediente olía bastante mal y, para cuando dejó el extraño helado en el suelo, Phil se sentía bastante dudoso. Sin embargo, Lucky lo examinó con todos los signos de aprobación, maullando con impaciencia. Pero entonces, en lugar de empezar a comer, miró a Phil. Phil creyó comprender: los gatos tienen sus particularidades y sus manjares. El pequeño quería comer en privado.

"Está bien, amigo, iré a ducharme. Y no miraré".

Entrando en el cuarto de baño, ajustó el mando de la ducha para que alternara entre tibia y muy tibia. En lugar de eso, eligió distraídamente alternar hielo y vapor, por lo que saltó gritando. Pero el incidente no le hizo ni pizca de gracia. Mientras se secaba con la toalla (no le gustaba el secador de aire y los robots secadores le incomodaban), cantaba:

Estamos en el espacio, han cortado el chorro,
No hay techo, suelo o pared.

Bailemos en el aire, o mejor aún-
Abrázame, ámame, cariño, ¡en caída libre!

Salió del cuarto de baño sintiéndose como un emperador y plenamente decidido a inspeccionar el mundo que le pertenecía, el mundo que podía ser de cualquier hombre si así lo pedía y tenía un poco de valor. Mientras se ponía la camiseta, los pantalones, los calcetines y la chaqueta, explicó sus sentimientos a Lucky, que se había acabado hasta el último trozo de su colorida comida.

"Usted verá, es así, compañero: Siempre he estado tres cuartos muerto. Pero ya no. Estoy harto de estar asustado, distante y aburrido. Se acabaron los trabajos de archivar, mirar el dial y cortar cintas, con algún robot a punto de ser inventado respirándome en la nuca. Voy a salir a ver las cosas, a hablar con la gente, a descubrir de qué va todo esto. Voy a vivir aventuras, a vivir de verdad. Vaya programa, ¿eh? ¿Y sabes quién es el responsable, amigo? Tú".

Lucky parecía casi fluorescente en agradecimiento. Sacudió su brillante pelaje verde.

Phil se preguntó qué hora sería. Su reloj de pulsera se había estropeado el día anterior, sólo cinco meses después de haberle cambiado la pila. Asomó la cabeza por la ventanilla y miró por la vertiginosa grieta gris hasta donde los ojos de buey se convertían en puntitos y la rendija terminaba en una cinta de cielo azul. Sólo el último piso, al este, estaba iluminado por la verdadera luz del sol, aunque la falsa luz del espejo de sodio que giraba alrededor de la Tierra para iluminar la ciudad al atardecer empezaba a notarse unos ocho pisos más abajo.

Cogió a Lucky sin pensar en dejarlo atrás ni preocuparse por la

atención que pudiera atraer. Pero el gato verde saltó de sus brazos y se dirigió a la puerta del vestíbulo, mirando hacia atrás como si dijera: "Estoy a tu lado y también me apunto a cualquier aventura, pero no necesito una niñera".

Caminaron codo con codo hasta las escaleras y bajaron hasta el piso veintiocho, ya que el ascensor, sobrecargado de trabajo, sólo paraba en los pisos pares. Y allí se encontró con Phoebe Filmer, con su bata ondeando y dirigiéndose, al parecer, a la cafetería de la planta veintiocho.

"Hola, señorita Filmer", se oyó decir. "La admiro desde hace mucho tiempo".

"¿Sí?", dijo ella, mirándole de reojo. "¿Cómo sabe mi nombre?"

"Le pregunté al robot de recepción quién era la chica guapa del 28-303a".

La chica se rió con un ligero desprecio coqueto. "No se habla con el robot. Sólo tienes que pulsar botones y no te dirá los nombres cuando marques los números de las habitaciones, a menos que tengas una llave del gobierno".

"Tengo un don con los robots", explicó Phil. "Me gano su confianza con charlas triviales".

"Eso es bueno", observó la señorita Filmer, girando la cabeza y pasándose la mano por el cabello verde dorado.

"¿Qué le parece mi gato verde?", preguntó Phil. preguntó Phil.

"¡Un gato verde!" exclamó emocionada la señorita Filmer. Miró rápidamente hacia abajo y luego hacia arriba con escepticismo. "¿Dónde?

Phil miró abajo también. Lucky no estaba a la vista. Un pedazo de hielo se materializó dentro de su pecho. "Perdona", dijo. "Espero volver a verte".

Corrió hacia el pasillo del stub. Lucky estaba de pie frente al ascensor.

"Caramba, amigo", le dijo Phil. "Casi me provocas un paro cardíaco".

II

Al salir a la calle Phil escuchó un estruendo. El ruido procedía principalmente de un bólido eléctrico cargado que se desvió cerca de la acera para arrancar un trozo triangular de la grupa de un hombre gordo que había tardado demasiado en ponerse a salvo. Un segundo vistazo mostró que no era un hombre gordo, sino un hombre delgado con un traje de globo. Se desinfló rápidamente, se sentó en el bordillo y empezó a sollozar. Los trajes globo no protegían realmente a los peatones, salvo porque aumentaban el blanco aparente, pero seguían siendo una moda. Durante la última guerra se habían llenado de hidrógeno como escudo contra los neutrones, hasta que un par de pequeñas pero desagradables explosiones en refugios abarrotados hicieron que el gobierno tomara medidas drásticas.

Después de todo aquel alboroto, la calle siguió rugiendo en lo más profundo de su garganta: tenía dos niveles inferiores. El sonido se componía del zumbido de los eléctricos, el rumor subterráneo del tráfico más denso, el yak-yak de los anuncios vocales en competencia y el nervioso arrastrar de pies que era el mismo cuando Roma y Babilonia eran jóvenes, pero que aquí se intensificaba porque la mayoría de los pies de las mujeres estaban sobre plataformas de tres a diez pulgadas de altura.

Ni el zumbido ni los ruidos molestaron a Phil. Normalmente ya se habría puesto los tapones en los oídos, la cara fija hacia delante y los ojos buscando nerviosamente los bólidos, que eran conocidos por saltarse los bordillos. Pero ese día simplemente quería absorberlo todo, ver las cosas en las que nunca había reparado, fijarse en las expresiones ansiosas pero apáticas de los rostros de los peatones, sentir las líneas de fuerza invisibles que, como telas de araña o hilos de marioneta, los unían a los anuncios desbordantes de espacio, que iban desde el nítido "¡Aprenda a romper cuellos!" y el simpático "¡Una muñeca de strip-tease para ti solo!", hasta el "¿Por qué no una lobotomía?" y el tentador "¡Dele glamour a su figura con un vestido de noche pulverizado! Plasticfabric está listo en un santiamén, respira. Sin calor, sin adherencias. Formas especiales que acampanan la falda y moldean el pecho. Diseñado por artistas directamente sobre tu cuerpo".

Lucky no parecía más asustado de la calle que Phil. Correteó cerca de la base de la fachada monumental de las torres Skyway, cuyo color verde camuflaje quizá explicara por qué ninguno de los peatones se fijó en él, ¡no es que hiciera falta ninguna explicación de por qué esos sacos de nervios andantes no veían las cosas delante de sus narices!

Un reluciente robot de ventas se dirigió hacia Phil sobre sus

silenciosas ruedas, pero Phil interpuso hábilmente a otro hombre con traje de globo entre él y el robot. El robot empezó a hablar de ventas de píldoras reductoras; evidentemente, el robot había escaneado el perfil del hombre con traje de globo. Phil se apresuró a doblar la esquina tras Lucky, que había doblado por la ruidosa avenida Opperly.

Como si hubiera captado un olor, Lucky abandonó bruscamente el muro, se deslizó por la acera y cruzó la avenida Opperly entre los coches que pasaban. Phil lo siguió, no sin cierto palpitar del corazón, pero sin verdadera ansiedad. Algo le permitía percibir fácilmente las intenciones de todos los coches de la manzana: esquivarlos era casi divertido.

Llegó a la acera de enfrente metro y medio por delante de un joven juguetón en un cacharro con carrocería de hojalata como un jeep espacial y garabateado con rótulos como "¡Oh, venusiano!" y "Chicas, cuidado: velocidad cero". Recuperando el aliento sin esfuerzo, Phil se encontró frente a una ornamentada boca de cueva flanqueada por anticuados carteles fluorescentes, en cuyas letras más grandes se leía: "¡ESTA NOCHE! Juno Jones, la amazona devoradora de hombres contra el enano Zubek, el misógino triturador de huesos".

Pero no tuvo tiempo de leer el resto del cartel, porque Lucky estaba bailando por el ancho pasillo bordeado de estereografías gigantes de hombres y mujeres semidesnudos y de aspecto amenazante, que a la luz tenue parecían genios recién materializados por el humo.

De ordinario, Phil habría sentido cierto asco mezclado con miedo y fascinación incómoda al entrar, o incluso al pasar, por una arena de lucha libre especializada en combates de hombre contra mujer, pero hoy le parecía simplemente parte de la vida. Nunca se le ocurrió no seguir a Lucky.

Justo antes de unos torniquetes y un robot taquillero perdido en las sombras, un pasillo lateral derramó luz. Lucky entró en él. Phil apenas había doblado la esquina tras él cuando un brazo gris, largo, sin manos y sin huesos salió disparado de la pared y se pegó firmemente al medio de Phil.

"¿Adónde crees que vas, Mack?", le dijo una voz desde la pared. "Sigue tu camino". Y le dio un rápido empujón hacia la taquilla.

Phil pudo ver a Lucky recorriendo inquisitivamente el pasillo lateral, bordeado de puertas. Intentó rodear el brazo, pero éste se extendió de pared a pared.

"¿Todavía aquí?", inquirió la rasposa pared. "Mira, Mack, no conozco tu voz. Si tienes negocios con alguien, dime su nombre y la palabra que te dio".

"Sólo quiero coger a mi gato", respondió Phil. Lucky había llegado al

final del pasillo y se asomaba a la última puerta. "Aquí, Lucky", lo llamó, pero el gato no le hizo caso.

"No significa nada para mí," la pared raspó encendido. "Todavía no me has dicho ningún nombre que haya activado alguno de mis relés".

Lucky desapareció por la puerta. Phil dijo: "Por favor, déjame pasar un minuto para recoger a mi gato", tratando de sonar lo más sincero posible. "Vuelvo enseguida."

"No voy a dejar pasar a nadie", afirmó la pared. "Dame un nombre y una palabra, rápido, Mack".

En ese instante un espantoso espasmo de miedo recorrió a Phil, como si una luz se hubiera apagado dentro de su mente y su corazón se hubiera rociado con hielo líquido. Él sabía que algo le había sucedido a Lucky. Se agachó bajo el brazo gris y corrió hacia adelante, pero antes de haber dado cinco pasos sintió que lo agarraban. El corredor giró y él retrocedió bruscamente. Miró hacia abajo y vio que el brazo elástico lo envolvía como una pitón gris, mientras la pared le roncaba al oído: "No sigas, Mack. Ahora tendré que sujetarte hasta que venga el hombre".

"Suéltame. Tengo que entrar ahí, ¿me oyes?". Phil gritó. Luchó inútilmente para liberar sus brazos, pero todo el tiempo mantuvo sus ojos en la puerta por la que Lucky había desaparecido. "¡Suéltame!"

"Hey, ¿qué pasa?" Una mujer grande y alta, con el pelo rubio muy corto, la nariz rota, la mandíbula demasiado grande y unos grandes ojos azules, había salido de la puerta más cercana. "Cálmate, hijo", le gritó, acercándose a él. "¿Qué quieres?"

"Mi gato entró corriendo aquí", explicó él, tratando de hablar con calma. "Corrió en esa habitación del fondo". Señaló con la cabeza hacia ella. "Traté de ir tras él y esta cosa me agarró".

"¿Tu gato?"

"Sí, una mascota".

Ella pensó. Se dio cuenta por primera vez, tal vez porque estaba observando la puerta tan de cerca, de que ella llevaba medias granates y estaba desnuda hasta la cintura. Tenía los pechos pequeños, los hombros muy caídos y una musculatura fuerte, aunque no corpulenta.

"Vale", dijo al cabo de un rato. "Suéltalo", le dijo a la pared.

"No dio un nombre ni una palabra", se quejó la pared. "Intentó escabullirse. Tengo que retenerlo hasta que venga el tipo".

"Que será por lo menos una hora, si conozco a Jake. Suéltalo, robot tonto", dijo en un bajo majestuoso. "Este hombre es mi amigo. Le estoy invitando a pasar".

"De acuerdo, señora Jones", dijo la pared, sonando casi enfurruñada.

El brazo gris se desenrolló de Phil y salió disparado hacia la pared.

"Ahora ve a buscar a tu gato y luego golpéalo", le dijo la giganta.

"Muchas gracias", dijo Phil, medio volviéndose hacia ella, pero manteniendo la lejana puerta en el ángulo de su mirada. Pero ella no contestó, sólo lo miró dubitativa, todavía inconsciente de su desnudez parcial.

Phil trató de no apresurarse, aunque el pasillo parecía interminable. Se repetía a sí mismo que a Lucky no le había pasado nada, y deseaba con todas sus fuerzas poder creerlo. Ya no se sentía grande, ni aventurero. Pasó por delante de la puerta de la mujer, observando vagamente montones de ropa desordenada y un robot inmóvil con brazos de goma para practicar la lucha libre. Llegó a la puerta del fondo, tras observar que todas las demás estaban bien cerradas. Dudó. No oyó ningún ruido. Entró.

La sala era grande, de techo bajo y estaba llena de taquillas y bancos. En el otro extremo había una puerta cerrada, flanqueada por dos camillas de masaje mecánicas bajas, cuyos brazos articulados con puños de goma se extendían torcidos hacia arriba y hacían que parecieran dos escarabajos de espaldas. Había algunos aparatos más, ninguno de los cuales Phil reconoció, pero la mayor parte del suelo estaba vacía.

Casi en el centro del suelo había una caja color marrón de unos treinta centímetros cuadrados. Dos hombres la miraban fijamente, de espaldas a Phil. Uno era más bien pequeño pero de aspecto ágil, vestido con un jersey negro de cuello alto y unos pantalones negros ajustados, y sostenía una especie de pistola. El otro era más pequeño y delgado, y vestía igualmente de azul. Sujetaba un cable que conducía a la caja.

Phil se aclaró la garganta. Los dos hombres lo miraron sin expresión y luego se volvieron hacia la caja. Phil avanzó hacia la habitación, mirando por las esquinas en busca de Lucky. Luego retrocedió bruscamente. Casi había pisado un ratón muerto.

Mirando más de cerca, vio que había media docena de ratones muertos esparcidos por el suelo.

Carraspeó de nuevo, más fuerte, pero esta vez los hombres ni siquiera miraron a su alrededor. Volvió a avanzar y pasó con cuidado por encima del ratón muerto.

Se oyó un clic. Una pequeña puerta se abrió en la parte superior de la caja marrón y un ratón salió catapultado. Golpeó el suelo y se alejó en frenéticos zigzags, derrapando a cada paso. Phil se quedó mirando, esperando de repente que Lucky saliera corriendo de una esquina tras él. El hombre de negro siguió los zigzags con su arma. El arma no

emitió ningún sonido ni destello, pero el ratón dejó de moverse.

"Intenta sorprenderme mejor la próxima vez, Cookie", le dijo el hombre de negro a su compañero. "Vi cómo movías la mano cuando pulsaste el botón". Reanudaron su postura alerta e inmóvil.

Moviéndose alrededor de ellos en un círculo cauteloso, Phil buscó a Lucky. Pronto se dio cuenta de que había pocos lugares donde esconderse. Las taquillas llegaban del suelo al techo y estaban todas cerradas.

Uno de los ratones muertos comenzó a retorcerse. Cookie bajó el alambre con el pulsador en el extremo, cogió el ratón y lo arrojó a la caja por una puerta lateral.

Phil empezaba a sentirse muy raro. Sentía que debía haber alguna conexión entre Lucky y los ratones, pero era una conexión onírica que no tenía sentido. Los músculos de las pantorrillas de sus piernas habían comenzado a dolerle por su andar silencioso de puntillas.

Nervioso, se acercó a la pareja inmóvil. "Perdonen", dijo con dificultad, "¿pero han visto entrar aquí a un gato?".

Las palabras no obtuvieron más respuesta que el carraspeo. "Le ruego me disculpe", dijo, "pero realmente debo averiguarlo", y apenas tocó el codo del hombre de negro.

La respuesta fue instantánea, aunque de otra parte. Phil fue agarrado por la parte delantera de la chaqueta y tirado hacia atrás por Cookie, cuyos rasgos infantiles se tensaron hasta convertirse en una dura máscara.

"¡Lo que has hecho!" La voz era estridentemente escandalizada. "¡Interrumpir al rey en su recreo! ¡Empujar al rey! Eso trae castigo, eso trae dolor".

Phil se sintió enfermo de miedo. Él sabía si solamente Lucky estaba allí, si solamente él podría recapturar su humor anterior de la confianza de oro, él no estaría tan desvergonzado aterrorizado de aquel pequeño matón que lo sostenía en la longitud del brazo.

Se humedeció los labios. "Sólo intentaba encontrar a mi gato", balbuceó, "y no le empujé".

"¡Tú también lo hiciste! Te he visto. Un fuerte y rudo empujón. Y en cuanto a gatos, Swish Jack Jones, la Dama Asesina, es la mejor gata de por aquí, la única gata". La mano que lo sujetaba le apretó más las solapas alrededor de la garganta. "No puedes escabullirte de lo que te espera. Bueno, Jackie, ¿qué le vas a hacer?"

Y ahora, por fin, el hombre de negro se movió. Giró lentamente la cabeza con su gorguera de lana negra y fijó en Phil la sonrisa triste y cansada de un rey que sabe que su destino, aburrido pero ineludible,

es infligir condenas y castigos. Extendió lentamente la mano hasta agarrar el codo de Phil.

"Por favor, no", susurró Phil, pero justo entonces un pulgar se clavó en un nervio entre sus huesos y no pudo contener un chillido de dolor. El hombre con cara de niño sonrió con una mueca de aprobación, como si por fin se estuvieran cumpliendo las normas de cortesía.

Swish Jack Jones frunció el ceño, como si creyera que el chillido no había sido lo bastante fuerte, y levantó la otra mano. "Esto es una pistola aturdidora", dijo con una voz remendadamente barnizada de intelectualismo. "Ultrasónica. Puede que te rocíe la columna vertebral con ella para prepararte para el trabajo. Ahora está preparada para la potencia del ratón, pero la aumentaré si es necesario".

Las tripas de Phil se convirtieron en agua. "No hace falta que me hagas daño", dijo. "Ya te he dicho que sólo buscaba un gato".

El otro sacudió la cabeza con tristeza y dijo: "Los hombrecillos entrometidos hasta el Bast sabe qué no deberían decir mentiras tan grandes". Y acercó la mano al muslo de Phil.

En ese momento se produjo el maremoto. Cookie fue empujado tres metros, la pistola aturdidora repiqueteó en el suelo, Swish Jack Jones había dado un rápido salto hacia atrás, y la giganta rubia se plantó enfurecida delante de Phil y tronaba: "Sabes de sobra que soporto cualquier cosa, excepto cuando empiezas a intimidar a la gente".

Se había puesto un kimono corto muy sucio, bellamente bordado al más fino estilo oriental, salvo que la figura de la espalda no era un dragón, sino una nave espacial que escupía fuego.

"No me toques, Juno, te lo digo yo", gruñó el hombre de negro con una voz que había perdido gran parte de su barniz intelectual. Se estaba masajeando una muñeca abofeteada.

"Te lamí la primera vez que me emparejaron contigo", replicó la giganta. "Te lamí la noche que me casé contigo. Y puedo volver a hacerlo en cualquier momento. Tú y Cookie", añadió cuando ésta hizo una mueca que pretendía ser amenazadora, pero que sólo reflejaba rencor. "¿Por qué estabas atormentando al pequeño?"

"¿Atormentando?" Jack alzó la voz. "No le estaba atormentando. Sólo tomaba precauciones. Vino aquí como un loco, sin decir nada, bailando de puntillas, balbuceando sobre un gato. Como si estuviera a punto de volverse loco. Peligroso".

La cara de Cookie, de labios apretados, se movió arriba y abajo en señal de acuerdo, pero Juno no estaba nada impresionada. "A mí me parecía tan peligroso como la levadura para untar. ¿Por qué no le dejaste encontrar a su gato y salir?".

El rostro de Jack registró asombro. "Juno, ¿fuiste tú quien dejó entrar a ese tal *Ikeless* Joe?" (Phil tardó un momento en darse cuenta de que *Ikeless* significaba carecente de coeficiente intelectual). "Me preguntaba cómo se le había escapado el viejo Rubberarm. ¿Quieres decir que te creíste esa historia sobre un gato?"

"Bueno, ¿no hay ninguno?" preguntó Juno, escudriñando la habitación.

"¿Cómo podría ser eso posible, Juno?" Jack protestó, la más mínima nota de superioridad intelectual comenzando a deslizarse en su voz. "No viste ninguno, ¿verdad? No. Y si hubiera habido un gato, ¿no habría ido tras estos ratones como un tiro? ¿Y dónde podría esconderse aquí? No puede haber entrado ahí", continuó mientras la mirada de Juno se posaba en la puerta interior. "Está ahí dentro". Juno asintió. "Entonces, ¿dónde podría estar, te pregunto?". terminó Jack. "No supondrás que Cookie y yo... lo secuestramos, ¿verdad?"

Juno se frotó pensativamente su maltrecha nariz. Se volvió hacia Phil con una cara amistosa pero cargada de dudas. "Oigamos algo más sobre ese gato, hijo. ¿De qué color era?"

"Verde", se oyó decir Phil, e incluso al ver las miradas de incredulidad que aparecían en los rostros a su alrededor, no pudo evitar continuar: "Sí, verde brillante. Y le gustaba la salsa de arándanos. Acaba de llegar hace una hora. Le llamaba Lucky porque me hacía sentir muy bien, como si pudiera entenderlo todo".

Hubo un largo silencio. Phil sintió que su ánimo se hundía más allá de cero. Entonces Juno puso sobre su hombro una mano enorme que lo hizo hundirse. "Vamos, hijo", le dijo suavemente. "Será mejor que te vayas".

Jack se acercó con una mirada irónica a Juno. "Mire, señor", le dijo a Phil con una voz solícita en la que la burla seguía siendo cautelosa, "tenía una cita con un analista para esta noche, pero creo que usted lo necesita más que yo". Y le entregó a Phil un trozo arrancado de cinta fonoscópica. Phil lo aceptó humildemente y se lo guardó en el bolsillo. Cookie soltó una risita. Juno se le echó encima. "Mira", rugió, "¡que sea un chiflado no justifica que se rían de él más que el acoso escolar!".

La puerta interior se abrió, pero Phil no pudo ver dentro, porque un hombre alto y gordo, con la papada llena de hollín y gruesas gafas oscuras, la llenaba bastante bien. Phil percibió una nota de respeto en los otros tres.

"¿A qué viene tanto jaleo?", preguntó el gordo con una voz que sobresaltó a Phil porque era la del viejo Rubberarm.

"Este tipo...", empezó Cookie, pero se detuvo ante una rápida mirada

de Jack.

Las gruesas gafas miraron a Phil. "Oh, uno de tus admiradores chiflados, Jack", dijo comprensivamente el gordo. "Sácalo de aquí".

"Claro, señor Brimstine", dijo Jack. "Ahora mismo".

La puerta interior se cerró. Phil dejó que Juno le guiara por la otra. Se sentía muy abajo, en los mínimos. Tanto que casi no se dio cuenta de la extraña pareja que se acercaba a ellos por el pasillo. El hombre tenía aspecto de santo y a la vez vivaracho. Estaba muy quemado por el sol y llevaba zapatos naranjas y una boina naranja. La mujer parecía una bruja jovencita, pero con la nariz y la barbilla ya buscándose. Llevaba un sombrerito rojo sujeto con veinte largas horquillas a su áspero pelo oscuro, y una falda roja rígida y gruesa como una alfombra. Ambas llevaban jerséis negros de cuello alto. Phil las observó entumecido, perdido en su propia angustia, pero fue vagamente consciente de que ignoraban deliberadamente a la giganta que tenía a su lado.

"Encontraréis a vuestro pequeño héroe de hojalata ahí detrás cazando ratones", les gruñó al pasar. La mujer se limitó a resoplar con su nariz de bruja, pero entonces el hombre quemado por el sol miró a su alrededor con ojos de elfo y una sonrisa benigna. "Alegría, Juno", amonestó con ligereza. "Nada más que alegría".

La giganta los miró cabizbaja durante un momento, y luego prosiguió. "Un par de admiradores de Jack intelleckchul", confió amargamente. "Poetas, locos religiosos y todo lo que eso conlleva. Esos apestosos le volvieron la cabeza".

Llegaron a la esquina. El viejo Rubberarm movió la punta de una mano sin dedos y murmuró: "Prohibido merodear", pero Juno lo silenció con un cansino: "¡Cállate!".

"Ahora vete a casa, hijo", le dijo a Phil. "No sé si visitaría ese analizador de Jack. Probablemente algún tipo elegante que le pusieron los Akeleys, esos dos imbéciles intelectuales que acabas de ver. Pero quizá algún psicólogo sería una buena idea". Le dio una palmadita en el hombro y sonrió, mostrando una cicatriz en el interior del labio. "Siento lo que pasó allí, ese asqueroso marido mío. Cuando quieras, ven a verme. El viejo Rubberarm tiene tu patrón de voz. Pregunta por Juno Jones. Sólo una cosa, hijo: no más gatos verdes".

III

A través de los párpados medio cerrados, cuyas pestañas lo emborronaban todo, Phil observaba el fantasmal círculo amarillo pálido de la ventana, que era toda la iluminación que podía soportar ahora. No había encendido ninguna luz cuando el sol se había puesto y el espejo de sodio sobre la estratosfera hacía la única luz, y hacía minutos que había apagado la pantalla del televisor aunque la voz de la chica seguía canturreando una canción de índole sexual y él seguía llevando la manopla gorda del handie. Pero la presión de sus dedos, que sujetaban una mano artificial compartimentada hidráulicamente y transmitían por las ondas una señal eléctrica para cambiar las presiones de los compartimentos hidráulicos del handie, empezó a sentirse como la de un esqueleto con guantes de goma. Phil se sacudió el handie, apagó la voz, encendió un cigarrillo y volvió a su problema.

¿Se preguntaba si estaba realmente loco, si Lucky no era más que el gato de los sueños de un psicópata o si le habían engañado de alguna manera? Una vez más, se atormentó sumando pruebas. Nadie más que él había admitido haber visto a Lucky. Y había tantos otros indicios de alucinaciones: ese color loco, la comida tonta, su corazonada fugaz de que Lucky no era "realmente" un gato, su euforia sospechosamente divina y su sensación de poder.

Pero esos sentimientos suyos eran también la razón por la que Lucky tenía que existir. Después de lo que había sucedido aquel día, Phil simplemente no podía soportar la vida sin Lucky, sin esas cálidas percepciones que lo habían galvanizado esta tarde y apagado todos los pensamientos de su trabajo perdido, su soledad, su cobardía y frustraciones. "Lucky", susurró sin saber que iba a hacerlo, y el sonido de niño enfermo de su voz lo asustó tanto que buscó a tientas en su bolsillo la cinta fonoscópica que le había dado Swish Jack Jones. Dando una calada fuerte a su cigarrillo para que emitiera un resplandor rojo infernal, leyó las palabras humeantes: "Dr. Anton Romadka. En lo alto de la Torre del Homenaje. Ocho en punto".

Visualizó el fino eje negro de La Fortaleza, un lujoso hotel-oficina, y pensó en los pocos minutos que tardaría en llegar. Pero de pronto arrugó el papel en el bolsillo y empezó a caminar. Ir a ver al doctor Romadka significaría que realmente no creía en Lucky.

Pensó en los somníferos, pero temió que no quedaran suficientes. Buscó un libro que había estado leyendo, pero la idea de su estereotipada trama sádica le resultaba insoportablemente aburrida. Como último recurso volvió a encender la radio, voz y vista.

"... desgarra al anticristo".

Esa frase, junto con el rostro demacrado y bucólico, significaba inevitablemente que el presidente Robert T. Barnes estaba hablando de nuevo a sus compatriotas sobre Rusia.

"Pero hay pecadores a este lado de los campos de batalla polares", continuó el gran padre-imagen del medio oeste, balanceándose hacia delante y arqueando sus pobladas cejas. "Pecadores entre nosotros, criaturas de la carne. Llevan demasiado tiempo satisfaciendo los deseos y las lujurias más viles". Agitó un dedo y se balanceó una vez más. "Les advierto que se acerca su hora".

Phil alargó la mano hacia el pomo (¡cuántas veces había proferido Barnes aquellas amenazas inútiles, y algunos decían que borrachas, cuando todo el mundo sabía que su administración estaba mano a mano con *Fun Incorporated*!), pero vaciló cuando una nota desconocida y bastante inquietante se coló en la voz del Presidente.

"Conciudadanos estadounidenses", casi susurró Barnes, tambaleándose un poco de un lado a otro, "hay fuerzas extrañas en el exterior, pensamientos insanos, espíritus del aire superior como los que perturbaban la antigua Babilonia. Están trabajando en nuestras mentes, es el momento de la prueba final para..."

Desaparecida su curiosidad momentánea, Phil giró el pomo hasta el silencio y la oscuridad. Sin embargo, la retórica del Presidente marcó el tono de su siguiente ensueño. Ahora no caminaba, sino que se acurrucó en la silla de gomaespuma que había entre la radio y la cama.

Debe de estar loco, se dijo con una tranquila certeza que no le dolía por el momento, quizá porque estaba sentado muy quieto. Todo lo que había sentido esta tarde había estado fuera de lugar, incluida su ridícula sobrevaloración de aquel gato de ensueño.

Sí, debía de estar loco.

En ese momento, el tenue círculo de la ventana se cruzó con otro más pequeño y mucho más brillante. Automáticamente se levantó y dio un paso adelante.

La chica de la habitación del otro lado de la bahía había encendido la luz. Ahora se deshizo de una capa y caminó por la habitación como si buscara algo, la cola de caballo de pelo negro coqueteando de un lado a otro mientras giraba la cabeza de un lado a otro. Estaba a menos de seis metros y él podía verla claramente. Llevaba un traje gris con grandes manchas negras. Su cara era compacta, la nariz pequeña, la boca ancha, los ojos muy abiertos y, como Phil notó definitivamente por primera vez, sus orejas no tenían lóbulos y estaban curvadas hasta una punta casi faunística. Como en las raras ocasiones en que la había visto antes, sintió un estremecimiento de inquietud.

Ella se encogió de hombros, como renunciando a la caza, y se acercó a la ventana, mirando directamente a Phil. Él retrocedió un poco, aunque sabía que era invisible. Agarró un pomo del borde y giró la mano en un cuarto de círculo, mientras la ventana se iba oscureciendo poco a poco.

Entonces, justo cuando Phil empezaba a darse la vuelta, la ventana empezó a iluminarse de nuevo hasta quedar casi tan transparente como antes. Se dio cuenta de lo que había ocurrido. El cristal polarizado interior había perdido el seguro y había girado silenciosamente unos centímetros más. Sabía que le había pasado a la suya.

La chica de enfrente pensaba que estaba oculta. No era así.

Se estiró y se quitó el abrigo. Phil se mordió el labio. No tenía muchas ganas de mirarla. Pero cualquier cosa que lo distrajera del pensamiento con el que había terminado su última ensoñación era bienvenida y, Phil lo sabía muy bien, esta ventana podía proporcionar las distracciones más apasionantes, aunque estériles.

Desabrochó lentamente los cierres magnéticos de su blusa y se la quitó con un ágil giro de hombros. Phil olvidó sus temores, cautivado por la belleza de sus pechos de tez oscura. Debajo de ellos, casi cubriéndolos, parecía llevar una especie de prenda interior de terciopelo negro muy ceñida.

Se quitó la falda. La prenda interior terminaba desgarradamente en sus muslos. Le desconcertó, quizá por el tenue ahumado de la ventana. Parecía casi como si estuviera hecha de algún tipo de piel.

Manteniéndose expertamente en equilibrio sobre una pierna, sacó la media de la otra, y junto con la media uno de aquellos grotescos zapatos de plataforma de diez pulgadas.

Sólo que -y aquí el corazón de Phil dio un vuelco- parecía haberse despojado de mucho más que eso. Para ser exactos, el pie.

Entonces vio que no se había quitado todo el pie. En el punto donde debería haber estado el tobillo, la pierna se curvaba un poco hacia atrás y luego volvía a curvarse bruscamente hacia delante, adelgazándose abruptamente hasta terminar en una pequeña pezuña negra.

Se quitó la otra media y el otro zapato con el mismo resultado. Phil pudo ver cómo el pie encajaba en un hueco entre el pie de maniquí y la plataforma, quedando así oculto.

Bailó exuberantemente por la habitación. Podía oír los chasquidos de los pequeños cascos. Recordó cómo la había oído practicar claqué. Podía ver con toda claridad sus delgadas cuartillas, sus delicados pezuñas empenachadas de pelo exactamente de la misma textura y

negrura que su "ropa interior".

Dejó de bailar, cogió una maquinilla eléctrica y empezó a afeitarse críticamente el borde de su "ropa interior".

Phil empezó a pensar con palabras. Llegó hasta "Primero un gato verde, luego..." Al momento siguiente se dio la vuelta y se lanzó hacia la puerta.

No tuvo nada muy claro durante un rato. Por ejemplo, cuando cruzó la calle a dos manzanas de las torres Skyway, casi fue atropellado por un eléctrico negro que se movía lentamente, elegantemente diseñado en el estilo antiguo de las vitrinas de museo de principios del siglo XX. En él iban sentados Cookie, los Akeley y Swish Jack Jones con una caja en el regazo. Phil ni siquiera los reconoció en ese momento.

Lo único de lo que era consciente era de lo que llevaba en el bolsillo: una cinta fonoscópica arrugada con el nombre y la dirección del doctor Romadka.

IV

La luz indicadora subió a toda velocidad hasta la cima de la elevada columna de montantes, el ascensor se detuvo con un silbido, la puerta se abrió y Phil salió dando tumbos a un diminuto vestíbulo con moqueta como un césped gris.

Una pared -esta era femenina, un encanto habitual- murmuró: "Buenas noches. ¿Tiene una cita?"

"Eh", consiguió decir Phil, bastante sorprendido de poder hablar.

"¿Tiene una cita?", repitió la pared. "Por favor, responda sí o no".

"Sí", dijo Phil.

"¿Podría decirme su nombre, por favor?"

"Phil Gish". En cuanto las palabras salieron de su boca, se preguntó si no debería haber dicho Jack Jones, pero después de tararear delicadamente un momento, la pared dijo: "Encantada, señor Gish. Pase, por favor".

La pared se abrió en forma de pera surrealista. Phil la atravesó. Un brazo sinuoso, delgado y reluciente como una serpiente, surgió a su lado e indicó una silla cercana con el gracioso gesto de una anfitriona que ha estudiado ballet.

"Siéntese, por favor", sugirió la pared. "El doctor Romadka vendrá en unos segundos".

Phil tragó saliva. Tuvo la sensación de que si se desviaba de la zona indicada de la sala, el brazo haría un trabajo tan eficiente como lo había hecho el más pesado en la arena de lucha, aunque probablemente con un "Disculpe, por favor", o incluso un "Ahora, Phil".

Aceptó la sugerencia. Como si, al hundirse en la silla, hubiera completado un circuito, la pared dijo: "Gracias". Se levantó. La pared dijo: "¿Sí?", con una pizca de impaciencia. Volvió a sentarse. "Gracias", repitió la pared.

La habitación estaba tan oscura, suave y silenciosa como un útero. Evidentemente, la mayoría de los pacientes del doctor Romadka soñaban caro. El inevitable escritorio tenía una doble curva como un asiento de amor. No había anuncios por ninguna parte: un signo seguro de riqueza. En una pared había un diseño grande y redondo, aparentemente copiado de algún original estilo griego clásico, que perturbó a Phil con sus sugerencias de ninfas y sátiros. Rápidamente desvió la mirada hacia un arco, a través del cual podía ver el comienzo de una escalera. Decidió que el doctor Romadka también debía de tener un ático.

De repente, oyó voces airadas, la de un hombre y la de una chica. La de esta última se elevó a un estruendo de odio. Una puerta en alguna parte se cerró con un chasquido, y un poco después un hombre bajó las escaleras sin mover los pies. Phil dedujo que era una escalera mecánica.

El doctor Romadka era rechoncho, calvo y radiante de sutileza. Tenía en la mejilla izquierda cuatro arañazos nuevos y profundos, que ignoró por completo y aparentemente esperaba que Phil hiciera lo mismo. Llamó a Phil al escritorio con una inclinación de cabeza. Se sentaron y se miraron a través del plano curvo y reluciente.

El analista sonrió. "¿Y bien, señor Gish? Sí, Jack Jones me dijo su nombre, y puesto que Sacheverell y Mary están pagando las cosas en cualquier caso, el nuevo arreglo está muy bien. Oh, Sacheverell y Mary son el señor y la señora Akeley, amigos de Jack Jones. Pensé que lo sabría. Por cierto, llega una hora tarde a su cita".

Una gota de sangre cayó desde el rasguño más profundo hasta su camisa blanca y se esparció.

Phil se estremeció, luego se obligó a decirlo. "Estaba pasando el tiempo volviéndome loco".

El analista asintió. "Parece un poco alterado".

"¿Un poco?"

"Bueno", concedió el analista encogiéndose de hombros para excusar su propio poder de descripción inadecuado. Luego dijo: "No se sorprenda de volverse loco, como usted dice, señor Gish, ¿puedo llamarle Phil? Hoy en día es más la regla que la excepción, aunque el hecho de que usted lo admita es algo fuera de lo común. Hace ya un siglo que los estadounidenses viven en una de esas épocas de locura colectiva y delirio de rebaño, sólo comparable a la manía holandesa de los tulipanes, el temor a la brujería, la locura del baile, el trotskismo y las Cruzadas. Hasta 1950 la nuestra podría haberse llamado la manía del automóvil, pero ahora la imaginación sólo puede buscar un nombre a tientas: estoy escribiendo un libro impopular sobre el tema. No es que esta locura social actual sea un secreto profundo o algo de lo que asustarse. ¿Qué otros resultados podían esperarse cuando la sociedad estadounidense empezó a sobrevalorar, por un lado, la seguridad, la censura, un imaginario idealismo salvador del mundo y la abnegación en la guerra, y, por otro, un hambre insaciable de posesiones, una agresividad ferozmente competitiva, una beligerancia masculina sádica, el desprecio por los padres y el Estado, y una sexualidad fantásticamente sobreestimulada?".

La voz del analista se elevó estridentemente y sus ojos saltaron, como

si hubiera un elemento personal en su indignación. Pero al momento siguiente volvió a ser el mismo profesional.

"Ahora, Phil, vamos a examinar cómo te ha afectado esta sociedad enferma. Puede que te sorprenda, pero no utilizaremos ninguna técnica moderna como el electrosueño, la fotografía cerebral profunda o la terapia situacional completa con un biberón, una manta y un robot amoroso rubio. Simplemente haremos lo que habrían hecho nuestros bisabuelos: hablar. Sentirse perfectamente a gusto. Este escritorio está diseñado para que podamos estar juntos, pero sin necesidad de mirarnos. ¿Quieres fumar? Sí. Hazlo. Ahora empieza por el principio. Cuéntame la historia de tu vida".

Phil tragó saliva. "Disculpe, doctor Romadka", dijo, "pero prefiero no hacerlo ahora. Quiero contarle una experiencia, quiero decir, alucinación, que acabo de tener y que me ha convencido de que estoy loco, y luego quiero que usted me la cuente. Ya sabe: interpretarla o analizarla o algo así".

El analista se encogió de hombros alegremente. "Tan buen comienzo como cualquier otro. Adelante".

Phil le contó lo que había visto a través de la ventana en penumbra. Bajo la experta mirada del analista, se avergonzó de admitir que hacía tiempo que utilizaba su propia ventana como puesto de observación, y cuando llegó a describir la alucinación en sí se encontró temblando de terror reprimido, pero al final lo contó todo.

El doctor Romadka parecía tan encantado como si le hubieran regalado un raro objeto de arte. "¡Hermoso!", comentó. "Pocas veces he oído un símbolo tan magnífico para los turbios anhelos sexuales de esta cultura. Una sátira, o *satyrette,* preparada para infligir tanto amor como salvajes pisotones. Mary se quedaría embelesada con ella, estoy seguro, e insistiría en hacer una de sus muñecas a su imagen". Suspiró estéticamente, luego se recordó a sí mismo. "Pero, por supuesto, Phil, no puedo esperar que estés interesado ahora en el producto artístico de tu creatividad inconsciente. Tú quieres saber de causas, de fuentes. Dime, ¿has visto alguna vez un caballo?".

"Una vez en un circo", admitió Phil.

"¿La mitología griega es uno de tus intereses?".

"No que yo sepa".

"¿Recuerdas haber visto el programa de televisión *A Coltish Girl* o la sexedia musical *The Horsy Set* o la antigua película *Fantasía*?".

Phil negó con la cabeza. El analista asintió pensativo. "¿Dices que la piel estaba distribuida por el torso como una camisa ceñida y sin pechos? ¿Y que las piernas bajaban rectas, como varillas, para terminar en pezuñas?".

"No exactamente", corrigió Phil, y continuó describiendo las pequeñas protuberancias del talón de los menudillos y las esbeltas pseudo-muñecas de las cuartillas.

"Pero, por lo demás, estaba formada exactamente como una chica normal... ¿excepto por las orejas de fauno?".

"No", dijo Phil con el ceño fruncido al cabo de un momento. "Sus muslos eran un poco pesados y poderosos, como si estuvieran hechos para galopar largas distancias. Tenía los brazos un poco largos, aunque entonces no me di cuenta. Y la parte superior de su cuerpo estaba un poco echada hacia delante, ya me entiendes, y se equilibraba con una grupa bastante pequeña. Pero no lo que llamarías hippie".

"¡Magnífico!", cacareó el analista. "Phil, no sólo has equipado tu visión con precisas patas de caballo, sino que has hecho algunas de las compensaciones necesarias en el resto de la anatomía que tal modo de locomoción implicaría en un bípedo". Se quedó con la mirada un poco perdida, como si admirara los poderes creativos del inconsciente.

"Sí, pero ¿qué indica eso sobre mi mente?" preguntó Phil. Se habría sentido molesto si no hubiera estado tan ansioso. "¿Qué me pasa?"

El doctor Romadka se sacudió su ensoñación con una sonrisa que pedía perdón por ello. "¿Qué le pasa a Estados Unidos?", preguntó irónicamente. "Es demasiado pronto para sacar conclusiones, Phil, o más bien para ayudarte a sacar las tuyas. Por supuesto, la proyección visual creada por tu inconsciente tiene algunas referencias interesantes."

"¿Cuáles son?" preguntó Phil. "Puede que no lo haya dejado claro, pero esto me preocupa. No puedo quitármelo de la cabeza".

El doctor Romadka sonrió y se encogió de hombros. "Quizá un poco de interpretación te alivie", convino. "Aunque debes recordar que es sólo un análisis improvisado, puede estar muy equivocado. Allá vamos. Lo primero que me viene a la mente son elementos como el temor a la experiencia sexual y el intento de investirla de terror, el esfuerzo por feminizarte concibiendo un objeto de amor con pezuñas salvajes, el intento de vincular el sexo con una bestia que pisotea y castiga, Todo ello encaja perfectamente en la mitología clásica sobre las ninfas y sus compañeros de amor naturales, los sátiros con pezuñas de cabra, así como los centauros con pezuñas de caballo, que a menudo, como recordarás, eran maestros de los hombres". El analista frunció el ceño. "Es muy posible que estuvieras proyectando visualmente el deseo de que te enseñaran sobre el amor. Sin embargo -prosiguió-, imagino que, como de costumbre, los significados ocultos son los más importantes. ¿Puedo hacer una suposición puntual sobre ti?".

Phil asintió.

"¿Eres un trabajador de cuello blanco en estrecha competencia con los robots?".

"Sí", dijo Phil, asombrado.

"Difícilmente una deducción brillante", afirmó el analista con aparente despreocupación, pero sus ojos brillaron. "En ese caso debemos sospechar de otro ingrediente mitológico. ¿Conoces la historia de Pandora? Tiene un punto especial. No era una chica corriente enviada por los dioses para traer a la humanidad una caja que contenía todos los males. No, era una doncella de metal, forjada por Hefesto a las órdenes de Zeus. En otras palabras, una autómata, un robot, que en este caso traía los males de la Segunda Revolución Industrial causados por la introducción de las calculadoras y los sensores electrónicos".

"¿Pero Pandora tenía pezuñas?". dijo Phil dubitativo.

El Dr. Romadka desechó la objeción. "Probablemente tu inconsciente se fundió en la leyenda árabe del caballo mecánico. El inconsciente es muy artístico en estas cosas, Phil. Si te dieras cuenta de lo artístico, de lo fértilmente creativo que es, no te preocuparías".

"¿Pero cómo se relaciona todo esto con el sexo?" preguntó Phil.

El analista se encogió de hombros. "¿Es necesario? Una proyección visual, como un sueño, puede significar mil cosas. Te advertí que se trataba de un análisis improvisado. Lo hemos llevado tan lejos como hemos podido".

"Mira", dijo Phil vacilante tras una pausa. "Hay mucho en las cosas que dijiste, y algunas de ellas realmente tocaron botones en mi mente. Pero -espero que no te opongas- hay una cosa que todavía me molesta".

"Adelante".

Phil se volvió aún más tímido. Finalmente dijo con dificultad: "Mire, doctor, ¿hay alguna posibilidad de que lo que vi pudiera ser real de alguna manera? ¿Alguna posibilidad?"

El analista soltó una risita melosa. "Ni una en el mundo", dijo con total convicción. "¿Qué es lo que te preocupa, Phil? ¿Creías que los dioses griegos y sus criaturas podían haberse materializado de algún modo?".

"Algo así, supongo", dijo Phil sin convicción.

El doctor Romadka se inclinó hacia él, apoyando un codo en el escritorio curvo. "Si tuvieras idea de la mitad de las cosas que me cuenta la gente a través de este escritorio, gente neurótica normal quiero decir, no te impresionaría tanto tu propia experiencia. Hay una mujer, por ejemplo, que no para de ver brillantes arañas lunares en rincones oscuros. Hay un hombre que siempre está vislumbrando a

una chica vestida de visón ceñido que le cubre la cara. Y hay otro que se despierta en mitad de la noche con la absoluta convicción de que está en la cama con... no, no debería contártelo".

"Pero en realidad me pareció verlo", insistió Phil tercamente. "No fue sólo un atisbo o sombras".

El Dr. Romadka sonrió. "¿Cuánta gente ha visto platillos volantes, Phil? Incluidos astrónomos y científicos atómicos. ¿Cuánta gente ha visto soldados rusos o misiles teledirigidos rusos husmeando en las ventanas de sus habitaciones? ¿Y cuántas personas creyeron ver a Roosevelt -y creyeron caminar y hablar con él- el día del Gran Pánico en la Segunda Guerra Atómica? Además de todo eso, Phil, había sombras: dijiste que la ventana polarizadora no estaba al máximo de transparencia. Además, has estado tomando una sobredosis de somníferos -lo admites- y pueden hacer cosas raras. En cuanto a las pezuñas, bueno, ¿has pensado alguna vez que los tacones altos son en realidad unas pezuñitas? Cualquiera que haya visto pelear a señoras lo confirmará. Y el peinado de la chica, su traje manchado como un caballo picazo, el sonido recordado del claqué, ¿no ves cómo tu inconsciente podía entretejer esas cosas y mil más en una imagen que en tu tensa condición estabas demasiado dispuesto a aceptar?"

"Supongo que sí", dijo finalmente Phil, sintiendo un alivio considerable. Aunque no por mucho tiempo.

"Pero hay otra cosa", dijo, sentándose de repente. "Lo que creí ver esta tarde. Mucho más real que la sátira. Me pareció estar con ella durante una hora. Incluso la toqué y le di de comer".

"¿Qué otra cosa?", preguntó suavemente el analista, con apenas el atisbo de una risa tolerante.

"Un gato verde", dijo Phil.

Como el analista no contestó, Phil miró a su alrededor. El doctor Anton Romadka se limitaba a mirarle. Los cuatro arañazos y los hilillos secos de sangre de su mejilla izquierda resaltaban mucho más, como si hubiera palidecido.

"He dicho un gato verde", dijo Phil.

"¿Un gato verde?" La voz del analista era un eco lejano de sí misma.

"Sí".

"Umm", observó apáticamente el analista y se hundió más en su silla, casi como si estuviera buscando algo con la punta del pie.

Algo emitió un pitido musical. El analista cogió el teléfono. Su rostro adoptó al instante una expresión feroz. Dijo, con pausas en las que fruncía el ceño: "Sí... No, no puedo. Te digo que no puedo: .... No podrías hacerlo; te arrestarían.... Muy bien entonces, pero sólo durante

cinco minutos. Cinco minutos, ¿me oyes? Te espero".

Colgó el teléfono y miró a Phil con una desesperación que su calvicie y sus grandes ojos volvieron cómica. "Esto es de lo más embarazoso", dijo. "Una antigua paciente insiste en verme de inmediato, amenaza con causar disturbios abajo si no lo hago. Ella también lo haría. Tuvimos algunos buenos fracasos antes de que ella dejara el análisis. No tengo más remedio que ir a verla. Sé cómo calmarla temporalmente, lo suficiente para llevarla a casa".

"Será mejor que me vaya", dijo Phil, levantándose.

"Ni hablar", protestó el doctor Romadka. "Quiero profundizar mucho más en su caso esta tarde. Eso último que usted mencionó-¡abrió perspectivas! No, espere cinco minutos en la habitación de al lado, diez como mucho, y la sacaré de aquí".

"Aunque creo que será mejor que me vaya", dijo Phil, "si no le importa".

"Imposible", sentenció el doctor Romadka, cogiéndole firmemente del brazo. "Está apasionadamente celosa de todos mis otros pacientes y seguro que te atacaría en cuanto salieras del ascensor. ¿Te he dicho que lleva una pistola de agua dorada llena de ácido sulfúrico? Es uno de sus trucos más lindos. La única salida es el conducto de servicio, y ése no es para uso humano. No -dijo, guiando a Phil a través de una puerta más allá del arco, pero sin entrar él-, quédate aquí unos cinco minutos. Hay mucho que leer, ojear y escuchar, aunque no tendrás mucho tiempo. Confía en mí, Phil. Todo está bajo control".

La puerta se cerró. Una mirada fugaz alrededor mostró estanterías con libros, estantes con cintas de voz, un diván, una mesa central y un gran espejo en el techo. Entonces Phil recordó que se había dejado los cigarrillos en el escritorio. Pulsó el botón de la puerta. No pasó nada. Volvió a pulsarlo.

Aún no había dado tiempo a que el doctor Romadka diera cinco pasos desde el otro lado. Empezó a golpear la pared.

"¡Dr. Romadka!", gritó. "¡Dr. Romadka!"

Las luces se apagaron.

V

Phil dejó de golpear la pared y un silencio profundo reinó a su alrededor de forma ahogada, estranguladora, como un anticipo de la celda del psiquiátrico y del electrosueño al que, de pronto tuvo la certeza, el doctor Romadka pretendía enviarlo por orden del psiquiatra. En la densa oscuridad oyó el latido de su corazón. Su respiración acelerada fue por un momento la de un animal.

Se preguntaba impotente por qué el analista, después de tomarse tan a la ligera su alucinación satírica, le había catalogado al instante como un lunático peligroso al mencionar un gato verde. Los psicólogos, supuso, sabían cosas sobre el lenguaje secreto de la mente que nunca se contaban a la gente corriente: símbolos aparentemente inocentes que marcaban a los hombres como cobardes, violadores, asesinos, traidores, criptocomunistas, inconformistas. Le vino a la memoria un fragmento de conversación que había oído en alguna parte: "Por supuesto, en cuanto vio eso en la mancha de tinta, le echaron".

Se oyó un chasquido agudo. Se sobresaltó y levantó la vista. Una diminuta línea de luz apareció en el techo, se ensanchó y luego se convirtió en un oblongo que derramaba resplandor sobre la mesa central de abajo, pero dejaba el resto de la habitación a oscuras. Se dio cuenta de que el espejo en el que se había fijado se había deslizado hacia un lado. No podía ver gran cosa de la habitación de arriba, salvo algunos archivos de microfilmes y parte de una máquina de lectura de televisión del tipo que podían utilizar las microbibliotecas de todo Estados Unidos. Desde donde estaba no se veía ninguna figura humana y no sintió ningún deseo de dar un paso adelante hacia la luz reveladora. Se preguntó, con cierto orgullo incrédulo, si era un tipo tan peligroso que pretendían pescarlo con redes. En ese momento, un pie se asomó por el borde del oblongo.

Era un pie encantador, delgado y vestido con un tipo de media digital de las más caras, que daba a cada dedo su compartimento translúcido separado. Entre los dedos había cuatro correas de terciopelo negro que ayudaban a sujetar el zapato negro y le daban un aspecto excitante, aunque arácnido. El pie se unía a un tobillo estrecho y a una pantorrilla suavemente hinchada que apenas necesitaba el glamour de las medias. Eso era todo lo que podía ver de la figura por el momento, pero el momento no duró mucho. Al pie le siguió un segundo y poco después todo el resto de la chica. Quedó colocada brevemente, de espaldas a él. Tuvo la rápida impresión de que llevaba un vestido de noche corto y negro, una capa negra sobre los hombros, el pelo largo y oscuro suelto en cascada y unos brazos blancos con guantes negros que empezaban por encima de los codos y terminaban en los nudillos.

Su pie, que se movía sobre la moqueta de espuma, hizo un pequeño ruido. Al instante, ella se abalanzó sobre él como una pantera negra, completa hasta el gruñido estridente. Al hacerlo, Phil se llevó dos sorpresas: la primera, revelada cuando su corta capa giró hacia fuera, que su vestido de noche carecía de pechera, un estilo sobre el que él había pensado y leído mucho, pero que no se seguía en su nivel social; la segunda, y mucho más llamativa, que los dedos de su mano derecha tenían en la punta dedales de plata con garras, mientras que en la izquierda sostenía diez centímetros relucientes de ese anacronismo tan inquietante, un cuchillo. Como una esgrimista, lo agitó rápidamente bajo su barbilla.

"¿Te ha tendido mi padre una trampa para que me espíes?", preguntó. El "te" y el "espiar" fueron puros silbidos.

"No", respondió él entrecortadamente, sin poder evitar que su nuez de Adán sobresaliera.

"Entonces, ¿por qué estás aquí?", exigió ella, avanzando un poco el cuchillo, "¿acechando en la oscuridad?".

"Tu padre me encerró", protestó él, inclinándose hacia atrás.

"¡Ishtar! ¿También les hace eso a sus pacientes?", comentó ella. Su acento era un poco extraño, pero dejó caer el cuchillo a una posición fácil, en guardia, lo que también hizo que su capa cayera a su alrededor modestamente.

"Me encerró y apagó las luces", reafirmó Phil.

Ella entrecerró los ojos, pensativa. "Casi puedo creer la primera parte", dijo. "A menudo envía aquí a sus pacientes en observación".

"¿Observación?"

Señaló el techo con un pulgar de colmillos plateados. "Ese espejo es transparente desde arriba. Le gusta observar lo que hacen sus pacientes cuando creen que están solos, ya sea solos o en pareja. ¡Voyeur olímpico! Pues esta noche le he marcado". Y enseñó las garras, que estaban tenuemente manchadas de marrón rojizo.

Phil se sintió un poco mal, pero aprovechó para preguntar: "Si ese espejo es transparente desde arriba, ¿por qué no me viste cuando me encerró aquí?".

"Siempre cierra el espejo cuando no lo usa", dijo ella, "y a mí me interesaba abrirlo, no ver a través de él. Descubrí el truco de los cierres hace sólo medio minuto. Probablemente papá ni siquiera sabe que se puede abrir. Aunque está bien equipado con las habilidades psicológicas más desagradables, no es mecánico".

"Bueno, parece ser hábil en todo", dijo Phil. "Esgrima y eso".

Ella se lamió pensativamente el centro del labio superior con la punta

de la lengua. "Eres bastante simpático, de una manera extraña", dijo. "¿Por qué te encerró aquí a todo esto? ¿Demasiado interesado en el sexo? Creía que fomentaba eso en sus pacientes y sólo intentaba prohibírselo a su querida hija".

Mientras Phil buscaba una forma adecuada de expresar una negativa o una confirmación, sus ojos oscuros se volvieron especulativos. "Dime", dijo, "¿qué tal tú y yo?". Hizo una pausa y, con decisión, bajó el cuchillo, de modo que se clavó temblando en el suelo. Avanzó hacia Phil. "Sí, tú y yo".

"Tu padre volverá en cualquier momento", protestó Phil agitadamente.

"Cierto, y disfrutaré tanto viendo su cara". Levantó los brazos. "Mira qué guapa estoy. Míralos. Como dos capullos de rosa".

Ella era muy hermosa de hecho. Sin embargo, Phil se congeló. Ella enseñó los dientes y le palmeó la mejilla con la mano llena de garras, pero en el último momento convirtió el golpe en una palmada despectiva.

"No te preocupes", le dijo. "Sé que mi glamour es de los que aterrorizan a los débiles. Además, el cuervo no se aparea con el conejo. Y sólo quería hacerlo para fastidiar a padre. ¿Por qué te encerró? Pareces completamente pueril".

"Acabo de mencionar algo sobre un gato verde", dijo Phil con cierto enfado.

Ella puso los ojos en blanco. "¡Tammuz! Y justo después de animar a los Akeleys en su adoración a Bast. El hombre es tan errático que a veces pienso que debe de ser un criptocomunista con sus personalidades tapadera revueltas".

"Claro que dijo algo de que yo esperara aquí mientras él se deshacía de un ex paciente violento que lleva una-".

"Esa historia de la pistola de agua dorada", interrumpió ella, "es su argucia favorita para deshacerse de los pacientes".

"No parece querer deshacerse de mí".

"No", convino alegremente, sacando el cuchillo del suelo, "parece que quiere que te quedes".

"Creo que quiere enviarme a un psiquiátrico", aventuró Phil, más bien esperando que no estuvieran de acuerdo, pero ella se limitó a asentir.

"No te envidio", añadió, introduciendo el cuchillo en una funda de su falda. "Papá es partidario de los tratamientos anticuados, como la terapia convulsiva y los pozos de serpientes simulados. Bueno, si los ayudantes de los torturadores están de camino, será mejor que yo también me ponga en marcha". Dio tres pasos rápidos y volvió a mirarle con frialdad, afinando los labios. "¿Quieres acompañarme?",

preguntó. "No es que me gustes lo más mínimo -detesto a los hombres; me hierve lo que mi abuela habría llamado protesta masculina-, pero siempre disfruto frustrando a mi padre".

Phil tuvo un agudo sentido del dilema dama o doctor, pero no perdió tiempo en decir: "Sí".

Ella asintió una vez y se dirigió al fondo de la habitación. "¿Probarás con el ascensor?", se aventuró a preguntar.

"¡Claro que no!", le espetó ella.

"Pero dijo que la única otra manera...", empezó Phil.

"¡Sshh!", ella siseó y pulsó un botón de la puerta.

La pared seguía en blanco. "Así que tiene una clave", dijo. "Debería haberlo imaginado". Y pulsó el botón a un ritmo rápido. La pared seguía en blanco. "Oh, oh, el código especial, el que se supone que no debo saber." Miró a Phil. "Debes de ser importante", resopló. Volvió a pulsar el botón a otro ritmo. Esta vez, para sorpresa de Phil, la pared se abrió obedientemente. La siguió a una cocina reluciente, con estantes acristalados de filetes y verduras esterilizados con rayos gamma, congelador, horno radiónico, lecho de setas a la sombra y un pequeño tanque de microbios para aperitivos de cultivo casero. A Phil se le pusieron los ojos chiribitas ante los dos últimos lujos, pero se le ocurrió decir: "¿Y ese espejo que has dejado abierto? ¿No podría entrar tu padre arriba y ver que me he ido?".

"Esta noche no, después de lo que le he dado. Ahora deja de hacer comentarios de solterona". Estaba de pie frente a un cilindro vertical que sobresalía de la pared y se afanaba una vez más en pulsar botones. Una lucecita verde se encendió como un cohete sobre una alta columna de tacos. "Coge el hassock de la biblioteca. Rápido".

Cuando Phil se apresuró a volver arrastrando el cilindro de gomaespuma de un metro de altura, en el cilindro había abierta una puerta del tamaño de un enano. "Ponlo dentro, en la plataforma", le indicó, "encima de todas las correas y demás. Son sólo para paquetes. Eso es. Ahora métete dentro y ponte en cuclillas sobre él. Baja las manos a ambos lados de la horca y agarra las abrazaderas. Agárrate bien, porque cae un poco más rápido que en caída libre y no querrás quedarte atrás en cuclillas sobre nada. Y ponte en cuclillas con la espalda recta o te restregarás la cabeza".

"Un momento", dijo Phil, retirando un pie que había introducido cautelosamente en la puerta, "¿Tú...?".

"Tengo que ir el último, porque sé cómo funciona el botón cuando estoy dentro. Date prisa".

"Pero éste es el conducto de servicio, ¿no?", preguntó.

"¿Esperabas que unos esclavos nubios te llevaran por una rampa en espiral? Más tarde podrás convencer a papá de que me compre un helicóptero, si quieres".

"¿Quieres decir", balbuceó, "que crees que me voy a caer por ese tobogán en una pequeña plataforma sin lados?".

Ella sacó el cuchillo de su falda. "Creo que vas a hacer eso o, de lo contrario, vas a dejar que te encierre de nuevo en la biblioteca".

Apartándose del cuchillo, Phil se sentó bruscamente en la plataforma, golpeándose la parte superior de la cabeza contra el umbral de la puerta, y luego metió lentamente las piernas y adoptó la posición del Buda Ansioso. "No tenías por qué meterme prisa", dijo con cierta dignidad.

"Te mando al primer sótano", le dijo en tono cortante. "Te doy cinco segundos para salir. Creo que la puerta estará abierta. Si no, tendrás que volver a subir y esperar que sea yo quien te coja y no otro piso. No te preocupes", le dijo mientras cerraba la puerta, "yo mismo he hecho esto una docena de veces, o al menos he pensado en hacerlo".

En la oscuridad, la columna vertebral de Phil se endureció hasta convertirse en acero condensado y las manos que sujetaban las pinzas se convirtieron en las de un gorila. Tuvo tiempo de pensar que si tan sólo Lucky estuviera con él, metido dentro de su chaqueta....

La plataforma se sacudió debajo de él, arrastrándolo. El estómago se le revolvió rápidamente por encima del corazón y se le encajó justo debajo de la nuez de Adán. Una serpiente gigante siseaba y él era plenamente consciente de estar a centímetros de la muerte por la fricción en todos los lados. Entonces, justo cuando pensaba que había agarrado bien las abrazaderas, sintió claramente que la plataforma atravesaba el calcetín, que los talones le cortaban la grupa, que las vértebras le cortaban los discos intervertebrales y que varias cosas de su interior se soltaban.

Tenía la mirada perdida en una habitación vacía y poco iluminada. Se le ocurrió que estaba pasando el tiempo. Se tiró al suelo, mientras la plataforma arrancaba con un sonoro gemido. Cuando se hubo sentado y respirado un poco, una ráfaga de aire salió del paracaídas y la plataforma se detuvo. La señorita Romadka salió ágilmente e hizo una reverencia a un público imaginario.

"¿Nunca lo habías hecho?", le preguntó con desgana.

"Claro que sí, pero sabía que si decía que no lo había hecho te lo tomarías más en serio". Ella le dio un pellizco en la oreja más cercana. "Vamos, aún no te has librado de las garras de mi padre".

Casi para su decepción, se dio cuenta de que podía ponerse en pie y seguirla. Casi se sintió tranquilo. "¿Cómo pulsaste el botón desde

dentro?"

"Sólo lo pegué con cinta adhesiva, salté dentro y cerré la puerta. La plataforma no se moverá si alguna de las puertas del piso superior está abierta".

"Por cierto, ¿cómo te llamas?

"Mitzie", le dijo ella. "Mitzie Romadka".

"El mío es Phil", dijo él. "Phil Gish".

Ella le condujo a un garaje sombrío, repleto de coches ornamentados en compartimentos enrejados como celdas de prisión. Varios de los coches tenían cables de recarga enchufados. Vio una rampa que llevaba hacia arriba. Mitzie abrió la barrera con un código delante de un pequeño cupé negro sin una pizca de decoración.

"Parece inocente, ¿verdad?", comentó. "Solía pertenecer a una funeraria." Se subió. Cuando Phil la siguió con un triste encogimiento de hombros, no se sorprendió al ver que se había puesto una máscara negra. "No es mi coche", le explicó. "Sólo lo estoy escondiendo para Carstairs y la pandilla. Hace calor".

Y con ese comentario tranquilizador lo dirigió hacia la rampa, con su pequeño motor eléctrico emitiendo un leve gemido. Una puerta se levantó al oír su voz. Y ya estaban fuera, en el fantasmal atardecer amarillo del espejo de sodio. Cuando casi habían llegado al nivel del suelo, un coche grande se detuvo de golpe en la calle de delante, bloqueando la salida en tres cuartas partes. Dos hombres saltaron del coche y alguien, del que Phil por el momento sólo podía ver unas piernas contoneantes y una barriga regordeta, se apresuró a salir a su encuentro.

"Mira, si esto es otra persecución de gallinas mansas...", oyó que empezaba el primero de los dos hombres del coche en tono pesadamente escéptico.

"No seas absurdo", afirmó el otro con una voz que Phil reconoció como la del doctor Romadka. "Te digo que ha mencionado al gato verde".

En ese momento el analista miró a su alrededor y vio a Phil mirándole boquiabierto.

"¡Ahí va ahora!"

El chillido de indignación del analista se convirtió en el chirrido de los plásticos cuando Mitzie metió el pequeño coche negro entre el muro de la rampa y el recién llegado. Con el tintineo de los parachoques enganchados al separarse, salieron a la calle, el pequeño eléctrico aceleraba modestamente. Phil miró por encima del hombro.

"Han vuelto a entrar", le dijo a Mitzie. "Están dando la vuelta".

"Como he dicho, son importantes", murmuró ella a través de su

máscara, todavía incrédula. "Bueno, allá vamos", y dirigió bruscamente el coche hacia la estrecha boca de una rampa que descendía.

"Eh, ahí pone 'Sólo salida'", le gritó Phil.

"Por eso la estoy usando", le informó ella secamente.

Cerró los ojos cuando el coche se inclinó bruscamente hacia abajo, pero los dioses de la probabilidad parecían inclinados a conceder bendiciones aquella noche. Cuando el coche se niveló, Phil abrió los ojos al amarillo sódico de la luz de niebla, más brillante y cercano, del nivel inferior. Avanzaban rápidamente. Una vez más, Phil miró hacia atrás.

"Vienen tras nosotros", dijo con asombro mezclado quizá un poco con orgullo.

"Realmente importante", murmuró Mitzie, negando con la la cabeza. "Bueno, este ratoncito no estaba destinado a correr más que ese rinoceronte. Prepárate para acelerar, y espera que los coches de los próximos diez cruces estén bien apilados".

Phil se sintió aplastado contra la gomaespuma sobre la que tenía apoyada la barbilla. Había un resplandor rojo justo detrás de ellos. El coche perseguidor disminuyó rápidamente de tamaño. Retorciéndose con dificultad, observó que las luces de sodio se habían convertido en una cinta amarilla fundida. Su coche pasó volando junto al capó de un camión que entraba por una calle lateral, aunque su velocidad hacía que pareciera estar parado. Unas manzanas más adelante salieron disparados entre dos coches que también parecían congelados. El resplandor rojo se apagó. Subieron otra rampa de "Sólo salida" en la espectral noche amarilla. A una velocidad que pronto se hizo razonable, doblaron cuatro esquinas sucesivas.

"Con esto debería bastar", dijo Mitzie con despreocupación profesional. Phil asintió con la cabeza desplomada.

"Carstairs puso el cohete de asistencia ayer", explicó. "No estaba del todo seguro de tenerlo bien alineado. Bonito truco, ¿verdad? Un gran consuelo cuando acabas de derribar a un gordo robot de ventas, por ejemplo, y tienes tres coches de policía convergiendo y tal vez un helicóptero de policía arriba. Es mejor que una cortina de humo. Ya lo verás".

"Ya lo he visto", le aseguró Phil con un escalofrío algo distraído.

"Eso no ha sido nada", dijo ella con desprecio. "Me refiero a cuando realmente has hecho un trabajo y se están acercando. Esa es la gran emoción. Ya verás, te digo. Sabes, Phil, en cierto modo me gustas. Estás tan asustado e inocente, pero sigues el juego. Estoy seguro de que puedo persuadir a Carstairs para que te deje unirte a la banda".

Phil se estremeció de nuevo, pero con aún menos de su mente en ello. Ni los pasatiempos criminales de Mitzie Romadka ni su repentina amabilidad podían mantener su atención. Mirando con el ceño fruncido la ictérica calle, pensaba en Lucky y en cómo se había sentido cuando Lucky estaba con él.

Se despertó de un tirón. "¿Qué es este gato verde, a todo esto?" Mitzie preguntaba con una indiferencia que su máscara intensificaba. "¿Una esmeralda tallada o la contraseña en una sociedad secreta?".

Phil se encogió de hombros.

"Bueno, olvidémoslo entonces", decía Mitzie, "y divirtámonos un poco". Aceleró de nuevo hasta el límite sin asistencia del eléctrico y se saltó un semáforo que aulló protestando. Sus ojos brillaban perversamente en sus círculos de encaje negro. Su respiración se hizo más rápida, su voz más ligera. "Carstairs tiene un montón de robots de ventas en fila. Tiene sus rutas tras el teatro controladas al dedillo. Podemos embestirlos y destriparlos, ¡uno, dos, diez! ¡Salten a la acera, hermanas!"

Este último comentario exuberante iba dirigido a dos mujeres embozadas en plataformas relucientes, e iba acompañado de un giro brusco del coche hacia ellas. Lo consiguieron, por un pelo, y cayeron de rodillas, chillando. Mitzie arrulló feliz.

Como alguien que despierta de un sueño, Phil dijo bruscamente: "¡No! ¡No quiero formar parte de esto!". Y continuó: "Puedes dejarme en el 3010 de Opperly Avenue, planta superior".

Para variar, ella le miró con curiosidad, incluso con sorpresa. "De acuerdo", dijo al cabo de un rato, "lo haré, aunque sólo sea porque me hizo mucha gracia la cara que pusiste cuando cerré la puerta del paracaídas". Hizo girar el coche ilegalmente en una cerrada vuelta en U. Dijo con dureza, sin mirar a Phil: "Nunca le doy caña a la gente mayor. No tienen suficientes hormonas para hacerlo divertido. Esas dos chicas eran muy divertidas".

Phil no hizo ningún comentario. Condujeron un rato en silencio. Entonces fue vagamente consciente de que Mitzie le lanzaba miradas furtivas.

"Si consigues armarte de valor y cambiar de opinión", dijo enfadada, "es posible que nos encuentres en el Tan Jet mucho más tarde esta noche".

Él no hizo ningún comentario. Ella continuó en voz baja: "La noche es el único momento, ya sabes, al menos en este siglo. La noche en la ciudad. Me encantan las calles amarillo pálido y los túneles amarillo brillante. Nos han quitado las selvas, el alta mar y las autopistas, incluso el espacio y el aire. Han abolido la mitad de la noche. Han

intentado robarnos el peligro. Pero lo hemos vuelto a encontrar en la ciudad; ¡nosotros que tenemos valor y odiamos a las ovejas!

"Bueno, aquí está tu Opperly 3010", dijo ella, deteniendo el coche. Phil abrió la puerta y salió. Sólo entonces le pareció a Mitzie ver la brillante marquesina y darse cuenta de que la dirección era la del centro de lucha de Fun Incorporated. Se impulsó en el asiento cuando él llegó a la acera y se volvió para cerrar la puerta.

"¡Así que esto es lo que estabas buscando!", le gritó, su voz repentinamente apasionada hizo que su máscara se alejara de su boca y luego resoplara. "¡Me rechazas, olfateas a mis amigos y mis costumbres, estás por encima de la violencia y el sexo, y todo el tiempo planeas satisfacerte vicariamente, mirando luchas hombre contra mujer!". Por un instante, antes de que ella le cerrara la puerta en las narices, un rayo pareció salir de los orificios oculares de la máscara negra. "Al menos yo me hago mis propias emociones, virgencita podrida".

VI

La muchedumbre que se agolpaba en el pasillo le arrancó a Phil el recuerdo de la última rajada de Mitzie. Se deslizó a lo largo de la pared, rozado por los hombros y las caderas, pisado por los talones y los dedos de los pies, hecho toser por nubes azul grisáceo de tabaco, hierba y la llamada hierba Venus, y agasajado por comentarios como: "Ajá, podría haberla tirado cuando quisiera" y "¡Lo que no me gustan son esas árbitras tontas!".

Finalmente, Phil se metió en un remolino de la multitud cerca de un pasillo lateral. Jadeó sin esperanza: "Juno Jones". El viejo Rubberarm susurró con la garganta: "Pasa, Mack", y por poco arqueó su brazo gris para dejar pasar a Phil en ese punto, mientras sostenía su esbelto cuerpo contra una oleada general de la multitud y echaba hacia atrás el extremo tentacular de su brazo para detener a un caballero vestido de marrón con ojos de pelota de tenis que intentaba meterse detrás de Phil.

Phil se secó la frente y respiró hondo. Se sentía un poco mareado al estar solo. Una mujer salió por la puerta de delante. Iba vestida con un agresivo desaliño: vestido largo sin forma, zapatos de botones, sombrero de ala ancha cubierto de flores, cuello de piel y guantes. Parecía la mujer de la limpieza de otros tiempos, de vacaciones a medias. No se dio cuenta de quién era hasta que la multitud a sus espaldas empezó a vitorear y a corear: "¡Juno! ¡Juno!"

Ella los saludó, pero sus ojos estaban fijos en Phil.

"Me alegro de verte", le dijo, agarrándolo por el codo. Luego susurró: "No hagas preguntas. Ven conmigo".

Al momento siguiente, le llevaba a toda prisa por el pasillo, lejos de la multitud.

Los cánticos de la multitud se volvieron decepcionantes y un poco doloridos. Una voz chillona lo sobrevoló: "¿Por qué te vas con el pequeño camarón?"

Juno se dio la vuelta y se mantuvo firme. "Escuchad, jetas", bramó, y la multitud se quedó en silencio mientras un punto de teleobjetivo brillaba cegadoramente. "Sé que soy vuestra heroína y eso me hace feliz, ¡pero hasta yo tengo que tener una vida amorosa! Y no la insultes".

Mientras el público gritaba de risa y empezaba a vitorear de nuevo, Juno empujó a Phil a través de una puerta. "Espero que no te haya molestado que dijera eso", le dijo. "Son mis fans y tengo que seguirles la corriente".

Phil sacudió la cabeza un poco aturdido. Había esperado que ella se

detuviera en cuanto se perdieran de vista de la multitud, pero en lugar de eso lo estaba apresurando a lo largo de un estrecho pasillo.

"Oiga, mire, señor...", empezó a decir ella con ansiedad.

"Phil", le dijo él. "Phil Gish."

"Bueno, mira, Phil, ¿podría invitarte a cenar?"

"Claro", dijo Phil.

"Bien", dijo ella con alivio. Sin embargo, siguió mirando a su alrededor, casi con aprensión, y no aflojó el paso. "Conozco un buen restaurante de carnes. Tranquilo y preparan un excelente asado de conejo". Llegaron a una escalera estrecha y sombría. Juno le guió hacia ella. Empezó a subir, pero ella le dio un tirón hacia atrás. "Por ahí no, Phil, por Dios", le advirtió. "Eso es directo a Billig y las avispas. Este lugar del que te hablo está en el nivel inferior". Y empezó a bajar. "Podríamos coger un ascensor", dijo disculpándose, "pero esto es mejor", añadiendo bruscamente, "más privado".

Al final de la escalera, una estrecha puerta daba directamente a una larga y oscura sala con un mostrador a un lado y una fila de cabinas al otro. Con sus acabados cromados, debía de datar de 1960. Los clientes eran en su mayoría hombres corpulentos, aparentemente divididos a partes iguales entre camioneros, policías y una categoría menos definible. Había una puerta de ascensor al lado de la que habían salido. Juno saludó con su gran mano a un par de personas y gritó a alguien: "Whisky y chuletas, y asegúrate de que los bordes están quemados. ¿Y tú, qué quieres, Phil?

Se dio cuenta de que no había comido desde el día anterior y murmuró algo sobre un bocadillo de levadura y un vaso de leche de soja. Ella le miró, pero pasó de su pedido sin hacer ningún comentario, y luego le llevó a remolque una vez más. Tuvo que responder a algunos saludos familiares, pero no les dedicó mucho tiempo y pareció aliviada cuando hubo sentado a Phil en el reservado más cercano a la puerta principal, donde el estruendo de los camiones era más fuerte y sus faros, mezclados con el resplandor del sodio, destellaban sobre el plástico rayado y polvoriento. Pero, para su asombro, en el local no había gramolas ni radios de ningún tipo. También vio que los pulsadores de la pared estaban etiquetados para alimentos sintéticos caducados y tenían pegado un cartel de "Fuera de servicio" que debía de tener veinte años.

Estudió a su compañera del otro lado de la mesa y se dio cuenta por primera vez de que parecía muerta de cansancio. Su mirada empezó a rastrear en su gran mandíbula los contornos de un hematoma reciente que sólo disimulaba en parte el maquillaje aplicado a toda prisa. Se metió en el bolsillo con la ligereza de una chica tímida y empezó a

frotarse la mandíbula con una borla de polvos, pero luego desistió, devolvió la borla y se desplomó hacia delante, con los codos carnosos apoyados en el plástico.

"No dejes que te digan que los combates están arreglados", le aseguró cabizbaja. "Zubek se partió la cara intentando pillarme esta noche".

"¿Ganaste?" inquirió Phil.

"Oh, claro. Dos caídas, un giro de nave espacial y una caída libre, es decir, cuando los lanzas hacia arriba y fuera y no vuelven".

Una bandeja llegó deslizándose por la barra. Juno se acercó y la cogió antes de que Phil se diera cuenta de que era para ellos. Por la rapidez con que se había preparado el pedido, supuso que aún tenían cocina radiónica en el local. Las chuletas de conejo chamuscadas de Juno eran tan grandes como pequeños filetes -debía de ser un conejo octoploide, como mínimo-, mientras que su bebida era intimidantemente enorme y de color marrón. Mordisqueó su sándwich de levadura y lo encontró aparentemente bueno, aunque siempre le inquietaba un poco comer comida de restaurante que no saliera de una pared.

Mientras Juno masticaba sus chuletas y bebía su whisky, le contó a Phil retazos de la historia de su vida. Resultó ser una campesina que había llegado joven a la ciudad y había sufrido las desilusiones habituales. "¿Cómo va a salir adelante una chica hoy en día -preguntó a Phil-, especialmente una tonta como yo? No es que no tuviera una figura estupenda, pero incluso entonces era demasiado grande y fuerte. Asustaba a los hombres que conocía y entonces no sabía a quién le habría gustado lo que yo tenía. Así que durante un tiempo intenté ser madre de incógnito -ya sabes, parir bebés para mujeres adineradas que no querían llevarlos ellas mismas los nueve meses-, pero sabía que eso no tenía futuro. Diez años más o menos y estaría barriendo después de un robot barrendero e intentando que los vestidos de papel de usar y tirar durasen un mes. Así que me acordé de que en mi pueblo podía vencer a nueve de cada diez chicos y me presenté a algunos concursos de lucha amateur, y muy pronto me estaban preparando para ser profesional". Negó con la cabeza. "Tendrías que haber visto mi figura; era realmente hermosa antes de que me pusieran hormonas". Inspeccionó con desagrado sus grandes manos, todavía enguantadas de blanco aunque ahora manchadas de salsa. "Hasta usaron pituitrina conmigo, los muy cabrones". Suspiró y se encogió de hombros. Ya había reducido sus chuletas a huesos y se estaba tomando su segundo whisky. "Así que fue así, Phil. Por supuesto, tuve que ir y enamorarme de un luchador y casarme con el pequeño zorro -la mayoría de las chicas del negocio cometen ese error-, pero al menos como conejo, incluso ternera, y un montón de

idiotas me respetan".

Phil asintió con entusiasmo. "Te has hecho un sitio. Seguridad".

"¿Estás de broma?", preguntó. "Cinco años y habré acabado, diez en el exterior si consigo ser un personaje". Sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante. "En realidad es mucho peor que eso. Las luchas hombre contra mujer están casi acabadas. El gobierno va a tomar medidas enérgicas".

"Siempre dicen eso", la tranquilizó Phil con tímida alegría, "y nunca ocurre".

Ella se encogió de hombros con fatalismo. "Esta vez ocurrirá".

"He oído al presidente hablar de algo así esta noche", dijo Phil, "pero parecía borracho".

Ella se encogió de hombros.

"Pero se supone que Fun Incorporated tiene todo tipo de conexiones con el gobierno", siguió objetando Phil.

Sonrió extrañada. "Tienes razón. Las mejores conexiones que cualquier sindicato haya tenido. De todos modos, están acabados. Moe ha estado preocupado durante semanas, muy preocupado. Me doy cuenta".

"¿Moe?"

"Moe Brimstine. Lo viste un minuto esta tarde".

"Oh, sí", dijo Phil, teniendo un vívido flash de recuerdo del armatoste lleno de puertas y la papada oscura, y luego continuó con una pequeña risa, "Sabes, me sobresaltó cuando su voz era igual a la del viejo Rubberarm. Parecía un hombre demasiado importante para ser un portero".

"¡Ya lo creo que lo es!", exclamó ella, volviendo por un momento el auge a su voz. "¿No pensarías realmente, Phil, que se pasaba el tiempo espiando por una mirilla unidireccional y trabajando en ese chiringuito de goma elástica? ¿Y yo le llamaría robot tonto? Sólo usó su propia voz para grabar las preguntas y respuestas del viejo Rubberarm. Le divierten esas cosas". Levantó las pesadas cejas. "¿No sabes quién es Moe Brimstine?".

Phil negó con la cabeza.

"¿Dónde has estado toda tu vida? Perdona, Phil, pero Moe Brimstine es... ¡por qué, está en la cima del sindicato, justo al lado del mismísimo señor Billig!".

Cuando Phil tampoco reconoció el segundo nombre, ella dejó de intentarlo. "Bueno, de todos modos, Phil", dijo con su voz amable y tranquila, "ahí está Moe Brimstine, prácticamente el jefe de Fun Incorporated, que dirige centros de lucha libre y atracciones, todo ventas-robots, jukebox burlesque, y un montón de otras cosas de las

que no se habla tanto. Y está preocupado, muy preocupado. Ahora conozco a Moe. Sólo se preocupa por el sindicato. Así que las cosas deben estar muy mal". Hizo una pausa y luego añadió crípticamente, pero con una especie de pesadumbre personal: "Muchas cosas están muy mal".

Phil asintió. Reinó el silencio.

"Dime, Phil", dijo ella por fin roncamente, mirando cómo su dedo grande y manchado de salsa frotaba su vaso casi vacío. "Eso sí que fue una... ¿cómo llamarlo?... ilusión, ¿verdad, lo de esta tarde cuando hablabas de un gato verde?".

"Eso pensé entonces", dijo Phil suavemente. "Ahora no estoy seguro".

Ella soltó un gran suspiro y le miró. "Sabes", dijo con repentina calidez, "yo tampoco. Dime Phil, ¿cuánto vale ese gato, a todo esto, si es que hay un gato. ¿Podría valer 10.000 dólares?"

Phil sintió que sus ojos se empañaban en el mismo instante en que pensaba que el valor de Lucky nunca podría medirse en dinero. "¿10.000 dólares?" murmuró. "No tengo la menor idea. ¿Qué te hizo pensar en esa cifra?"

"Bueno -dijo Juno lentamente-, después de que los Akeley -¡malditos sean! se fueron esta tarde, Jack vino a verme y empezó a hablarme otra vez de lo tonta que era contigo. Sólo que esta vez no era porque te había dejado entrar, sino porque te había dejado ir. Me dijo, 'Eres tonta, Juno, eres deductivamente tonta. No reconoces la oportunidad. Ahora estoy en condiciones de sacarle diez mil dólares a ese mequetrefe, sólo que no voy a hacerlo, al menos no de inmediato -dice-, porque hay cosas más importantes, Juno, hay cosas más importantes'", Y puso los ojos en blanco como si estuviera en el ring y se acercara a su cónyuge en su personaje de Swish Jack Jones, el Lady Killer.

"Bueno, de todos modos", continuó después de un momento con voz menos indignada, "no me lo pregunté demasiado en ese momento, porque él siempre intenta pincharme así desde que conoció a Sashy (Jack odia que lo llame así) Akeley. Pero entonces, justo después de salir del ring esta noche, Moe Brimstine empezó a hablarme de un gato verde. Parece que había estado escuchando las grabaciones de las conversaciones del viejo Rubberarm durante la tarde, y yo había hablado de un gato verde cuando hablaba contigo. Fingió que era lo que ustedes llaman curiosidad ociosa, pero eso es algo de lo que Moe Brimstine no tiene nada. Por supuesto que le dije que no eras más que un loco inofensivo con gatos en la gorra, pero no pareció satisfecho." Miró a Phil con desconcierto. "Esta tarde pensabas que eras un chiflado, ¿verdad? Entonces no creías en ningún gato verde... quiero

decir, ¿después de que te convenciéramos de lo contrario?".

Phil tuvo que asentir.

"¿Pero ahora has cambiado de opinión?

"Sí. Verás, finalmente seguí el consejo de tu marido y fui a ver al analista".

"¡Ese piojoso psiquiatra que le pusieron los Akeley!", resopló ella.

Phil esbozó lo esencial de su episodio con el doctor Romadka. Cuando terminó, Juno estalló: "Lo entiendo perfectamente. Si te encierra y llama a unos matones y ellos desmagnetizan la cinta de la ley que te persigue, ¡entonces ese gato verde no es un sueño de hierba, hermano!".

"No parecían matones", objetó Phil dubitativo. "Además, la señorita Romadka no parecía creer que el gato verde fuera importante".

"¡Esa gatita sexy!" Juno se refirió a Mitzie despectivamente.

Phil se sobresaltó: no se había dado cuenta de que le había contado a Juno tantas cosas sobre Mitzie.

"Además," Juno continuó concluyentemente, "Moe está interesado en el gato verde, o no me hablaría de ello, y cualquier cosa que le interese a Moe tiene que ser real. Oh, pobre chucho".

"¿Quién, Moe?" Phil preguntó confundido.

"Por supuesto que no. Me refiero a Jack, sobre todo después de que Moe se ponga al día con él y descubra que tenía ese gato verde y luego no cumplió". Su ceño se frunció con excitación. "Mira, Phil, así es como me lo imagino: Moe le dice a Jack y a algunos de los otros gamberros: 'Chicos, voy a pagar 10.000 dólares a cualquiera que me traiga un gato verde'. 10.000 dólares es la cifra favorita de Moe para tratar con imbéciles listos como Jack".

"¿Pero por qué Moe Brimstine querría un gato verde?". Phil objetó. "¿Se lo preguntaste esta noche cuando te estaba bombeando?"

"Hermano, a Moe Brimstine no se le pregunta nada", le aseguró Juno.

"Pero, ¿crees ahora que tu marido y Cookie robaron el gato verde mientras el viejo Rubberarm me mantenía fuera?".

La mirada de Juno daba a entender que afirmaba lo obvio con demasiada frecuencia.

"¿El señor Brimstine le ha estado haciendo preguntas a tu marido?". preguntó Phil.

"Jack no fue facturado para esta noche", explicó Juno. "Se fue a alguna parte".

"¿A casa de los Akeleys?" preguntó Phil, con un recuerdo borroso dándole codazos en la mente.

"Esta no es la noche", dijo Juno. Su voz se volvió por un momento amargamente picada. "¡Sólo reciben wunct a la semana! Lo más probable es que Jack se haya ido con Cookie a alguna parte".

"Pero si tu suposición es correcta acerca de que el señor Brimstine ofreció 10.000 dólares por un gato verde, y Jack robó el gato, entonces ¿por qué no se lo ha llevado?".

Juno rodó la cabeza como un toro enfadado. "Oh, sería algo que esos Akeleys le pusieron; algo en lo que le halagaron. Tal vez incluso consiguieron que les diera el gato. Realmente pueden retorcerlo".

Phil volvió a sentirse perdido. "¿Pero qué querrían los Akeleys con el gato?"

"¿Para qué quieren algo esos imbéciles?" Juno contraatacó. "¿Qué quieren con Jack?" Resopló y miró a Phil. "Aclara una cosa", dijo bruscamente, "quiero a Jack, la pequeña rata. He recibido mucho de él, pero no me ha importado demasiado. Oh, me dolió cuando descubrí que pensaba más en Cookie y en esas otras gamberras que en mí, pero no dejé que se me notara. Después de todo, si un hombre sabe que puedes lamerle, supongo que le afectará. Pero cuando esos Akeleys lo descubrieron y empezaron a hacerle la pelota y a cambiarlo, eso fue demasiado para mí. Son intelectuales, ya ves, y halagaron a Jack y le llenaron con un montón de chorradas sobre cómo tenía un talento artístico oculto y cómo era Zeus o algún nombre así luchando contra el principio femenino y así sucesivamente. Bueno, él cae en la trampa, ¿ves? Entra en una completa caída libre. Empieza a comprar cintas de lectura, ¡incluso libros impresos! Lo siguiente que hace es insultarme, usando un montón de palabras que yo apenas conocía. No para de hablar de lo estupenda que es Mary, con su arte y sus figuras mágicas o lo que sean, y de lo maravilloso que es Sashy, con sus grandes ideas sobre la comprensión y el amor y un montón de chorradas más. Me dice a la cara que soy una tonta de campanillas, ¡un stupe semánticamente!". Y habiendo hecho bien con esa última palabra, Juno se bebió de un trago el resto de su bebida. "Mira, Phil", prosiguió, "podría luchar contra Cookie y los demás, porque están a mi nivel, pero no puedo luchar contra los intelleckchuls. Me están quitando a Jack y no puedo hacer nada al respecto. Y ahora han ido y lo han metido en un verdadero problema, apuesto, con este asunto del gato verde. Porque a Moe Brimstine no le impresionan los intelectos ni nada". Se quitó con cuidado el vaso de la mano e hizo garras. "Si tuviera a la pequeña rata aquí", dijo, "le estrangularía algo de sentido común. Pero hasta que Moe Brimstine habló conmigo, no sospeché realmente que algo andaba mal, y ahora no puedo hacer nada".

La borrosa memoria de Phil se aclaró de repente. Le contó a Juno

cómo, corriendo hacia casa del doctor Romadka, había visto a Jack, Cookie, Sacheverell y Mary conduciendo por algún lugar de la antigua eléctrica.

Juno golpeó la mesa con ambos puños. La gente miró a su alrededor. "¡Esa caja fúnebre negra!" Rugió. "Debería haberlo sabido. Esta noche es tan importante que van a recibir algo especial". Se levantó de un salto y agarró a Phil por la muñeca, buscó a tientas su vaso, cogió el de Phil en su lugar, lo reconoció justo antes de vaciar lo que quedaba de leche de soja, lo dejó en el suelo con un estremecimiento y tiró de Phil fuera de la cabina. "Vamos", le dijo. "¡Vamos a casa de los Akeley! Al templo".

Al abrir la puerta que daba a la calle secundaria, Juno tuvo que hacer una pausa. Phil tuvo la oportunidad de mirar hacia atrás a lo largo del bar. Mientras lo hacía, la puerta del ascensor del fondo se abrió. Una forma obesa la llenaba. Las gafas oscuras eran parches gemelos de tizne.

En ese momento, Phil recibió una demostración no anunciada de la fuerza de Juno Jones. Fue levantado de los pies y balanceado ligeramente unos tres metros a través de la puerta hacia la subcalle rugiente y reluciente de camiones.

"Era Moe Brimstine", jadeó Phil.

"Lo sé", le dijo Juno mientras tiraba de él hacia las escaleras mecánicas que llevaban a los niveles superiores y a los teléfonos de los taxis. "No nos ha visto".

Phil no estaba tan seguro.

VII

El taxi acababa de pasar zumbando por delante de los escaparates cegadoramente luminosos del sótano de Monstro Multi-Products, detrás de los cuales desfilaba una hilera de robots de vestuario en una interminable figura de ocho con considerable realismo y mucho glamour de goma de ante, cuando Juno se encorvó hacia delante y gruñó al conductor para que se detuviera. Había permanecido callada durante la mayor parte del trayecto, como si el whisky se le hubiera agriado, y ahora, cuando Phil hizo ademán de pagar, le hizo un gesto de impaciencia para que se apartara. Se apeó de buena gana, repentinamente ansioso por ver cómo era el lugar de Akeley, como si sus esperanzas y temores hubieran empezado a girar de nuevo cuando las ruedas del taxi se detuvieron.

La referencia de Juno al "templo" le había hecho esperar columnas griegas o un portal egipcio. En lugar de eso, se enfrentaba a una oscuridad oblonga, enmarcada por la acera, escaparates a ambos lados y los bajos de las dos calles superiores. Cruzó la acera y vaciló, como si estuviera al borde de la nada. Estaba realmente muy oscuro, incluso para el nivel inferior. La luna de sodio se había puesto.

Entonces, a medida que disminuían los efectos del resplandor de los escaparates, una casa tomó forma ante él: una vieja casa de tres pisos, con un aspecto increíble, como si estuviera construida de madera, con tejados inclinados de forma extraña y luces que brillaban débilmente a través de los ventanales con postigos y unas fantasiosas y polvorientas claraboyas. Algo rechinó bajo su pie y se dio cuenta de que entre él y la casa había un patio de tierra de verdad, si no de hierba y maleza. Aquel debía de ser el nivel del suelo de la ciudad hace unos cien años. Ahora eran las ventanas del tercer piso las que se asomaban a través de la brecha a la calle del nivel superior, muy por encima de la cabeza de Phil. En un momento dado, el hueco estaba atravesado por una viga. Al parecer, la casa era tan antigua y destartalada que necesitaba puntales.

Pero entonces se presentó una nueva ilusión. Phil sabía que la casa estaba en el centro de la ciudad, rodeada de edificios gigantescos por todos lados. Debería haber hileras de ventanas iluminadas y, a lo lejos, un cuadrado de cielo nocturno. En cambio, sólo había oscuridad, como si la casa preatómica existiera en una noche privada.

Entonces, los faros de un coche que giraba en la calle dos niveles más arriba barrieron el tercio superior de la casa, y vio que alrededor de la casa había superficies pintadas de un negro opaco y antirreflectante. El "techo" negro y liso apenas podía estar un palmo por encima de la punta de la aguja más alta de la casa.

"Algún asunto legal", explicó Juno, acercándose a él. "Jack Wunct me contó algo. Parece que los propietarios originales no pudieron ser desarraigados, pero la ciudad se apoderó de los derechos aéreos y construyó sobre ellos. Un lugar espeluznante, parece a punto de derrumbarse, ideal para los Akeley". Luego, en voz más alta, "Bueno, dije que iba a irrumpir en ellos, y lo estoy haciendo. Vamos".

Phil la siguió por el patio hasta los escalones raquíticos que conducían al porche. Su mano buscó a tientas la barandilla y tocó la pintura descascarillada. A mitad de camino, un gato pasó a su lado. Por un momento le retumbó el corazón, pero cuando el gato se detuvo en la cima, vio que estaba salpicado de una especie de colores claros y oscuros, difícilmente podría ser Lucky. Se alejó por una esquina del porche. Siguiéndolo, Phil y Juno se encontraron frente a una puerta de seis paneles iluminada por un sucio globo, que Phil supuso que debía de ser una antigua lámpara de filamento de tungsteno. No había rastro del gato, ni indicios de cómo podía haber desaparecido, hasta que Phil se fijó en una puerta diminuta y posiblemente abatible cortada en la parte inferior de la grande.

Haciendo caso omiso de una aldaba con cabeza de gato, verde con verdín, Juno aporreó la puerta de un modo que hizo que Phil encorvara los hombros y agachara la cabeza, manteniendo un ojo aprensivo en el techo. Pero la casa no se derrumbó.

Al cabo de un rato, se abrió una mirilla sobre la aldaba y unos ojos grises y acuosos observaron a Juno.

"Quiero ver a ese inútil de mi marido", gritó, pero no parecía su habitual rugido de seguridad en sí misma.

"Juno, estás muy alterada", le respondió una voz que Phil reconoció como la de Sacheverell Akeley. "Tu aura está toda turbia; apenas puedo verte a través de ella".

"Escucha", bramó Juno, "me dejas entrar o derribo tu asquerosa casa".

Phil pensó que, incluso concediendo cierta falta de seguridad en Juno, no era una amenaza para tomarse a la ligera, pero no inquietó a Sacheverell. "No, Juno", dijo con firmeza. "No puedo dejarte entrar cuando tus vibraciones son así, y cuando las hormonas del odio brotan de ti. Quizá más adelante -entonces quizá podamos ayudarte a alcanzar la tranquilidad interior-, pero ahora no".

"Pero mira", se quejó Juno en tono sorprendentemente dócil, "tengo una amigo conmigo que tiene asuntos contigo". Se hizo a un lado.

"¿Qué asuntos?" preguntó Sacheverell con escepticismo.

Phil miró fijamente al ojiverde y dijo: "El gato verde".

La puerta giró hacia atrás y Sacheverell, que ahora ya no vestía boina

y pantalones naranjas, sino una túnica verde bordada en bronce, hizo señas a Phil para que entrara con un brazo que agitaba la seda esmeralda. Sus quemaduras de sol parecían ahora la tez exóticamente oscura de un místico asiático. "Todas las puertas se abren para quien pronuncia ese nombre", dijo simplemente. "¿Tú respondes de la tranquilidad de tu compañera?".

"Ah, yo no tocaría nada ni a nadie aquí", gruñó Juno con hosquedad, entrando tras Phil. "Ya me siento bastante sucia".

"De la suciedad brotan las rosas, Juno", le recordó Sacheverell suavemente, "y el bien florece del mal. Alégrate de compartir la gran transformación".

Phil se encontró de pie en el umbral de una enorme sala de estar que se retorcía con chorros de incienso gris y estaba abarrotada de muebles victorianos y un batiburrillo de adornos y objetos que sugerían todas las religiones del mundo. También aquí las luces eran de tungsteno, y tan escasas que producían muchas sombras. En el otro extremo de la sala había una gran puerta, con una pesada cortina de terciopelo negro. A través del olor resinoso del incienso llegaba el hedor sordo de la comida rancia, la ropa y la gente; también un olor agrio a animal.

Y entonces Phil vio que el lugar estaba simplemente lleno de gatos: negros, blancos, topacio, plata, topo; a rayas, moteados, con bandas, de colores; de pelo corto, de angora, persas, siameses y siameses mutantes. Saltaban entre los tableros de las sillas y las estanterías; se asomaban brillantes por debajo de las mesitas y apagados por las grietas de aspecto sofocante entre los cojines; jugueteaban o posaban sublimemente quietos. Uno se extendía de cuerpo entero sobre el Corán tejido en el centro de una alfombra de oración musulmana; otro yacía sobre un pentáculo de plata deslustrada incrustado en una mesa baja y oscura. Uno batallaba con una filacteria colgada de la pared, haciendo que la cajita de cuero se balanceara y saltara; otro mordisqueaba una figurita esteatopigia y multimamífera; otro se enredaba perezosamente en un rosario; dos sorbían leche de aspecto sucio de un cáliz de plata engastado con amatistas.

Y entonces, por segunda vez, a Phil se le estrujó el corazón, porque en el centro de una repisa de chimenea sobre una chimenea de verdad, y a medio camino entre un icono dorado y una máscara de diablo mexicano de hojalata, allí posaba el más sublime de todos, con las patas delanteras rectas como lanzas... el gato verde.

Mientras Phil avanzaba hipnóticamente, oyó a Sacheverell decir suavemente: "No, ése no es su verdadero yo, sino su simulacro, su antiguo heraldo egipcio, una figura de Bast, la Dama de la Vida y el Amor".

Y cuando Phil se acercó, vio que realmente era la estatua de bronce de un gato, con incrustaciones de verdín casi exactamente del tono del pelaje de Lucky. Acercándose a su lado, Sacheverell le explicó: "En cuanto llegó, saqué todas nuestras reliquias de Bast. La mayoría están ahí dentro -señaló las cortinas de terciopelo negro-, alrededor del altar. Pero unas pocas están aquí". Y señaló, junto a la estatua de bronce, un pequeño estuche para momias y, dentro de él, la momia de un gato envuelta en lino, que parecía un pequeño saco con una mancha en la parte superior. Mientras Sacheverell explicaba el minúsculo frasco canopo de vísceras de gato conservadas que había al lado, un siamés de seis dedos se acercó y olfateó la momia, pensativo.

Por fin Phil encontró las palabras. "Entonces, ¿de verdad tienes a Lucky?".

Las anchas y curvadas cejas de Sacheverell se curvaron aún más. "¿Lucky?

"El gato verde", añadió Phil.

El rostro de Sacheverell se tornó serenamente grave. "Nadie tiene el gato verde", reprendió a Phil. "No está permitido. Nos tiene a nosotros. Somos sus humildes adoradores, sus primigenios hierofantes".

"Pero quiero verle", dijo Phil.

"Eso estará permitido", le aseguró Sacheverell a Phil, "cuando despierte y el mundo cambie. Mientras tanto, compóngase, er ... ¿Phil Gish, dices? Phil... philo... amor... un nombre auspicioso".

"¿Por qué diablos este gato verde es tan importante, a todo esto? ¿Qué es?"

Los dos hombres se volvieron. Juno seguía de pie en el umbral. Estaba un poco inclinada hacia delante, abrazada a los codos, pero tenía los hombros erguidos y los miraba hoscamente, como una colegiala rebelde.

"El gato verde es el amor", le dijo Sacheverell en voz baja. "El amor que florece incluso del odio".

Hubo otra interrupción. Ésta adoptó la forma de una risita tímida y femenina. Phil se volvió hacia el lado de la habitación que aún no había inspeccionado de cerca, el que daba a la chimenea. En este se encontraba un profundo y amplio ventanal estrechamente encofrado con celosías grises, al igual que todas las demás ventanas de la habitación, excepto una que daba a la oscuridad junto a la chimenea. En el mirador había un sofá semicircular en el que Mary Akeley se desperezaba como una adolescente, todavía vestida con suéter negro y falda rígida roja.

"Sabes", dijo, "no puedo hacerme a la idea de amarlos a todos.

Sacheverell dice que tengo que ser amable con mis personitas y dejar de clavarles alfileres de sombrero y esas cosas, pero no es fácil".

Por un momento, Phil pensó que se refería a los gatos. Luego vio que había una serie de estanterías estrechas detrás de ella, que empezaban en la parte superior del sofá y llegaban hasta la mitad de la bahía, y que esas estanterías estaban abarrotadas de muñecas. Al acercarse, vio que no eran muñecas corrientes, sino figuras humanas extremadamente realistas, la mayoría de unos quince centímetros de alto. Nunca había visto muñecas tan perfectamente formadas ni vestidas con tanto realismo. Debía de haber doscientas o trescientas. Estaban detrás de Mary como la sección transversal de una calle abarrotada de tres niveles en algún diminuto mundo viviente. Delante del sofá había una mesa baja atestada de bloques de cera, moldes, microherramientas y lupas, varias figuritas parcialmente terminadas y cuadrados apilados de telas tan delicadas que debían de haber sido tejidas especialmente.

"¿Te gustan mis personitas?", oyó que le preguntaba Mary. "A casi todo el mundo le gusta. Empecé haciendo muñecas de strip-tease, pero estas que son todas mías son mucho más divertidas. Sacheverell, creo que les gusta que les claven alfileres. Creo que es la forma en que quieren ser amadas".

"Tal vez, querida", oyó decir Phil a Sacheverell con una risita cariñosa, "pero tendremos que esperar a ver cómo se siente al respecto".

Y entonces Phil vio que los muñecos representaban a personas concretas, eran estatuillas aparentemente perfectas de ellas, tan perfectas que por un momento se encontró preguntándose cuál era el mundo real: el grande o este diminuto de Mary. Reconoció al presidente Barnes, al Vanadin de la URSS, al cuadrado John Emmet de la Oficina Federal de Lealtad, a varias estrellas de la televisión y del cine, a Sacheverell, a unas ocho versiones de la propia Mary, a Jack Jones con mallas negras, a Juno con mallas granates, al doctor Romadka y -cogió aire- a Itzie Romadka con un vestido de noche muy parecido al que llevaba cuando la conoció.

"¿Reconoces a los amigos?" preguntó Mary en voz baja, con su juvenil rostro en el que predominaban la nariz y la barbilla asomando inquisitivamente hacia el suyo.

Se oyeron pasos. Phil se dio cuenta de que Juno había entrado por fin en la habitación y estaba de pie detrás de él mirando las muñecas. Mary lo miró con una sonrisa inocente. "Son muy monas, ¿verdad?", comentó.

Juno dijo: "¡Uf!".

"Intenta ser alegre", le amonestó amablemente Sacheverell moviendo

un poco el dedo. "Esfuérzate. Pronto será mucho más fácil. Quiero decir, cuando despierte. Ahora debo ir a ver si ha habido algún cambio. Diviértanse". Y habiéndoles encomendado con ligereza aquella estupenda tarea, se apresuró a salir de la habitación, con sus ropas verdes silbando contra las cortinas de terciopelo negro.

"Sacheverell ha sido tan eficiente como puede serlo desde que llegó", observó Mary. "Un pequeño gran administrador. Nunca le había visto tan animado con nada. Se ha dedicado a otras cosas, ¿sabes?", continuó. "Cristianismo semántico, neomithraísmo, Bhagavad-Gita, Evangelio según San Isherwood, folkismo bradburiano, triple diosa cretense, adoración del diablo y satanismo -esas son las dos que me gustan- y no sé qué más. Cada vez que encuentra uno nuevo, se entusiasma mucho, pero no así. Nunca lo había visto tan serio. Desde que Jack le dio el gato verde, todo mono y acurrucado y durmiendo..."

"No estaba durmiendo", cortó Phil casi bruscamente. "Lo habían noqueado con una pistola aturdidora".

"No seas ridículo", continuó Mary. "Jack lo encontró durmiendo. Bueno, en cuanto Sacheverell lo tocó, Sacheverell nos dijo que el mundo iba a cambiar y que iba a haber una nueva era de amor y comprensión, y desde entonces ha estado tan ocupado como una abejita. En cuanto llegamos a casa, se dio la vuelta y sacó todas las cosas de Bast. Le dije a Sacheverell que, como Bast era una diosa, quizá no deberíamos llamarle él. Pero Sacheverell me dijo que no, que así era y así tenía que ser. Y supongo que tal vez tenga razón, porque cuando Sacheverell lo llevó por aquí durmiendo, todos los gatitos se volcaron con él, y las gatitas se volcaron con él incluso más que los gatitos. Y de todos modos, siempre confío en las nociones de Sacheverell porque es tan bueno espiando y telepateando que se gana la mitad de la vida con ello."

En ese momento se oyó un gruñido estrangulado y Phil oyó que el traqueteo comenzaba de nuevo a sus espaldas. Mary sonrió socarronamente y siguió a Juno con la mirada, pero siguió parloteando.

"Y sabes", dijo, "supongo que hay algo de cierto en lo que dice Sacheverell sobre una era de amor y comprensión, porque estos gatitos solían pelearse todo el tiempo, pero desde que él está en la casa son tan pacíficos como cualquier otra cosa: una pequeña ONU gatuna normal sin Rusia ni los satélites. Hasta yo me siento más dulce, lo cual es una verdadera prueba, aunque me va a romper el corazón no poder odiar a la gente". Suspiró. "Aun así, si todo el mundo va a tener que amar a la gente, tendré que afrontarlo, y será mejor que empiece a practicar ahora mismo".

Phil, que se había inclinado hacia ella, se sobresaltó al oír eso. Su

rostro se parecía demasiado al de una joven arpía, a pesar de sus labios tentadores y su piel cremosa, pero se limitó a meter la mano por detrás y descolgar la muñeca de Juno. "Incluso la quiero", dijo.

Los pasos cambiaron de dirección y subieron pisando fuerte. El rostro de Juno estaba de color rojo ladrillo por la rabia o el pudor ultrajado.

"¡Bájame!", exigió. "Sé lo que eres, eres una bruja. Había una en la granja de al lado, en Pensilvania. Sólo las brujas hacen muñecas de cera de la gente y les clavan alfileres".

Como respuesta, Mary acarició cariñosamente la figurita. "No, Juno, voy a tener que quererte y vas a tener que acostumbrarte". Miró dulcemente a Juno, que se retorcía con cada caricia que Mary le daba a la figurita. "Por cierto, realmente soy una bruja y si pudiera elegir, preferiría clavarte agujas".

"¡Bájame!" bramó Juno, levantando los brazos con todos los músculos resaltando tensos bajo las largas y ajustadas mangas de su vestido, como si tuviera una gran roca que fuera a dejar caer sobre Mary.

Mary obedeció sin prisas y descolgó otra de las figuritas. Su voz era suave como el deslizamiento de una serpiente. "¿Preferirías que practicara el amor con Jack? Eso es lo que me obligas a hacer".

"¡No lo toques!" La cara de Juno estaba casi morada. "Ya es bastante malo que te pongas toda empalagosa con él en carne y hueso, pero esto es peor. ¡Deja de tocarlo así! ¡Aaaaah!"

Phil se agachó hacia atrás cuando, con el último grito, Juno pateó la mesa de trabajo hacia un lado de modo que su contenido se esparció y todos los gatos corrieron debajo de mesas y sillas. "Voy a destrozar hasta el último de esos muñecos", anunció Juno, avanzando.

Al instante, Mary se puso de rodillas en el sofá, de espaldas a sus personitas y con los brazos extendidos a ambos lados para protegerlas.

"Directo a los ojos", siseó, con el rostro como una máscara de furia, "por ahí van tus agujas. Ven ante mí, Satanás".

Phil nunca supo si Juno estaba, como parecía, un poco acobardada por el diabólico veneno de la voz de Mary, porque justo entonces se oyó un frenético pisar de pies en las escaleras y Jack Jones y Cookie irrumpieron en la habitación desde el vestíbulo.

"¡Juno!" Jack gritó. "¡Te dije que te mataría si alguna vez venías aquí!".

En el momento de silencio que siguió, se oyó a Cookie confirmar primorosamente: "Él también lo hará".

Juno se volvió hacia Jack, adoptando la postura de un oso. "Escucha, pequeño apestoso, te vienes directo a casa conmigo". Se levantó la falda y empezó a arremangarse, o más bien a rasgarse, las mangas

largas de su vestido. Ya se le había caído el pelele y el sombrero le colgaba de un cabello recortado.

Mientras tanto, Jack inspeccionaba la escena y se hacía una idea real de los daños sufridos.

"Juno", dijo atónito, pero avanzando, "has estado destrozando el lugar, has estado destrozando a la gente pequeña, ¡hasta has traído al Ikeless Joe!". Y de paso le dio un empujón a Phil, a quien mandó contra la pared, con los dientes rechinando. "¿No ves lo que has hecho, Juno?". Jack continuó con una indignación conmovedoramente agraviada, como si tuviera que convencer a Juno de la enormidad de sus actos antes de liquidarla. "Has hecho lo único que nunca perdonarán, lo único que los pondrá en contra incluso de mí". Prácticamente lloraba. "¿No te das cuenta de que son las dos únicas personas en el mundo que significan algo para mí? ¿No te das cuenta de que, aparte de Mary y Sacheverell, nadie me importa una higa?".

Sorprendentemente para Phil, la réplica a esto no vino de Juno, que estaba levantando sus brazos ahora desnudos amenazadoramente, sino de Cookie.

"Oh, así que yo tampoco te importo nada", acusó estridentemente. "Lo sospechaba desde hace tiempo, y ahora tú misma lo dices".

"Cállate, no eres más que un tonto títere", le dijo Jack sin mirar a su alrededor.

"Oh, así que sólo soy un tonto títere, ¿no? Pues déjame decirte, Jackie, que Juno tiene razón en una cosa y ojalá hubiera admitido que estaba de acuerdo con ella hace tiempo. Estos Akeleys te han dado vuelta la cabeza. Te han deslumbrado".

En ese momento, Sacheverell volvió a entrar en la habitación, con sus brillantes ropas de seda silbando contra el terciopelo negro. "¡Alto, de inmediato!", ordenó, levantando el brazo. "Perturbarás su despertar. Supera el odio. ¿Os dais cuenta de que no puedo ver en vosotros más que manchas de tinta, vuestras auras son tan negras? Ni siquiera él podrá alcanzarte".

"Deja de decir tonterías sobre él", gruñó Cookie. "No quiero volver a oír esa palabra ni nada más sobre vuestros estúpidos cultos en los que he tenido que fingir estar interesada. Ya has hecho bastante daño a Jackie. ¿Sabes que podríamos haber conseguido *diez mil dólares* por ese gato que estás usando para tus tonterías? Jack acababa de aturdirlo y estaba listo para entregárselo a Moe Brimstine y cobrar *diez mil dólares*, cuando tú tienes que entrar con esa bruja fea que tienes por esposa y pretender ser un mago y adular a Jackie haciéndole creer que estaba empezando una nueva religión o algo así y convencerlo suavemente de que te dé el gato. Te odio. Quiero

hacerte daño". Y empezó a acercarse a Sacheverell, caminando de puntillas e hinchando el pecho sudoroso como un gallo de pelea azul brillante.

Una vez más para sorpresa de Phil, la mirada horrorizada y de reproche de Sacheverell no se dirigió a Cookie, sino a Jack.

"Jack", jadeó, "¿quieres decirme que le disparaste con una pistola paralizante, que incluso soñaste con venderlo por dinero? ¡Judas!"

"Mira lo que has hecho", gimió Jack, no a Cookie, sino a Juno. "Lo has echado todo a perder".

"Yo te estropearé a ti, rancia pequeña amante de intelectos", rugió ella y corrió hacia él a ciegas como una novata. La cara de Jack se dibujó en una mueca de astucia y se apartó ligeramente a un lado y deslizó una mano para agarrarla. Pero en ese momento Juno recobró su entrenamiento profesional y se controló, agarró con suavidad la muñeca de la mano que serpenteaba hacia ella, se dobló, giró y envió a Jack por encima de su cadera en una llave voladora que le hizo aterrizar sobre la mesa de pentáculos de plata. La mesa se desplomó con estrépito y varios objetos religiosos cayeron de la pared.

Mientras tanto, Mary Akeley había cogido un pequeño tornillo de banco que se había roto de su trastornada mesa de trabajo, y lo lanzó con gran precisión a la cabeza de Cookie, pero entonces Cookie se lanzó de repente a la garganta de Sacheverell y el tornillo de banco atravesó el espacio donde había estado la cabeza de Cookie.

Mientras todo esto ocurría, Phil, para su total sorpresa, se acercó fríamente a los estantes de figuritas, cogió con cuidado la de Mitzie y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando se volvió, Jack había seleccionado un cuchillo de sacrificio azteca de cristal negro de entre los objetos religiosos caídos y se retorcía de rodillas como una cobra. Juno cogió un Buda de latón bastante pequeño, pero muy sólido.

Más cerca de las cortinas de terciopelo, Cookie tenía a Sacheverell de espaldas y lo estaba asfixiando, mientras que Sacheverell, aunque tenía el hombro inmovilizado, intentaba afanosamente golpear a Cookie en la cabeza con el cáliz de plata del que los gatos habían estado bebiendo.

Mary había cogido unos alfileres de sombrero y se lanzó hacia delante. Dudó a quién atacar y luego se lanzó a por Cookie, no tanto, pensó Phil, para ayudar a su marido, sino porque el "feo" de Cookie le había irritado.

Nunca antes, ni siquiera en las trincheras, Phil Gish había visto el verdadero asesinato en un rostro humano.

Ahora lo había visto en cinco.

Y entonces, de repente, ya no estaba allí.

La habitación se quedó en silencio. El cuchillo de cristal negro y el cáliz se cayeron de las manos de Jack y Sacheverell. Los alfileres de sombrero de Mary golpearon el suelo con un leve y vibrante traqueteo. El buda de Juno cayó sobre la alfombra de oración musulmana. Las manos de Cookie se desbloquearon y se retorcieron, como avergonzadas incluso antes de recibir el mensaje del cerebro.

Las expresiones también se desbloquearon. Los surcos del odio se suavizaron y desaparecieron. Los labios que se habían retorcido por los dientes volvieron a humedecerse. Los ojos se llenaron de dolorosa comprensión.

Jack dijo, con voz suave y asombrada: "Juno, realmente me amas. No sólo quieres poseerme y avergonzarme como hombre".

Juno dijo: "Realmente te importa lo que pienso, ¿verdad, Jack? ¡Dios!"

Cookie dijo: "No me había dado cuenta, Sacheverell: en parte sientes lo que dices. No todo es fingir".

Mary dijo: "Y realmente quieres que Jack sea feliz, Cookie. No es simplemente vanidad y envidia".

Sacheverell dijo: "Dios mío, está sucediendo. Y yo que pensaba que era un truco que estaba montando".

En cuanto a Phil, sus sentimientos estaban en ese mar dorado en el que habían nadado esta tarde. Sentía como si su corazón estuviera unido por hilos sensibles a los de las cinco personas que le rodeaban. Incluso le parecía que había delicados hilos de gasa que le conectaban a las figuritas, de modo que comprendía a Romadka, Barnes, Vanadin, tal vez incluso a sí mismo.

Entonces, simultáneamente con los demás, se volvió hacia las cortinas de terciopelo. Unos centímetros por encima del suelo, la cabecita verde de Lucky había asomado. Posaba allí como una gran joya verde, inundándolos a su vez con sus suaves rayos. Entonces Lucky atravesó las cortinas.

Rápidamente, de debajo de las mesas y las sillas, de la chimenea y de detrás de las estanterías de libros, aparecieron todos los demás gatos y se reunieron alrededor de Lucky formando un círculo.

"Ha comenzado", susurró feliz Sacheverell. "El mundo está cambiando".

"San Francisco de Asís", murmuró Mary débilmente, "encarnado en un gato".

Entonces Lucky caminó lentamente por la habitación. Los otros gatos le abrieron paso y luego lo siguieron, manteniendo una distancia

respetuosa. Pasó junto a Mary y Cookie, pasó junto a Sacheverell, que parecía un poco decepcionado, y saltó ligeramente a los brazos de Phil.

Phil nunca había sostenido nada que pesara tan poco, ni había sentido el pelaje tan eléctrico. Su pecho le parecía demasiado pequeño para su corazón.

Sacheverell dijo en voz baja pero sonora: "Tú eres el elegido". Phil lo miró y luego, con una ráfaga de aprensión irracional y casi mística, a la ventana negra que tenía detrás.

El cristal de la ventana vibraba, ondas circulares grises se extendían en él desde un punto central.

En el mismo instante sintió que su mano izquierda, la que sostenía a Lucky, moría. Lucky saltó convulsivamente en el aire, cayó a unos dos metros de él y se quedó inmóvil.

El cristal de la ventana se hizo añicos de golpe y cayó al suelo, dejando sólo algunos fragmentos irregulares alrededor del marco.

El cortejo de gatos de Lucky se separó y sus miembros corrieron hacia el vestíbulo y subieron las escaleras.

Moe Brimstine entró por la ventana, con una flexibilidad que nunca se habría esperado de su enorme cuerpo. Se quedó de pie justo dentro de la ventana, empuñando una pistola eléctrica con su gran manopla. A Phil le parecía que su papada estaba embadurnada de oscuridad, y sus gafas, de parches elípticos de ella.

"Hay un par de chicos con orto ahí fuera", dijo Moe, poniéndose a un lado de la ventana. "Sé que no queréis que os rajen".

Al parecer, nadie lo sabía, aunque Phil al menos no tenía ni idea de lo que podía ser el orto.

"Escuchad todos con atención", dijo Moe. "Mientras os olvidéis de todo esto, mientras actuéis y penséis como si nunca hubiera ocurrido, empezando por encontrar al gato esta tarde, entonces me olvidaré de vosotros. Eso va por ti, Jack, aunque eres un conejito más tonto de lo que jamás pensé y te sacaste un diez fácil, y por ti, Juno, y Cookie, también. Pero si no lo olvidas, si tengo el más mínimo indicio de que te has acordado... bueno, no hablaremos de eso". Examinó lentamente sus rostros. "De acuerdo, entonces", dijo, y cambiando la pistola a su mano izquierda, dio un paso adelante y cogió a Lucky.

"Él... él..." murmuró Sacheverell con desesperación. Moe lo miró y Sacheverell se quedó callado.

"¿Cuánto tiempo durmió este marica después de que lo aturdiste?". preguntó Moe a Jack.

Jack se humedeció los labios. "Casi hasta ahora", dijo. "Hasta hace

unos cinco minutos". Moe retrocedió hacia la ventana.

Phil sintió que algo se movía desde el interior, algo que lo torturaba para que se moviera, pues ciertamente no quería mover ni un músculo.

Avanzó hacia Moe, un paso tembloroso, luego un par, sintiendo todo el tiempo los dolores más exquisitos que sacudían su torso al ser rebanado por ortos imaginarios.

"Baja a ese gato", graznó.

Moe lo miró con total aburrimiento.

"Sólo es un chiflado", oyó que Jack le aseguraba a Moe en un susurro ansioso. "No causará problemas".

"Puedo ver que lo es y no lo hará", dijo Moe secamente, cambiando la pistola a la mano de la que colgaba Lucky.

Pero Phil continuó hacia la figura imponente. Trató de detenerse, pero el torturador que llevaba dentro no se lo permitió, y ahora, una vez más, el mismo torturador le abrió los dientes y los labios.

"Bájalo", repitió. "No puedes tenerlo. Nadie puede". Levantó los puños, pero el izquierdo no se cerraba.

Moe lo miró con repulsión. El puño grande se acercó a la mandíbula de Phil, muy despacio. Aún así, de algún modo no hubo tiempo suficiente para apartarse.

VIII

Phil luchó contra la bofetada de un vigorizante oleaje gris, hasta que se dio cuenta de que era una toalla mojada blandida por Juno.

"¿Cómo está la cabeza?", inquirió ella con una sonrisa que dejaba ver la cicatriz de su labio.

A Phil la cabeza le pareció el doble de gruesa y pesada de lo habitual, pero no sintió ningún dolor especial hasta que sus manos exploradoras se acercaron al bulto de la barbilla.

"Estás bien", le dijo ella, arrojando la toalla sobre la trastornada mesa negra y plateada. Él lo dudó.

"¿Crees que por casualidad el señor Brimstine es un beelzebita?".

Phil giró cautelosamente la cabeza. Sacheverell, cuya prenda verde parecía ahora sólo un albornoz chillón y no demasiado limpio y cuya tez oscura no era más que una quemadura solar de nuevo, parecía estar manteniendo una conferencia de algún tipo con Jack y Cookie. Estaban bebiendo. Mary estaba ocupada en su mesa de trabajo.

"¿Una qué?" preguntó Cookie con suspicacia.

"Ya sabes, un satanista, un adorador del diablo", explicó Sacheverell enérgicamente. "Eso explicaría su robo del Verde. Un satanista no querría que el bien floreciera en el mundo".

"Deja de decir tonterías", le dijo Cookie. "A Moe Brimstine no le interesa ningún tipo de mística ni nada, excepto el do-re-mi. Y tampoco el señor Billig. Y Moe Brimstine no trabajaría para nadie más que para sí mismo o para el Sr. Billig, probablemente para ambos. Eso es verdad, ¿no, Jack?".

El kingman no parecía en absoluto inclinado a la conversación, pero ante esta pregunta asintió con la cabeza, convencido.

Juno puso un vaso en la mano de Phil. "Toma, bebe esto", le dijo. Phil miró la cosa marrón. "¿Qué es?", preguntó.

"No es leche de soja", le aseguró ella. "Bébetelo".

El whisky, que sabía como si estuviera mezclado con algo amargo, le quemó la garganta y le hizo llorar, pero casi de inmediato empezó a sentir la cabeza más despejada. Inspeccionó la habitación. Aparte de la mesa de trabajo de Mary, no habían limpiado nada, aunque alguien había pegado la alfombra de oración musulmana sobre la ventana rota.

"Y lo que es más", decía Cookie dogmáticamente, "tu idea de que ese gato es místico también es una mierda".

Sacheverell los miró a él y a Jack con exquisita frialdad. "¿Pero no lo

sentiste?", preguntó. "¿No sentiste lo que nos hizo a todos nosotros?".

Jack se movió inquieto y no lo miró, pero Cookie se encogió de hombros y dijo nerviosamente: "¡Oh, eso! Estábamos muy nerviosos, entre tus tonterías y las peleas. Nos habríamos creído cualquier cosa".

"¿Pero no sentiste que todo tu ser cambiaba?". Sacheverell insistió. "¿No sentisteis brotar el amor y la comprensión universales?".

"¡Cariño universal!" dijo Cookie bruscamente. "No sentí nada que significara algo. ¿Y tú, Jackie?"

El rey no asintió con la cabeza, pero desde luego no la sacudió. Y no miró a Sacheverell.

Éste los observó a ambos con triste asombro. "Ya lo habéis olvidado", dijo. "Os habéis hecho olvidar. Pero", preguntó a Cookie, "¿cómo explicas el comportamiento de los gatos? Reconocieron al Verde. Le rindieron culto".

"Sólo jadeaban tras él", afirmó Cookie. "Probablemente sea un mutante hermafrodita sobreexcitado. Y otra cosa: si ese gato es místico y está lleno de poderes, ¿por qué se dejó noquear? ¿Por qué no alimentó a Moe Brimstine con algún pastel celestial universal?"

"Había cristal y distancia entre ellos", le recordó Sacheverell. "Además, si el Sr. Brimstine es un Beelzebite-"

"Es más", continuó implacable Cookie, "¿por qué se dejó noquear por Jack en primer lugar? Jackie, antes de aturdir al pequeño bruto, no sentiste ninguna gran explosión de amor universal, ¿verdad?".

Jack frunció el ceño. "Lo aturdí instintivamente", dijo despacio, sus ojos que miraban hacia abajo estudiando el cáliz trastornado, que eligió este momento para rodar cinco centímetros. "Vislumbré algo por el rabillo del ojo y disparé". Hizo una pausa. "En realidad pensé que era un ratón".

"Instintivamente o no, lo aturdiste y lo metimos en la taquilla en cuanto vimos que estaba verde", le aseguró Cookie con decisión. "Lo que demuestra que el gato no tiene poderes. Sash nos hizo creer que sí los tenía. Me dio incluso a mí una sensación tan espeluznante que si alguien hubiera entrado con una sábana naranja y Sash hubiera dicho que era Mahoma, le habría creído".

"Pero supongamos que el Verde fue tomado por sorpresa", argumentó Sacheverell. "Todos los dioses tienen limitaciones. Tal vez el Verde no sea tan capaz de leer el pensamiento como de unir telepáticamente los pensamientos y sentimientos de los mortales".

Cookie hizo un ruido grosero. Jack dirigió a Cookie una rápida mirada que era a la vez furiosa e implorante, como si dijera: "Has demostrado tu punto de vista. Déjalo ya".

Sacheverell se encogió de hombros y dijo: "Bueno, si tengo que descender a tu nivel materialista, ¿qué es lo que hace que el Verde sea tan importante para el señor Brimstine?".

"¿Cómo voy a saberlo?" Dijo Cookie malhumoradamente. "Quizá esté pasando heroína de contrabando en él o documentos secretos para Vanadin; quizá pertenezca a la actual amante del rey de Sudáfrica. ¿Te dijo algo Moe, Jackie?"

"Sólo que daría 10.000 dólares por un gato verde y que no quería ningún tinte. Eso fue hace un par de semanas. Algunos de los otros chicos le pidieron detalles, pero dijo que no había ninguno". Se levantó. "¿Pero de qué sirve hablar de ello? No podemos hacer nada", dijo con dureza, mirando de repente a Sacheverell, como si le retara, o le implorara, que contestara.

"Bueno...", dijo Sacheverell.

Phil había terminado de pensar. Se puso en pie y cuadró sus estrechos hombros. "Podemos rescatar al gato verde de Brimstine", dijo. "¿Quién está conmigo?"

Cookie se revolvió contra él. "A nadie, ni siquiera a ti mismo", dijo, mientras Jack se llevaba la mano a la sien y gemía: "Ahora el Ikeless Joe".

Juno se levantó de la silla y se acercó con su vaso y su botella. "Mira, Phil", dijo, "tengo que admitir que eres un chucho valiente. Pero nadie, simplemente nadie, se enfrenta a Moe Brimstine".

Phil lo consideró por un momento. "Yo lo hice", dijo con orgullo.

"Sí, lo sé", admitió, "pero él no se lo tomó en serio".

Phil miró a Sacheverell. "¿Y tú?", preguntó. "Tú crees en Lucky".

Cookie lanzó una mirada de advertencia a Sacheverell. "Si alguno de nosotros molesta a Moe Brimstine por lo del gato verde", dijo Cookie, "¡todos estaremos inhalando plástico fundido!".

"Bueno..." dijo Sacheverell, mirando a su alrededor en busca de consejo. Su mirada se posó en su mujer. "Mary, ¿qué medidas crees que deberíamos tomar?".

Mary, mordiéndose la lengua por un difícil trabajo de afeitado con cera, crispó los hombros. "No me importa lo que hagan los demás", dijo ella, levantando la microtoma delgada escama. "Estoy trabajando en Moe Brimstine a mi manera". Y levantó para su inspección una pequeña cabeza de cera que ya empezaba a parecerse al jefe adjunto de Fun Incorporated. "Y cuando esté todo terminado", les dijo, "¡pues agujas y alfileres!".

Juno dijo: "¡Uf!". Cookie parecía casi impresionada. Mientras Sacheverell se roía el labio pensativamente y, con un ojo cauteloso

puesto en Jack y Cookie, dijo: "Sí, supongo que esa es la mejor manera después de todo".

"De acuerdo", dijo Phil y se encaminó hacia la puerta.

"¿Adónde crees que vas?", preguntó Cookie.

"A traerlo de vuelta", dijo Phil.

En ese momento se oyeron pasos apresurados y varias voces que competían en asegurarle que no haría tal cosa, pero fue Juno quien le agarró por los hombros y le hizo girar en redondo.

"Phil", dijo, "por wunct tengo que admitir que estoy de acuerdo con estos imbéciles. No vas a hacer nada con ese gato tonto. Sólo tienes que conseguir que a través de su wunct tuerca y para todos".

Phil se limitó a sonreírle.

Ella sacudió la cabeza con disgusto. "No debería haberte dado ese whisky".

"No fue el whisky, sino lo que le pusiste", intervino Cookie con crudeza. "Está colocado".

Phil le sonrió con serenidad, como para demostrarle su punto de vista, y de repente todos retrocedieron un poco, y por un momento pensó que habían reconocido su suprema confianza en sí mismos y se habían inclinado ante lo inevitable. Luego se dio cuenta de que estaban mirando más allá de él y sintió el aire fresco del porche.

El doctor Romadka dejó una bolsa negra en el umbral de la puerta, dijo sonriendo: "Hola, Sacheverell. Hola, Mary", y saludó brevemente con la cabeza a Jack, Juno y Cookie, antes de dirigir despreocupadamente su mirada a Phil.

"Bueno, Phil", dijo el analista, "me has dado una buena persecución y me considero muy afortunado de haberte encontrado. Hemos tenido una conversación muy interesante y estoy deseando continuarla". Dirigió una mirada a los demás. "Nos disculparán por hablar de asuntos profesionales un momento, espero. Ahora, Phil", prosiguió persuasivamente, "imagino que la... eh... persona que te persuadió, o más bien te obligó a huir, intentó meterte todo tipo de ideas en la cabeza. Pero estoy seguro de que en unos instantes podré demostrarle lo absurdas que son. Por cierto, fue esa misma persona la que apagó las luces en primer lugar y puso todas las puertas en clave. Todo un embaucador, ¿eh? ¡Y mi hija también! Así que despídete de tus amigos, Phil; espero que no se enfaden mucho conmigo por haberte arrastrado".

Para entonces, el doctor Romadka estaba lo bastante iluminado como para que las cuatro manchas de sangre seca de su mejilla se vieran claramente. Anton, nunca creí en esa salvaje paciente tuya que

siempre estaba amenazando con el caos, pero ahora creo que voy a tener que hacerlo. Alguien te ha dado un buen zarpazo".

La sonrisa del doctor Romadka se diluyó un poco. "Bastantes ilusiones resultan ser muy reales, Mary", dijo con ligereza, "aunque normalmente mi trabajo es demostrar lo contrario. ¿Eh, Phil? ¿Por ejemplo, que no hay ninguna joven con pezuñas y pelo negro que se olvide de cerrar la ventana cuando se desnuda?".

"¿O gatos verdes?" preguntó Phil en voz baja.

"Sí, nada de eso", aceptó secamente el doctor Romadka.

"¿Por qué no admite, doctor -prosiguió Phil con frialdad-, que el gato verde es otra de esas ilusiones que resultan ser muy reales? ¿Y que usted lo persigue? No asustaría ni un poco a esta gente. Todos han visto el gato verde".

Los ojos del doctor Romadka brillaron con repentina suspicacia, que no se aplacó del todo cuando Cookie dijo en tono escandalizado: "No lo hemos visto", y Jack insistió: "Doc, no sabemos de qué está hablando el tipo. Pero sí sabemos que está chiflado. Por eso te lo envié en primer lugar".

Phil observó divertido cómo el psicoanalista escrutaba agudamente a Juno, Sacheverell y Mary. Entonces Phil rió entre dientes y les dijo, crípticamente: "Podría ser peor para ustedes si me voy con el doctor en lugar de enfrentarme a Brimstine".

Nuevas sospechas se encendieron en los ojos del doctor Romadka, pero Jack dijo rápidamente: "Mire, doctor, ¿va a hacerse cargo de este tipo y a encerrarlo en algún sitio para que no pueda causar problemas?".

"De eso puedes estar seguro", espetó el doctor Romadka, deshaciéndose de sonrisas y sutilezas. "Entiéndelo bien, Phil, te vienes conmigo quieras o no. Por si estás pensando en volver a escaparte, tengo varios amigos fuera".

"Entonces estupendo", dijo Jack, "estoy totalmente de acuerdo. Estaremos encantados de librarnos de él".

Juno, que llevaba un buen rato con el ceño fruncido, ahora balanceaba la cabeza como un toro desconcertado. "Caramba, Jack, no sé", dijo. "No me gusta nada".

"Juno-" Jack comenzó amenazadoramente.

"No me gusta la idea de echar al pequeño a los lobos", terminó ella desafiante.

"¿A los lobos, Sra. Jones?" preguntó peligrosamente el doctor Romadka. "Eso se hace para salvar a otros. Por favor, explíquese..."

Pero en ese momento Sacheverell se acercó corriendo con gran

determinación. Ya no había rastros de simpatía en la severa mirada que clavó en Phil. "Creo que Anton y Jack tienen toda la razón", anunció, agarrando a Phil por el hombro y el codo y llevándolo hacia la puerta. "Estoy harto de sus engaños, señor Gish. Vaya usted con Anton y sus amigos, y sin tonterías".

Phil oyó un gruñido de satisfacción del doctor Romadka. Trató de zafarse de Sacheverell, pero éste se apretó aún más a su lado, de modo que su cara quedó junto a la oreja de Phil, y de pronto susurró: "Por la escalera, dos tramos."

Al momento siguiente, Phil se sintió empujado, mientras Sacheverell se tambaleaba con un aullido hacia el doctor Romadka, que se agachaba para coger su bolso negro, y al mismo tiempo conseguía volcar la antigua lámpara de pie que iluminaba tenuemente el vestíbulo.

Luego Phil subió corriendo las chirriantes escaleras en la repentina oscuridad, ayudándose con tirones de la endeble barandilla, mientras detrás de él oía gritos y pasos acelerados. Los más cercanos eran los de Sacheverell, que gritaba enérgicamente: "¡Ahí va! ¡Tras él, todos!"

Phil corrió por la parte trasera del pasillo y subió el segundo piso, con Sacheverell pisándole los talones como un murciélago verde. Al llegar arriba, agarró a Phil y lo empujó a través de una puerta. Por un momento sus rostros estuvieron cerca.

"Por la ventana y sobre la viga", susurró Sacheverell. "No te atrevas a nada por él".

Entonces la puerta se cerró rápidamente y oyó a Sacheverell gritar: "Ha subido al desván. Sígueme". Phil estaba en la oscuridad, frente a una ventana alta tenuemente iluminada desde el exterior, mientras a sus pies los gatos que se habían refugiado en la habitación correteaban frenéticamente.

Se acercó al doble cristal de vidrio ondulado y antiguo. Había leído más de una escena cómica sobre la imposibilidad de abrir ventanas tan primitivas, pero ésta salía con bastante facilidad y hasta el fondo. Se agachó y se apoyó en el alféizar, sosteniéndose con una mano.

A su alrededor había madera y pizarra del siglo XIX con olor a humedad. Frente a él, a unos seis metros, estaba la calle de arriba, llena de electricidad a toda velocidad. Entre ambas había una viga metálica de unos veinte centímetros de ancho, débilmente perfilada por el resplandor de los faros del coche. La viga estaba sucia. Se apoyaba en la chimenea de ladrillo que se elevaba justo al lado de la ventana. De hecho, uno de los pies de Phil estaba sobre ella. Abajo había dos pisos en completa oscuridad.

Lo que sucedió a continuación pudo muy bien haber sido posible

gracias a la droga que Juno había puesto en su whisky, que abatía el miedo y calmaba los nervios, aunque Phil lo atribuyó a la influencia de Lucky y al grotesco pero extrañamente emocionante mandato de Sacheverell. Ciertamente Phil no era un atleta y tenía, si acaso, un toque de acrofobia.

En cualquier caso, se puso lentamente en pie, soltó la ventana, se balanceó un momento y luego corrió ligeramente por la viga. Rodó torpemente por encima de la barandilla del otro extremo y se desplomó sobre la acera.

En el mismo instante, una aguja de un azul deslumbrante atravesó la oscuridad detrás de él. Atravesó el rayo en ángulo, escupió rojizo por un momento contra el "techo" negro a unos metros por encima de la casa de los Akeley y se apagó.

La viga aguantó un momento y luego se deslizó lentamente por el corte. La chimenea cayó perezosamente. Se oyeron gritos y un alarido vino de abajo. El tejado de la casa de los Akeley se deslizó medio metro hacia delante y se detuvo. Se levantó un hongo de polvo.

Entonces Phil corrió calle abajo hacia un taxi aparcado a un cuarto de manzana. Pensaba que, fuesen cuales fuesen esos ortos de los chicos de Moe Brimstine, al parecer los amigos del doctor Romadka también los tenían. No pudo evitar dedicar un pensamiento a la difícil situación del grupo en el desván tambaleante. Casi podía oír las titánicas maldiciones de Juno.

Luego se amontonó en la cabina.

"El Tan Jet", le dijo al conductor. "Es una especie de club nocturno".

"Sí, lo sé", dijo éste con voz cargada de conocimiento, fijando en Phil la mirada triste y resignada que uno reserva para quienes insisten, contra todo buen consejo, en correr hacia su perdición.

IX

Alguien cantaba "Turn of the Century Blues" con una voz sensual y melancólica era todo lo que Phil podía oír mientras bajaba por la oscura rampa y entraba en el apenas más luminoso Tan Jet. No había ningún portero vivo o robot de guardia, al menos ninguno evidente, y ninguna camarera se acercó a toda prisa. Al parecer, se suponía que los clientes conocían el lugar.

Había muchos. Estaban sentados en pequeños grupos con una tranquilidad truculenta que se mofaba y desafiaba el frenético ajetreo de la época y la creencia de que el ajetreo llevaba a alguna parte. No había juke box en las esquinas, ni pantallas de televisión a la vista, y las cabinas no parecían estar equipadas con handies. Cuatro músicos en directo soplaban y rasgueaban suavemente viejos instrumentos de jazz, mientras un único foco ámbar iluminaba a la cantante, de color café y engañosamente lánguida, cuyo vestido de lentejuelas le llegaba hasta las muñecas y la barbilla.

Estoy triste-loco, cariño, esta noche,

Mi corazón se siente pesado en la luz mercurial....

Un joven y una mujer que venían de paredes sombrías opuestas se divisaron. "¡Lambie Pie!" gritó él. Ella se quedó inmóvil mientras él se le acercaba y le daba una bofetada que sacudió su cabeza de anillos rojos. Luego gritó: "¡Loverman!" y le devolvió la bofetada. Phil pudo ver cómo sus ojos giraban extasiados mientras el rojo llameaba en su mejilla abofeteada. Se abrazaron ritualmente y se marcharon.

Y no ayuda, cariño, saber

Que el mundo entero se volvió loco

...loco por la luna y el espacio...

Hace unos cien años,

Así que...

En ese momento, Phil vio el brillo oscuro del cabello y la capa de Mitzie Romadka en el otro extremo de la habitación. Se dirigió hacia ella, sintiéndose de repente un poco incómodo.

Guarda mis zapatos de plataforma

Y no me traigas noticias alegres,

Para-

Tengo esos zapatos de fin de siglo...

Cambio de milenio...

¡Blues!

Mientras los oyentes silbaban suavemente sus aplausos, Phil se detuvo

a unos metros de la mesa de Mitzie. Ella estaba con tres jóvenes, pero se sentaron lejos de ella, como si estuviera condenada al ostracismo.

Los tres jóvenes, sin mover un dedo, mostraban más de la dureza mística que parecía ser la especialidad del antro que cualquier otra persona en este. Tenían la tranquila dignidad de los asesinos. Cuando Mitzie se volvió para ver lo que estaban mirando, saltó con el grito encantado de "¡Phil!", aunque había alarma en sus ojos. No llevaba la máscara de noche. Se acercó a él y le dio una bofetada urticante con la mano izquierda.

Levantó la mano para devolverle la bofetada, vaciló y apenas logró una palmada superficial. Ella lo fulminó con la mirada, pero se volvió con una sonrisa brillante, diciendo alegremente: "Compañeros, Phil. Phil, te presento a Carstairs, Llewellyn y Buck".

Carstairs tenía la cabeza abultada como una pera. Llevaba un flequillo fino, cuyo efecto no era afeminado. Comentó perezosamente a Mitzie: "Así que éste es el payaso al que le chivaste los planes de esta noche".

Llewellyn parecía muy británico y era muy negro. Dijo: "También parece que le dijiste que vendríamos más tarde. Me intriga por qué no trajo a la policía".

Buck tenía cara de halcón y un acento de Kentucky que parecía aprendido de cintas. "Los piojos nunca intentaron atrapar a nadie en el Tan Jit", observó. "¡Aquí no, Otie!" Este último comentario iba dirigido a un perro enjuto y sarnoso que sacó la cabeza de debajo de sus piernas y le lanzó un chasquido a Phil.

Phil se apoyó en la mesa, con la mano junto a una jarra alta y delgada. Le dijo a Mitzie: "Me sorprende encontrarte en un sitio tan tranquilo como éste. Esperaba drogas, peleas con cuchillos y mujeres desnudas".

Mitzie se giró hacia él. "En cuanto a las drogas, ¿qué crees que estamos bebiendo?", dijo furiosa. "En cuanto a peleas con cuchillos, espera. Y en cuanto a las mujeres desnudas, devoto de la lucha entre hombres y mujeres, bueno, si Carstairs, Llewellyn o Buck vieran a una chica que les atrajera, ¡yo me acercaría a ella y le arrancaría la ropa!".

Cuando terminó estaba mirando a Phil. Éste giró la cabeza y vio a la señorita Phoebe Filmer con un joven de aspecto bastante asustado. Pero Phoebe, con un vestido de noche color chartreuse, parecía aún más asustada, con la cara casi tan verde como su cabello rubio verdoso. Tal vez había oído el último comentario de Mitzie. Entonces reconoció a Phil, y el asombro se sumó a su miedo. Phil le sonrió con una tranquilidad un tanto forzada. En ese momento, el acompañante de Phoebe le llamó la atención sobre un reservado vacío que había detrás de la puerta, y los dos se apresuraron hacia él con la avidez de los que se han excedido.

Phil se sintió notablemente animado. Cogió una silla vacía de la mesa de al lado, se buscó un vaso vacío y lo llenó de la jarra alta y delgada. Llewellyn, que, como los demás, tenía media pulgada en el fondo de su vaso, llamó la atención de Buck y entornó significativamente los ojos hacia el techo. El blanco formaba espeluznantes medias lunas bajo los iris.

"Simplemente arráncalos", repitió Mitzie con convicción.

Carstairs dijo, con una frialdad tranquilamente mordaz: "Mitz, deja de jugar a la madrecita solícita con Llewellyn, Buck y conmigo". Se alisó cuidadosamente el flequillo, como un antiguo juez hubiera ajustado su peluca antes de pronunciar sentencia. "Está bastante claro que le contaste nuestros planes a este payaso, y que él se lo dijo a la policía para que nos estuvieran esperando cuando derribamos al primer robot de ventas".

"Bastante", dijo Llewellyn, mientras Buck asentía.

"Y si no hubiera insistido en poner una nueva carga en el asistente de cohetes", continuó Carstairs, "nos habrían pillado".

"Fue sólo una coincidencia", afirmó Mitzie tajantemente.

"Es la primera vez que tenemos una coincidencia", observó Carstairs. "Personalmente, no creo que existan tales cosas".

Phil bebió un trago. Parecía algo suave y dulce, comparado con el whisky adulterado con el que Juno le había alimentado. Eso le pareció durante los dos o tres primeros segundos. Luego sintió que la parte superior de su cabeza se hinchaba, como una pera, como la de Carstairs. La cantante de piel oscura estaba cantando una canción cuyo estribillo era,

Cariño, soy rara para ti.

Soy realmente extraño, fuera de lo común....

Carstairs continuó en voz baja: "Mitz, te dejamos entrar en la banda, te iniciamos, aunque sabíamos que eras la hija de un psicoanalista y material dudoso...".

Mitzie lo fulminó con la mirada. "¿Iniciarme?", dijo. "¡Claro que sí!"

"Sea como fuere", afirmó Carstairs lentamente, "esta noche has traicionado a la banda. En el mejor de los casos actuaste irresponsablemente". Sus palabras fueron aún más lentas. "Tu irresponsabilidad nos hizo perder un fajo de billetes". Hizo una larga y cruel pausa. "Estás fuera, Mitz".

"Fuera", repitió Carstairs.

"Definitivamente", convino Llewellyn. "Sí", dijo Buck, frotando el esbelto hocico de Ortie.

Phil apoyó los codos en la mesa. "Señores", dijo en voz baja, "¿dicen

que se han quedado sin un fajo de billetes? Estoy en condiciones de remediarlo".

Carstairs le miró con leve irritación y levantó la mano abierta. Phil sonrió y adelantó la mejilla. "Busco una joya que no tiene precio", continuó. "Para obtenerla, tengo la intención de robar esta noche en los locales de Fun Incorporated. Estoy dispuesto a que me ayuden".

Ante la mención de Fun Incorporated, Buck giró la cabeza al menos media pulgada, mientras Carstairs casi parpadeaba.

"Tienes grandes ideas, ¿verdad?". comentó Llewellyn en voz baja.

"Sí", convino Buck con un bostezo, "quizá podría haber elegido un lugar más fácil".

Carstairs preguntó a Mitzie en voz baja: "Dijiste que era uno de los locos de tu padre, ¿no?".

Mitzie empezó a responder, pero Phil se interpuso con suavidad: "Conozco un camino privado para entrar en Fun Incorporated, a través de la oficina de Billig. Será sencillo. No se preocupen por las avispas".

Buck dijo: "¿Qué es esta joya más allá del precio?".

"Algo que no esperaría que apreciaras", respondió Phil. "Sin embargo", continuó, tomando un trago más cauteloso de la bebida que hinchaba la cabeza, "debería haber suficientes objetos de valor ordinarios por ahí para compensarles por su esfuerzo. Tengo entendido que Fun Incorporated es bastante rica. Para empezar, todos los robots de ventas trabajan desde allí", terminó con grandilocuencia. "¿Por qué no darles donde viven?".

Otie se estiró esbeltamente por debajo de la silla de Buck y chasqueó la mano de Phil. Phil, rígido por la bebida, no la movió. Las mandíbulas chocaron a apenas un palmo de distancia. "¿Por qué le llamas Otie?" preguntó Phil.

"Porque es un coyote", explicó Buck, casi con condescendencia. "Se supone que ha sido criado con rasgos ancestrales del tipo oligoceno".

Phil se preguntó si los gatos podrían ser criados hasta sus antepasados egipcios y si éstos podrían haber sido verdes.

En la pausa, a Mitzie le brillaron los ojos. Miró a sus compañeros. "¿Por qué no le tomamos la palabra?", dijo con ligereza, pero no despreocupadamente. "Me refiero a lo de Fun Incorporated. Suena emocionante".

"¿Por qué no lo hacemos?" repitió Mitzie al cabo de un momento.

Carstairs, Llewellyn y Buck estaban allí sentados con la misma frialdad y el mismo desprecio por cualquier desafío que cuando Phil los había visto por primera vez. Sin embargo, había una diferencia.

"Por supuesto, es arriesgado", cortó Phil. "Los chicos de Moe Brimstine

tienen ortodoncia".

"¿Qué sabes tú de orto?" preguntó Carstairs con hambre.

Phil se encogió de hombros. "Son azules y chisporrotean", dijo. "Me dispararon con uno esta noche temprano".

"¿Por qué no, pregunto?". Mitzie presionó.

"Le pedí a Juno y Jack Jones que me ayudaran", puso Phil. "Ya sabes, los luchadores. Pero decidieron no hacerlo".

Nadie respondió a la pregunta de Mitzie. "Bueno, supongo que ya está", dijo con una sonrisa triunfal, apartándose de la mesa. "Vamos, Phil".

Habían dado tres pasos cuando Carstairs empezó a reírse en voz baja. Phil podría haber seguido adelante, pero Mitzie se volvió con un afán cuidadosamente reprimido que a Phil le molestó.

"No os matéis corriendo", dijo Carstairs. "Llewellyn, Buck y yo nos apuntamos a esta pequeña expedición, siempre que el payaso pueda dar las respuestas correctas a unas cuantas preguntas cuando salgamos". Sonrió mientras se levantaba. "Sólo una cosa, Mitz. Más vale que esta vez no haya policías".

Mitzie se rió. Phil aceptó la situación con un "Me alegro de contar con vuestra ayuda, chicos", y empezó a coger el brazo de Mitzie, pero ella enlazó el suyo con los de Carstairs y Llewellyn, sin escatimar otra mirada a Phil.

La cantante de lentejuelas había cambiado a un ritmo más ágil.

Abofetéame, cariño,

Golpéame hasta que me rompa.

El amor es muy divertido,

Ríete hasta que me duela....

Para calmar sus sentimientos heridos, Phil se dirigió a la cabina de Phoebe Filmer, donde la rubia verde estaba siendo molestada por dos jóvenes barbudos mientras su acompañante la miraba agitadamente.

Phil dio un golpecito en el hombro al rufián más cercano. "Dejadlo ya, chicos", ordenó, con una significativa inclinación de cabeza hacia su propio grupo. Buck al menos miró hacia él y Otie gruñó. Los rufianes barbudos se escabulleron. Phil hizo una pequeña reverencia a Phoebe.

"Gracias", dijo ella débil y asombrada.

Él le indicó que no era nada y se marchó.

"Dime", preguntó ella, corriendo tras él y arrastrando a su acompañante, "¿encontraste alguna vez a ese gato verde tuyo?".

Él le sonrió. "No", dijo, "pero voy a hacerlo".

X

"¿Y cómo pensabas entrar si el local está cerrado por la noche?". preguntó Carstairs con sorna.

Como respuesta, Phil enarcó las cejas desafiante y dio un fuerte empujón a la puerta del restaurante. La puerta se cerró silenciosamente. Los hizo entrar con altivez, vagamente consciente de que Llewellyn estaba examinando la cerradura.

La larga sala estaba muy oscura. Olía rancio a gente y a licor y a carne chamuscada; Phil incluso creyó distinguir las chuletas de conejo quemadas de Juno. Otie resopló con impaciencia y tiró de Buck por la correa. Phil dirigió su curso con confianza entre el mostrador y las cabinas. Se sentía especialmente satisfecho de sí mismo porque Mitzie había tenido la oportunidad de preguntarle su dirección por el camino.

"Muy bien, muy bien", oyó que Carstairs susurraba detrás de él a Llewellyn, "así que la cerradura estaba quemada. Alguien se nos ha adelantado. Estaremos atentos".

Phil empujó la puerta que daba a la escalera y vaciló. El interior estaba ahora completamente oscuro.

Algo siseó suavemente a su lado y un cono luminiscente se hinchó. Un par de segundos después, la media docena de peldaños de la escalera brillaban lechosamente.

Buck soltó una risita a escasos centímetros del oído de Phil. "*Niebla Lum'niscint*", explicó con despreocupación profesional. "Ponte en marcha. Yo rociaré".

Phil se puso en marcha, la luz lechosa de la superficie manteniéndose dos o tres pasos por delante de él en avances de manchas. La niebla llegó a Otie, de modo que brillaba como el sabueso de los Baskerville. Parte de ella llegó incluso a los bajos de los pantalones y los calcetines de Phil.

"Desde luego estamos marcados si tenemos que huir y escondernos", comentó Phil dubitativo al llegar al pasillo por el que Juno y él habían venido y luego tomar el camino desconocido hacia arriba.

"Uh-uh", rió Buck sabiamente, "porque estoy rociando un neutralizador detrás de nosotros". Dirigió hacia los pies de Phil un bote oscuro y débilmente siseante y los pies de Phil se desmayaron, junto con una mancha de pisadas circundantes. Mirando hacia atrás, Phil vio que el resplandor de las escaleras se desvaneció bruscamente. No podía ver a Mitzie, Carstairs y Llewellyn.

Le preguntó a Buck: "¿Cómo te las arreglas con dos cantimploras y

Otie al mismo tiempo?".

"Diablos, podría apuntar con un rifle para ardillas y además hacer un alambique", le aseguró Buck.

Phil se dio cuenta de un tenue resplandor sobre él, más allá del alcance de la niebla de Buck. Buck se apresuró a neutralizar toda la luminiscencia, incluida la de Otie y Phil. Phil subió cautelosamente los últimos diez peldaños, sin dejar de aumentar el resplandor superior, y se encontró en un corredor sombrío y curvo. Sus pasos se hicieron cada vez más cortos y luego se detuvieron.

Un par de metros más adelante yacían tres formas hinchadas y peludas, cada una con media docena de delgadas cosas negras clavadas en ellas, como dardos emplumados.

Reconoció al menos a dos de los gatos muertos. Aunque grotescamente hinchados, sus marcas le decían que eran un siamés y un pelo corto que había visto en casa de los Akeley.

"¡Cuidado!", oyó susurrar a Carstairs, pero en el mismo instante Otie se apartó bruscamente de Buck y avanzó rápidamente, arrastrando la correa, para arremeter contra la forma hinchada más cercana. La cola del dardo junto a la nariz de Otie empezó a girar con un leve y plumoso susurro. Otie se quedó tenso y quieto, haciendo caso omiso del ansioso "¡Atrás, Otie!" de su amo. El susurro se convirtió en un zumbido. De repente, Otie lanzó un chasquido lateral al dardo, pero en el mismo instante el dardo se retiró rápidamente del gato muerto. Los dientes de Otie chocaron vacíos. El dardo flotaba a unos metros en el aire, como una enorme avispa negra. "Que nadie se acerque", ordenó Carstairs con voz ronca. Buck agarró el extremo de la correa, pero se le apartó de la mano cuando Otie cambió bruscamente de posición, observando el dardo con mortal atención.

El zumbido se convirtió en un fuerte y siniestro estruendo. Hubo dos zumbidos rápidos y el dardo que flotaba tembló como la llama de una vela soplada. Medio girado, Phil vio que Carstairs le disparaba con una especie de pistola de aire comprimido. El dardo empezó a hacer pequeños bucles. Otie se levantó de un salto y le lanzó un chasquido como un perro a una abeja, pero el dardo se alejó haciendo una reverencia.

El "Atrás, Otie" de Buck fue desesperado. Otie se mantuvo en pie y golpeó el dardo con las patas. La escopeta de aire comprimido de Carstairs lanzó más disparos inútiles. El dardo regresó y se detuvo frente al hocico de Otie. Cuando éste abrió las mandíbulas para un chasquido, el dardo le atravesó la garganta.

Otie, con los ojos y las mandíbulas muy abiertos, golpeó el aire con las patas. Luego se puso a cuatro patas y se lanzó a toda velocidad. Se

estrelló contra una pared, se levantó con dificultad, se acercó tembloroso a Buck y cayó al suelo sin moverse. A Phil le pareció que la demacrada criatura respiraba hondo, y de pronto se sintió mal, pues el coyote empezaba a hincharse.

"¡No lo toques!" gritó Carstairs, pero Buck mantenía las distancias. Carstairs se acercó a Buck y se inclinó prudentemente hacia delante, con el flequillo balanceándose sobre su frente. "Siempre quise ver una de esas cosas en acción", dijo en voz baja.

"Son lo que llaman misiles singulares, ¿no?". Preguntó Llewellyn fascinado, acercándose. "Antiindividuales, quiero decir".

Carstairs asintió. "Los usaron en la última guerra fría, aunque apenas corrió el rumor. Eran para asesinatos. El FBL y los rusos podían contar cuentos. Se supone que son accionados por un diminuto ventilador radiactivo emisor de iones. Ojalá tuviera un contador para saberlo. Y, por supuesto, se alimentan del calor radiante de la carne y luego inyectan un veneno".

Buck murmuró: "Otie". Los ojos hinchados del coyote se volvieron hacia él y luego se pusieron vidriosos. Buck se levantó e hizo un ruido burlón. "Siempre fue un perro tonto", dijo con dureza. Mitzie, igualada con Llewellyn, lo miró con frialdad.

Phil se adelantó, con las drogas luchando contra las náuseas en su interior, de modo que el tenue pasillo parecía a la vez vívido e irreal.

"¿Adónde vas?" preguntó Carstairs.

Phil se encogió de hombros. "A buscar lo que he venido a buscar", dijo vagamente.

"Bueno, mantente alejado de los gatos", le dijo Carstairs en voz baja, pero Phil ya estaba abrazado a la pared.

"¿Cómo sabemos que esos misiles sing'lar no se calentarán e irán a por nosotros como fueron a por Otie?", oyó preguntar a Buck con inquietud.

"Los otros pasaron, ¿no?" dijo Carstairs irritado.

"¿Qué otros?" Phil oyó preguntar a Buck.

"Los que quemaron la cerradura de la puerta, los que lanzaron los gatos por delante para atraer los misiles", le dijo Carstairs con impaciencia. "Por cierto, si alguno de los misiles empieza a girar la cola, podrías tirarle el abrigo por encima".

Más allá de los gatos muertos, Phil llegó a una barricada de malla plateada con varios cortes dentados en ella, tres de los cuales formaban una tosca puerta. La malla parecía fina y lo bastante resistente como para haber mantenido a las avispas en este lado. Pasó por encima de la malla caída. Los extremos cortados del alambre

plateado estaban redondeados y fundidos, como por un gran calor....

Más allá de la malla estaba un hombre fornido con uniforme gris de guardia de la compañía. Tenía una pistola en la mano. Estaba intacto, salvo porque la parte superior de su cabeza había rodado unos treinta centímetros. Algo caliente se la había cortado limpiamente justo por encima de la nariz. Phil recordó lo bien que la aguja azul había cortado la viga de acero. Pasó deprisa hacia un arco abierto que había justo delante y se sobresaltó al ver una gran serpiente gris enroscada. Entonces vio que la serpiente era un portero robot como el viejo Rubberarm, y mirando más alto vio que había sido cortado cerca de la pared.

Mitzie y el resto entraron por la malla. Carstairs se arrodilló ansiosamente junto al muerto y examinó la pistola que empuñaba, pero un momento después se levantó encogiéndose de hombros.

"No es un orto, ¿eh?" preguntó Buck. "Usando esos sing'lar misiles, uno pensaría que estarían al día en otras cosas".

"No, sólo una pistola de gas ordinaria", le dijo Carstairs. "Pero podemos estar bastante seguros de que no le arrancaron la cabeza con una sierra circular al rojo vivo. Los otros deben tener ortopedias". Se volvió hacia Phil y le agarró por las solapas de la chaqueta. "Mira, payaso", dijo en voz baja, "¿quiénes son esos otros? Debías de saber que alguien iba a entrar aquí esta noche. Contabas con que esa puerta estuviera abierta".

"Somos un poco como chacales, ¿no?" comentó Phil soñadoramente.

Carstairs se retorció la chaqueta. "¿Quiénes eran?"

Phil no reaccionó, pero se sacudió bruscamente cuando oyó a Moe Brimstine decir metalizado: "¿Qué quieres, Mack?".

Llewellyn había sacado el trozo de brazo robótico gris que sobresalía de la pared.

"Deja eso", ordenó secamente Carstairs, soltando a Phil.

"Tranquilo, Carstie", dijo Llewellyn con una sonrisa que mostraba sus dientes blancos. "Aquí hay una cosa un poco extraña. ¿Ves dónde lo que cortó este brazo robótico cortó la pared de más allá? Pues bien, sigue desde el corte en línea recta a través del corte del brazo robótico".

Al igual que los demás, Phil siguió las indicaciones de Llewellyn y vio que la línea recta terminaba en un profundo corte en el suelo a media docena de metros detrás de ellos.

"No lo entiendo", dijo Buck. "¿Quieres decir que alguien disparó algún tipo de rayo desde el siguiente piso bajo nosotros?".

Llewellyn dijo: "Difícilmente. Las pruebas apuntan a un arma que

dispara en direcciones opuestas al mismo tiempo. Me imagino que si hubiéramos mirado detrás de nosotros, en la cabecera de la escalera, habríamos visto unos cortes que reflejaban los de la malla."

Entornó los ojos hacia Carstairs. "Empiezo a pensar que los orthos son armas bastante extrañas, Carstie, viejo amigo". Miró a Phil. "Ha dicho que son azules y chisporrotean, señor Gish. ¿También petardean?"

"Mira este comunicador", interrumpió Buck. Había estado hurgando en el lateral del pasillo, detrás del guardia. "Uno de los botones tiene un artilugio nuevo que lo ha pulsado dos veces mientras yo vigilaba".

"No lo toques", dijo Carstairs. "Probablemente es un botón que Headless debe pulsar de vez en cuando para mostrar que está de guardia. Quien haya entrado antes que nosotros conoce su negocio. Una vez más, payaso, ¿quiénes eran? "

"Sí, habla", dijo Buck, acercándose a Carstairs. "Me imagino que son los responsables de que mataran a mi Otie".

"En efecto, hazlo", dijo Llewellyn, soltando al mismo tiempo el brazo muñón que se contrajo hacia la pared hasta quedar como una cicatriz arrugada, mientras que al mismo tiempo, como si ahora se vieran heridas internas en la cosa, una versión de relojería rota de la voz de Moe Brimstine resollaba: "Así es, Mack. Vete y no te acerques".

En el momento en que aquella admonición inquietante y ominosa mantenía a todos los demás inmóviles, Phil pasó con aplomo drogado junto a Llewellyn y atravesó el arco.

"Caballeros", dijo, "imagino que querrán inspeccionar la casa del tesoro".

Se hallaba frente a una sala de techo no muy alto, pero tan ancha y larga que la única pared claramente visible era aquella contra la que se encontraban. La sala no estaba muy iluminada, pero lo parecía por el brillo de los dos tipos de objetos clasificados sobre los que incidía la luz. A la izquierda había una hilera interminable de robots de venta, brillantes tortugas de gran altura con una cúpula más pequeña sobre la principal, los mismos eficientes vendedores ambulantes de metal que recorrían las calles a diario y por la noche, guiándose y detectando a los clientes mediante un radar hipersónico y un escáner visual. Sólo que ahora sus fascinantes ventanillas para exponer muestras estaban cerradas, sus brazos para recoger dinero y otorgar mercancías estaban pulcramente plegados, las inquietas ruedas bajo sus faldas metálicas estaban quietas, y sus dulces voces, ricas en un comedido sex-appeal adecuado para robots (voces masculinas para las mujeres, femeninas para los hombres, vivaces y chistosas para los niños) estaban igualmente silenciosas.

A la derecha, alineados con la misma precisión, había un montón de

robots vestidos de gala, con todo tipo de atuendos, desde capas de noche de marta de cuello alto hasta joyas de baño. Sus cabellos brillaban con cientos de matices, sus pieles de ante resplandecían con una seducción cremosa, se sostenían con el porte de princesas, pero, al igual que los robots vendedores, permanecían inmóviles. No desfilaban con esbeltez, no hacían bonitos gestos individualizados, ni sonrisas misteriosas o altivas, ni labios suaves que se abrieran para recitar las cualidades y los precios de las prendas que modelaban. Todas miraban fijamente al frente como momias egipcias aún sin envolver y, de hecho, una de ellas, debidamente coronada y vestida con una vaporosa funda, era una copia exacta de Nefertiti.

A Phil se le ocurrió que los robots de ventas y los robots de vestuario eran en realidad un despliegue militar, que estaba viendo el poderío armado -el ejército del dinero y el ejército del glamour- de Fun Incorporated.

Llewellyn fue el primero en romper el silencio. Se abalanzó sobre el robot de ventas más cercano, hizo algunas manipulaciones prácticas, y entonces se oyó un tintineo y él estaba agitando un puñado verde y plateado y sus dientes y el blanco de sus ojos brillaban alegremente en su cara negra.

"¡Todavía llevan el dinero del día!", llamó en voz baja.

Buck miró del ejército del dinero al ejército del glamour con codiciosa indecisión. Cuando Carstairs resopló despectivamente, trotó para ayudar a Llewellyn, que se abría paso metódicamente por la primera fila de robots de ventas.

A pesar de su muestra de mayor autocontrol, era evidente que a Carstairs también le picaban las manos. Miró a Phil con incertidumbre. Luego, "Despierta, Mitz", le ordenó bruscamente. Ella, obediente, volvió hacia él un rostro extrañamente incrédulo. "Mitz", continuó, "quiero que vigiles al payaso. Si intenta escapar o se abrocha, usa tu navaja". Ella asintió.

"Hey", Buck llamó en un susurro etapa emocionada, "Creo que estamos llegando a algunos que son robots de juego."

Pero Carstairs no se fue de inmediato, aunque chasqueaba ruidosamente los dedos en un exceso de impaciencia. Estudió a Mitzie con fiereza. "¿Lo entiendes, Mitz? No quiero ningún desliz. Hoy ya has cometido uno. No es que crea ni por un minuto que eres blanda con el payaso, pero has actuado un poco tonta con él. No debe haber más de eso. ¿Entendido?"

Esta vez el asentimiento de ella, aunque mudo como la primera vez, pareció satisfacerlo y se apresuró a reunirse con Llewellyn y Buck.

En el mismo instante Phil se dio la vuelta silenciosamente y atravesó

un arco justo al lado de aquel por el que habían entrado en la gran sala. No había dado ni diez pasos por el pasillo en curva cuando Mitzie pasó a su lado y se interpuso en su camino.

"Atrás", susurró. La mano que dirigía el cuchillo de diez pulgadas hacia el pecho de Phil no vaciló lo suficiente como para hacer parpadear sus reflejos helados.

Phil le sonrió. "Mitzie -dijo con suavidad-, tus amigos han encontrado lo que venían a buscar, pero yo no. Vas a dejarme pasar".

Ella escupió su negativa y avanzó el cuchillo hasta tocarle la camisa.

Phil no se movió. "Vas a dejarme pasar", repitió en voz baja, "porque ya no estás segura de que ser cruel e inteligente, y si es necesario mortal, sea la forma correcta de enfrentarse al mundo. Ya no estás seguro de que la aprobación de tu banda sea lo único que importa. Por cierto, es una aprobación bastante a regañadientes, Mitzie, algo por lo que has tenido que sentarte y hacer trucos como ese otro perro tonto, y tu camaradería con ellos no es en absoluto la cosa romántica, hasta la muerte, uno para todos y todos para uno que pretendes que es. Pero ahora no tengo tiempo de hablarte más de eso, porque tengo mis asuntos y tengo que seguir con ellos."

"Atrás", gruñó. Pero Phil, aunque el cuchillo ahora le punzaba el pecho, sabía que ya no era una orden sino una súplica.

"Voy a pasar ahora, Mitzie", murmuró Phil y se adelantó hacia el cuchillo. Durante unos 60 centímetros, el cuchillo retrocedió exactamente a la misma velocidad a la que él caminaba hacia él, luego se movió bruscamente hacia un lado y, al pasar junto a Mitzie, oyó el comienzo ahogado de un sollozo.

Ninguno de los dos volvió a hacer ruido. Miró hacia atrás una vez y vio su perfil a la luz de la gran sala, y la línea floja de su hombro y el brazo que sostenía el cuchillo. A menudo los rostros parecen inesperadamente débiles de perfil, pero Phil tenía la impresión de que nunca había visto uno que también pareciera tan trágicamente perdido.

Su imagen le persiguió mientras el pasillo en curva se oscurecía y luego volvía a aclararse para luego hacer un giro muy brusco y emerger inesperadamente en una habitación larga y ricamente amueblada. Dio un paso en falso antes de ver que había tres personas al fondo y que una de ellas era Moe Brimstine. No miraban hacia él y podría haberse escabullido fácilmente, pero se dio demasiada prisa y rozó una esbelta columna coronada por un pequeño acuario en el que nadaban diminutos pulpos rosas, verdes y violetas. El pilar se tambaleaba peligrosamente. Trastabilló al agarrarlo para estabilizarlo, cayó con él en la habitación y se golpeó contra el suelo de espuma,

mientras el agua y los pulpos de color caramelo manaban por todas partes.

XI

Al cabo de un par de segundos, Phil decidió con pesar que no le iba a servir de nada seguir apretado contra el suelo, que cedía, con los dos ojos cerrados a cal y canto. Los abrió con cautela, parpadeó al ver el suelo y trató de animarse a mirar hacia arriba. Mientras tanto:

"Brimstine, ¿qué retiene a ese hombre del FBL?"

"No se preocupe, Sr. Billig. Llegará en cualquier momento".

"Empiezo a dudarlo. ¿Y si están mintiendo sobre el envío de un hombre, y en realidad están planeando asaltarnos, contando con coger al gato verde cuando lo hagan?".

"El gobierno no se atrevería a hacer eso, Sr. Billig. Necesitan al gato verde, o eso creen".

"¿Entonces por qué no está aquí ese hombre del FBL?"

"Le digo que no se preocupe, Sr. Billig. Relájese. Deje que Dora le acaricie la frente".

"¡Pfui!"

Considerablemente desconcertado, Phil levantó la barbilla del suelo y giró cautelosamente la cabeza. El Sr. Billig que había oído mencionar con tanto asombro resultó ser un hombre moreno muy demacrado que a primera vista parecía tener treinta años, a segunda setenta y a tercera un misterio para el que las hormonas que prolongan la juventud podrían proporcionar una pista. Iba vestido con ropa deportiva negra de corte severo. Moe Brimstine era mucho más corpulento, pero sólo físicamente; sus modales bruscos se habían transformado en los de un sirviente con privilegios de payaso. Incluso sus gafas negras parecían ahora un poco cómicas.

El otro miembro del trío era una rubia violácea de impresionante belleza cuyo vestido consistía en una interminable espiral de fino alambre de plata sobre una funda de satén blanco. Estaba sentada en una mesa y observaba a los demás con una fría sonrisa. El señor Billig caminaba con paso firme, como si estuviera ocupado en algún tipo de trabajo de carretera, mientras Moe Brimstine revoloteaba detrás de él como un entrenador ansioso.

Pero para Phil el único hecho abrumador era que no le prestaban ninguna atención. Al parecer, su caída con el acuario en la habitación no había sido lo bastante importante como para merecer una mirada o, si la había habido, había sido muy breve. Además de estar totalmente desconcertado y bastante asustado, Phil se sintió un poco picado.

"No creo que deba adoptar esa actitud hacia Dora, señor Billig", decía

Moe Brimstine. "Es una chica muy lista; hasta qué punto le gustaría a usted descubrirlo. ¿No es así, Dora?"

"Soy infinitamente hábil para dar placer a hombres, mujeres y niños", dijo Dora con un bostezo. "Entre otras cosas, he memorizado todos los libros pornográficos importantes escritos desde los albores de la historia".

"¡Pfui y basura! Brimstine, todavía no pareces darte cuenta de lo serio que es esto. Supongo que debo decirte que, según mis últimas informaciones, el gobierno está dispuesto a acusar no sólo a tres de nuestros gobernadores y a medio centenar de nuestros alcaldes, sino también a cuatro de nuestros senadores nacionales y a una docena de nuestros representantes."

Esta noticia pareció desconcertar a Moe Brimstine. "Pero eso es todo", dijo en voz baja.

"No del todo, pero casi", espetó Billig.

"Significaría el fin absoluto de Fun Incorporated".

"¿Y qué te he estado diciendo?" preguntó Billig.

Phil se sentó un poco malhumorado y apoyó la barbilla en el dorso de la mano derecha para observarlos. Esta maniobra no le llamó la atención en absoluto. Renunció a intentar comprenderlo.

Moe Brimstine había recuperado el ánimo con un alegre encogimiento de hombros. "De todos modos, tienes el gato verde, así que estás a salvo".

"¿Lo tengo?" preguntó Billig, dejando de pasearse. "¿Cómo de bien tienes encerrado a ese gato, Brimstine?".

"Mire, señor Billig, lo tengo en una jaula de cobre donde nadie puede llegar a él y él no puede llegar a nadie, ni siquiera electrónicamente. Además, todavía está aturdido. No se puede pedir más, ¿verdad?".

"Puede que no", admitió Billig a regañadientes. "Pero entonces vuelvo a mi otro punto: ¿Cómo podemos estar seguros de que el gobierno necesita tanto al gato que estará dispuesto a anular todas esas acusaciones a cambio de él?".

"No se preocupe por eso, Sr. Billig. Eso es algo de lo que podemos estar seguros. Sabemos desde hace al menos un mes que encontrar a ese gato ha sido el trabajo absolutamente prioritario y secreto del FBL, el FBI y el servicio secreto especial."

"¿Pero por qué iba a serlo?" Billig volvía a pasearse. "Sólo es un animal de color raro. No tiene sentido".

"Mire, señor Billig, ya hemos pasado por esto antes. Están absolutamente convencidos de que ese gato es terriblemente peligroso. Creen que puede controlar las mentes y cambiar las personalidades, y

parecen creer que tienen casos que lo demuestran, incluidos cuatro altos funcionarios que han conseguido salir del país, aparentemente con destino a Rusia. Han tomado todo tipo de medidas secretas, no sólo para encontrar al gato, sino para proteger al presidente y a todos los funcionarios importantes de cualquier posible contacto con él. Por lo que sabemos, la primera teoría del gobierno era que el gato procedía de Rusia, que la visión lysenko de la genética era cierta y que los rusos eran capaces de criar animales inteligentes con poderes extrasensoriales, para utilizarlos como espías y saboteadores y, posiblemente, para sustituir a gran parte de la población mundial. Pero ahora el gobierno parece creer que el gato es un mutante o monstruo de algún tipo y que está en condiciones de conquistar América -el mundo entero incluso- mediante el control de los sentimientos y los pensamientos."

Phil se sentó indignado. Él quiso decir, "Porqué, Lucky no es así en absoluto." En su interés por la conversación, casi había olvidado su increíble situación.

"Lo sé, lo sé", decía Billig, "¿pero qué opinas de esto, Brimstine?".

Brimstine se encogió de hombros. "Creo que están locos", dijo alegremente. "El gato no me pareció nada peculiar, aunque no me arriesgo. Creo que todo es un delirio de grado A, un pánico de alto secreto".

"¿Crees que están locos y esperas que no me preocupe?", gimió Billig. "¿Dónde está ese hombre del FBL?"

"De camino", le aseguró Brimstine. "Todo va a salir bien".

"Eso es lo que me dijiste cuando el presidente empezó a tomar medidas contra Fun", espetó Billig. "Dijiste que era un farol, un soplo al voto del medio oeste. Me dijiste que Barnes era un granjero borracho al que se podía pillar de veinte maneras. Me dijiste que todo se esfumaría, como las otras seis veces. Pues no fue así. Pasó algo que cambió las cosas".

"Lo sé", admitió Brimstine, que por una vez parecía no encontrar palabras fáciles.

"¿Sabes ya lo que pasó?" insistió Billig.

Brimstine se encogió de hombros. "Creo que Barnes está loco".

"¡Esa es tu explicación para todo!" rugió Billig en voz baja. "Si esta vez pasa algo, ¿supones que me alegraré porque me digas que los policías que me detienen están locos? ¿Dónde está el hombre del FBL?"

"Debería intentar relajarse, le digo, señor Billig", sugirió Moe Brimstine, recuperándose. "Distráigase de alguna manera. Como con Dora aquí". E ignorando el tercer "Pfui" de Billig, Brimstine la miró

críticamente. "Arréglate la boca, querida", le dijo.

Con una graciosa obediencia que, sin embargo, consiguió ser despectiva, la belleza rubia violeta se deslizó de la mesa y fue directa hacia Phil, que decidió que ahora por fin tendrían que dejar de fingir que no estaba allí.

"Saque a pasear ese slinky, señor Billig", le apremiaba Moe Brimstine. "Qué preciosidad, ¿eh?".

Ladeó la cabeza, se detuvo a dos metros de Phil, sacó un pintalabios, miró al frente y se maquilló los labios con mucho cuidado. Al mismo tiempo, algo frío y chupador se cerró sobre los dedos de la mano izquierda de Phil. La movió instintivamente y un diminuto pulpo rosa surcó el aire hacia la chica y se aplastó contra algo que había en el aire a medio metro de ella.

Phil lo observó aferrado allí y sintió que su mente se hinchaba hasta reventar, como si hubiera bebido otro trago de limonada Tan Jet. Entonces se levantó, caminó cautelosamente hacia delante y palpó.

Había una superficie plana invisible, que se extendía hasta donde él podía alcanzar, entre él y la otra mitad de la habitación. Se dio cuenta de que estaba en el lado de visión de un espejo unidireccional que dividía la habitación en dos. Dora, que estaba tan cerca que podría haberla tocado, se giró y, al hacerlo, su falda rozó el otro lado de la superficie. Vio que estaba al menos a cinco centímetros del lado al que aún se aferraba el pulpo. Un espejo difícilmente tendría ese grosor. Debía de constar de dos cristales, probablemente con el espacio entre ellos evacuado. Porque, como comprendió con una nueva sorpresa, no debía de estar oyendo sus voces directamente, sino una versión microfónica y transmitida de las mismas, que a su vez debía de ser binaural, para que se oyeran en profundidad y en la dirección adecuada.

Para confirmarlo, observó que las voces no se localizaban tan perfectamente como parecían antes de que se diera cuenta de la ilusión. Además, el efecto de profundidad era demasiado intenso, como si los micrófonos estuvieran a una distancia mayor que la de los oídos.

También vio que todas las fuentes de iluminación estaban más allá del panel.

Pero ahora que sabía que no le ignoraban, sino que simplemente no se daban cuenta de su presencia, se sintió muy ladrón y muy inquieto. Miró nervioso hacia atrás por el pasillo que había recorrido y hacia delante por su continuación más oscura y recta que, también a este lado del panel, conducía fuera de la habitación. Se preguntó por qué Billig había preparado todo y había activado el sonido para que él,

Brimstine y Dora pudieran ser espiados. No tenía sentido. Aunque estaba protegido, Phil sintió que un escalofrío le subía por la espalda.

Podría haber abandonado la cámara de espionaje, pero en ese momento Moe Brimstine colgó un teléfono y dijo entusiasmado: "¡Ya viene!", con lo cual Billig dejó inmediatamente de pasearse y se volvió tan fresco y despreocupado como el agua oscura y tranquila. No miró al arco que había más allá, aunque Brimstine sí lo hizo.

Un hombre atravesó el arco y se detuvo. Mantenía la columna vertebral y la expresión del rostro muy rectas. Tenía el cabello gris y su rostro mostraba años de preocupación, pero no del tipo de Billig.

Billig le miró con una sonrisa interrogativa que apenas se acercaba a una mueca. Esperó un momento y le dijo en voz baja: "Dadas las circunstancias, supongo que no querrá decir su nombre, pero...".

"Me llamo Dave Greeley", dijo el otro sin rodeos.

"-Pero supongo que procede usted de la Oficina Federal de Lealtad y que está plenamente facultado para tratar en nombre de los servicios y del presidente."

El otro asintió una vez.

"Señor Greeley, señor Brimstine", dijo Billig con un gracioso movimiento del brazo que a Phil le recordó el balanceo de una serpiente. "Sr. Greeley, Dora... er, Dora Pannes".

El hombre del gobierno apenas acusó recibo de las presentaciones.

"Sr. Billig", dijo, "díganos que tiene el gato verde. Si lo tiene, se lo compramos".

"¿Y cuánto pagarán?" murmuró Billig.

"Las cartas Moreland-McCartney, que prueban el chanchullo que esos senadores recibieron de Fun Incorporated, más todas las grabaciones y escuchas de microondas relacionadas. Material similar en otros sesenta y tantos casos, que apenas necesito enumerarte con detalle."

"No es suficiente", dijo Billig en voz baja.

Greeley vaciló. "Por supuesto, podría apelar a ustedes", dijo con otra voz; "simplemente como americanos, como ciudadanos de este hemisferio que se enfrentan a un peligro mortal...".

"Por favor, señor Greeley", dijo Billig con una risita.

Greeley cerró los labios con fuerza. Cuando los abrió, su voz anterior habló.

"Cartas de confianza sobre todos los funcionarios acusados, fechadas hoy y firmadas y firmadas con el pulgar impreso por el presidente y todos los jefes de servicio, con grabaciones vocales confirmatorias y fotografías de las grabaciones realizadas. Naturalmente, nuestros

expertos tendrán que examinar el gato antes de que se haga el intercambio. Pueden estar aquí en veinte minutos".

"Eso está mejor", murmuró Billig, "bastante mejor. Pero no lo suficiente".

"¿Qué más quieren?" exigió Greeley con enfado, pero a Phil le pareció que lo sabía.

"Los testigos, entregados en nuestras manos", dijo Billig. "O'Malley, Fattori, Madelin Luszcak, y los treinta y pico-no, seré preciso-treinta y cuatro más".

"Eso está fuera", dijo Greeley bruscamente. "No puedo ofrecerle pagarle con vidas humanas".

"¿Quién mencionó algo así?" preguntó Billig con suavidad. "Yo no, ¿verdad, Moe? Es sólo que nos sentiríamos más seguros con los testigos bajo nuestra custodia protectora en lugar de la tuya."

"Ya sabes lo que les harías", dijo Greeley.

Billig se encogió de hombros. "No tendrías que pensarlo. En cualquier caso, hay formas de olvidar". Y miró a Dora, que le dirigió al hombre del FBL una sonrisa perezosa y provocativa.

Greeley se sonrojó. Durante unos segundos pareció concentrarse en su respiración. "Mira, Billig -dijo finalmente-, no te hagas a la idea de que ni yo ni el Gobierno sentimos por ti otra cosa que repugnancia y aversión. Fun Incorporated ha corrompido a un tercio de una nación, y tenemos su cuartel general aquí y en veinte ciudades tan bien acordonadas que ni una avispa podría salir. La única razón por la que no os hemos aplastado es porque nos decís que habéis capturado algo que es un poco más peligroso para América que incluso vuestra podrida organización. Pero nuestra paciencia se está agotando. Sospechamos que es un farol, a pesar de esos pelos verdes que nos enviaste. Hagan un trato mientras puedan".

"El análisis químico y físico del pelo debe de haber mostrado a sus expertos algo muy interesante", murmuró Billig con una sonrisa reflexiva. "Como usted dice, señor Greeley, tenemos algo de lo que no puede prescindir. Algo que vale aproximadamente... ¿digamos un tercio de una nación? Me parece que les estamos saliendo muy baratos. Considere lo que los rusos estarían dispuestos a pagar. Así que me temo que los testigos son una parte esencial del intercambio. De hecho, estoy seguro".

"Le advierto", se enfureció Greeley, "que estoy a cargo por completo del Proyecto Kitty bajo las órdenes de Emmet y que he aconsejado a Emmet y al presidente que rompan el trato y la incursión si usted insiste en esa condición."

"Has aconsejado", replicó Billig, "y estás a las órdenes de Emmet. Sólo me interesa lo que Barnes y Emmet han aconsejado".

Greeley parecía como si deseara ser sordo y mudo. Sus manos se apretaron y se soltaron lentamente. Se dispuso a hablar.

En ese momento parpadeó la luz de un teléfono. Moe Brimstine lo cogió, evidentemente preparado para soltar una reprimenda y tirarlo al suelo. En lugar de eso, escuchó en silencio y siguió escuchando. Greeley lo observaba atentamente.

En ese momento, Phil oyó el suave beso de una puerta que se abría y unos pasos más débiles que la riqueza binaural del material que había estado escuchando. Miró hacia el pasillo recto y oscuro de su lado del panel. Unos doce metros más abajo, donde terminaba en una T, la luz inundaba el pasillo. Entonces Phil vio al doctor Romadka cruzar el pasillo en ese punto. El analista seguía llevando su bolsa negra. En la otra mano llevaba una pistola. Desapareció de la vista.

"Será mejor que coja esto, señor Billig".

Phil se giró justo a tiempo para ver cómo Billig le arrebataba el teléfono a Brimstine con la mirada. "¿Tres de ellos?" Las palabras de Billig eran entrecortadas. "¿Y un cuarto hombre y una chica, dijeron? ¿Y qué te dijeron que quería el cuarto hombre? ¡No me importa si parece una tontería! ¿Qué?"

Con el teléfono en la mano, Billig le dirigió una mirada a Greeley. "Vamos a tener que retrasar unos minutos los preparativos finales", dijo secamente. "Dora le entretendrá".

"No podéis retrasarlo", le aseguró Greeley con una repentina nota de triunfo. "El asalto comienza dentro de diez minutos, a menos que yo regrese. Además, sólo hay una cosa lo bastante importante como para que interrumpas esta entrevista. Has perdido al gato verde, o temes haberlo perdido".

"Sé que Emmet le daría más tiempo que eso, aunque no te lo dijera", le espetó Billig. "Pon a Benson a cargo de él, Brimstine. Luego vuelve".

"Déjame contactar con Emmet", dijo Greeley rápidamente. "Cooperaremos plenamente con usted en la búsqueda del gato. Tienes mi palabra de que las acusaciones serán anuladas".

"¡Palabra! Llévenselo", dijo Billig bruscamente.

Greeley, apartando despectivamente el codo de la mano de Brimstine, salió con él de la habitación. Dora les acompañó. Greeley se apartó de ella.

"No te asustes, Lambie", le dijo la rubia violeta, "sólo voy al cuarto de la niña".

Billig descolgó el teléfono. Pero antes de llevárselo a la oreja y a la

boca, la piel alrededor de los ojos se le contrajo con súbita suspicacia y miró hacia Phil, o más bien hacia un punto cercano a Phil, con tal brusquedad que éste se habría echado a correr, de no ser porque no pudo decidir ni por un segundo en qué dirección.

Entonces los dos primeros dedos abiertos de la mano derecha de Billig golpearon como los colmillos de una serpiente dos botones.

Las luces se encendieron alrededor de Phil, de repente todo estaba muy quieto, y Phil se vio a sí mismo en un espejo brillante que ocultaba a Billig y dividía por la mitad la longitud de la habitación. Su reflejo, aunque completamente vestido, tenía la expresión de un hombre sorprendido desnudo en público. Dudó durante otro segundo desesperado, congelado por la idea de que el espejo era un gran ojo, y luego corrió por el pasillo recto. Llegó a la T y dobló la esquina en la dirección en que se había ido Romadka, hasta que oyó pasos delante y golpeando hacia él. Volvió corriendo por donde había venido Romadka y se encontró en una habitación muy iluminada, ocupada principalmente por una pesada jaula de cobre con menos de un centímetro entre los barrotes.

Pero una esquina de la jaula había sido cortada limpiamente y descansaba en el suelo a su lado como una pequeña tienda de campaña naranja de tres lados. Phil miró a su alrededor en busca de una salida y no vio más que una pared blanca y brillante marcada únicamente por un corte profundo en el mismo plano que el que atravesaba la jaula. Su mirada circular terminó en la puerta por la que había entrado. En ella estaban el Sr. Billig y Moe Brimstine. Brimstine sostenía una pistola aturdidora, el Sr. Billig un arma más grande que, mientras apuntaba a Phil, sostenía cuidadosamente a su lado.

"Muy bien", dijo Billig, "¿qué habéis hecho con el gato verde?".

XII

No habían pasado ni tres minutos desde la captura de Phil, pero parecía que llevaba años escuchando al señor Billig. Estaba sentado con aprensión en un taburete de una habitación larga y baja a la que le habían conducido dos hombres vestidos con sobrios trajes deportivos -obviamente superiores a los guardias de la empresa- a los que el señor Billig se dirigía como Harris y Hayes. A lo largo de uno de los lados de la habitación había ventanas y una puerta que daba a una especie de balcón, más allá del cual se extendía una oscuridad desconcertante. Harris y Hayes estaban detrás de Phil, mientras Billig se paseaba delante de él.

En ese momento, una voz que parecía una cinta reproducida a triple velocidad, pero no tan aguda, decía: "¿Te has imaginado alguna vez 10.000.000 de dólares en concreto? Piénsalo así: un yate en el Amazonas, cabina con cúpula de burbujas, tu helicóptero privado, una rubia, una morena y una pelirroja, tú mismo monarca absoluto de un microcosmos muy interesante. ¿No te atrae?"

"Pero yo no me llevé el gato verde", replicó Phil rápidamente -la velocidad de Billig era contagiosa-. "No sé dónde está".

"¿Qué quieres entonces?" Billig exigió. "O como la mayoría de la gente, ¿tienes miedo de decirlo? Dímelo, lo he oído todo".

Phil abrió la boca, pensó en Lucky y no dijo nada.

"Pégale, Harris", ordenó Billig, "¡y no estés todo el día haciéndolo!".

El dolor rebotó como una bola de acero de un lado a otro dentro del cráneo de Phil ante los golpes desapasionados de Harris. En el último, Phil sintió que se le entumecía la cabeza y se le nublaban los pensamientos. La cara de cajero de banco de Harris desapareció de su vista, para ser sustituida por la máscara lisa de Billig con su acechante multitud de arrugas.

Billig sacó la pistola que llevaba cuando atraparon a Phil. Informó a Phil: "Propongo cortarte los miembros, uno a uno. El rayo quema, lo que evita que sangres demasiado rápido".

Lo único que la mente vidriosa de Phil podía pensar era lo ridículo de la palabra "miembro". Se preguntó si Billig lo consideraba un árbol. La cabeza de Billig persistía en dar vueltas alrededor de Phil como si fuera un pequeño planeta, aunque puede que sólo fuera la habitación nadando. De repente, Phil sacó un brazo.

"Muy bien", informó a Billig, "empieza con esto. No dañes las hojas".

Billig bajó el arma. "Le pegas demasiado fuerte", le dijo a Harris, "o le gusta. Hay otros tipos de dolor. ¿Dónde está Brimstine? Le dije que

sólo tenía dos minutos para encontrar a Jack. Hayes, cachea a este hombre".

Unos dedos delgados rebuscaron en los bolsillos de Phil y le arrojaron a Billig objetos de uso común. Cuando la mano se dirigió al bolsillo derecho, Phil tuvo un recuerdo tardío e hizo un movimiento para impedirlo, pero Harris le agarró los brazos por detrás.

Hayes le entregó cuidadosamente a Billig la estatuilla de Mitzie Romadka con un vestido negro de tirantes.

Billig le dijo en voz baja a Hayes: "Juraría que esto es obra de Mary como se llame, la chica que solía hacernos muñecas de strip-tease. Siempre tuvo un toque y ahora ha mejorado". Manoseó la muñeca con delicadeza, estudiando las reacciones en el rostro de Phil. "¿La quieres?", preguntó de repente. "¿Te dolería verla herida?". Hizo ademán de arrancarle la cabeza a la muñeca, luego la dejó rápidamente sobre la mesa y levantó las manos. "¿Dónde está Brimstine?"

"Aquí", anunció éste, entrando en la habitación como un oso con mucha prisa. "He localizado a Jack. Y hemos atrapado a la chica de la que hablaron los tres hep-jerks. Se alineó con los robots de la exposición de vestidos y podría haberse hecho pasar por uno, pero estornudó".

Dora hizo entrar a Mitzie en la habitación, con las manos atadas a la espalda, con una sonrisa desdeñosa que ahora parecía aderezada con crueldad. La hija del analista había perdido su capa de noche y su largo cabello oscuro le colgaba medio sobre un ojo. Mantenía la barbilla erguida, como quien ha luchado y no le ha servido de nada, pero no se ha sometido realmente. Vio a Phil y apartó la mirada de él con orgullo, como si el hecho de haber sido atrapada hubiera borrado el problema en el que él la había metido.

"Ah, el original", observó Billig, levantando la vista de la figurita, que se guardó hábilmente en el bolsillo. "Querida", dijo, acercándose a Mitzie, "¿te gustaría aparecer en anuncios de vida de costa a costa, o formar parte de una línea de robots vestidores de ultra lujo; te gustaría ser una estrella de la moda, embajadora en Brasil, o convertirte en mi chica del viernes y estar al tanto de todo lo interesante que ocurre en el mundo; aceptarías 10.000.000 de dólares? Dinos qué has hecho con el gato verde".

Mitzie respondió a la andanada de cinco segundos con un encogimiento del labio superior. "Querida, hablo en serio", le aseguró Billig. "Ésta es una oportunidad única en la vida y tú eres una chica muy agradable". E hizo ademán de acariciarle el hombro cariñosamente, pero en lugar de eso se dio la vuelta para captar la

reacción de Phil.

Jack Jones entró corriendo en la habitación y se detuvo en seco. Miró a Phil como si no le conociera y luego saludó socarronamente a Billig.

"¿Qué haces ahí parado?" preguntó Billig. "Manos a la obra. Hayes, quiero a esos tres hep-jerks aquí".

Phil intentó zafarse del agarre aparentemente casual de Harris. Y entonces los dedos de Jack se clavaron en los nervios y el dolor no era una bola de acero, sino las raíces al rojo vivo de una planta y millones de raicillas abriéndose paso al instante por cada grieta entre las células de su cuerpo. Se oyó a sí mismo chillar: "¡Romadka! Romadka!" El dolor disminuyó y balbuceó rápidamente: "El doctor Romadka robó el gato. Le vi salir de la habitación donde está la jaula, llevando su bolsa negra. El gato debía de estar dentro".

"¿Quién es ese Romadka?". le espetó Billig.

"Un psiquiatra", jadeó Phil débilmente. Señaló con la cabeza a Jack Jones. "Él puede hablarte de él".

"Nunca había oído hablar de ese hombre", afirmó Jack al instante.

"Lo hiciste", murmuró Phil desesperadamente. "Viste cómo me perseguía esta noche. Debes haber adivinado que iba tras el gato verde".

Jack negó con la cabeza secamente. "Se lo está inventando", le aseguró a Billig.

Al otro lado de la habitación, Brimstine colgó un teléfono y llamó a Billig: "Benson dice que Greeley está actuando con toda la calma del mundo, todavía confía en que la redada empezará cuando él dijo."

"¡Bueno, no te congeles!" Billig golpeó exasperadamente a Jack. "Vuelve a trabajar en él".

Mientras las pequeñas y terribles manos se acercaban, Phil miró implorante a Mitzie.

"El doctor Anton Romadka es mi padre", dijo ella con frialdad, "tiene fama de ser un gran psicoanalista. Esta histérica con la que estás perdiendo el tiempo es una de sus pacientes".

"Querida, ¿por qué no lo has dicho antes?". le preguntó Billig alegremente. "¡Dora, suéltale las muñecas de una vez!". La rubia violeta obedeció con un cínico salto de sus finas cejas.

"Querida, se me pasó por alto que seguía haciendo eso, lo siento", aseguró Billig a Mitzie mientras se deslizaba hacia ella, moviendo los pies casi con la misma ligereza que la lengua. "Querida, ahora lo tengo muy claro: esta histérica, como tú la describes con precisión, robó el gato por orden de tu padre y se lo entregó a tu padre, que ya veo que no te cae bien y que probablemente te obligó a venir. Ahora sólo dinos

dónde está tu padre, o dónde crees que está, querida, y tendrás, no una, sino todas esas cosas que te mencioné hace medio minuto."

"Mi padre no tiene la habilidad suficiente para robar un robot expendedor de plátanos", le espetó Mitzie. "Eres tan estúpido, engreído y desequilibrado como todos los hombres, sólo que más rápido. Crees que porque se ha hecho algo inteligente, debe haberlo hecho un hombre. Mi padre es un pésimo analista, pero a ti te vendrían bien unas cuantas sesiones con él".

"Querida, no vamos a llegar a ninguna parte si hablas así", le aseguró Billig riendo. "Date cuenta, querida, estás entre amigos y bienquerientes". Y la cogió del brazo con una amabilidad paternal.

La mano derecha de Mitzie era un arco borroso y Billig retrocedió con cuatro brillantes líneas rojas en la mejilla izquierda.

"¡Agárrala, Dora!" ordenó Billig. La rubia violeta rodeó voluntariamente con sus brazos la cintura y los codos de Mitzie. Mitzie evitó darse cuenta. Mientras tanto, Billig disparaba rápidamente: "Supuse que estaba desarmada, Brimstine. Quítale esas garras de encima". Brimstine agarró la mano derecha de Mitzie por los nudillos con una de sus grandes zarpas y empezó a sacudirle los dedales con colmillos de aguja. Billig hizo un gesto a Harris, que había soltado a Phil para ofrecerse a atender la mejilla chorreante de su jefe.

Billig se acercó de nuevo a Mitzie. "Querida -dijo, y por una vez las palabras le salieron lentas-, eres realmente maravillosa, eres el tipo de zorra encantadora que sueñan los sádicos para torturar al héroe. Pero esta noche me temo que vas a tener que invertir los papeles".

El misterioso atormentador interior de Phil, que le había hecho enfrentarse a Moe Brimstine en casa de los Akeleys, volvió a ponerse manos a la obra y, a pesar de la debilidad de sus músculos engarrotados por el dolor, le obligó a iniciar una tambaleante carrera hacia Billig, mientras gritaba: "¡No la toques!".

Naturalmente, Jack le puso una zancadilla, le agarró por el cuello casi antes de que se estrellara dolorosamente contra el suelo y le estampó de nuevo contra el taburete.

En ese momento, Hayes y otros cuatro o cinco hombres, este último con el traje de guardia de la compañía del hombre medio decapitado, hicieron marchar a un golpeado Carstairs, Llewellyn y Buck hasta el otro extremo de la sala. Carstairs, que ahora tenía sangre y pelo en la frente, miró fijamente a Mitzie.

"Gracias por esto, Mitz", dijo en voz baja.

Llewellyn y Buck asintieron con la cabeza.

"¿Das por hecho que te he zorroneado?" preguntó Mitzie. Ninguno de

los tres actuó como si hubiera oído la pregunta.

Phil, que observaba a Billig, notó un leve escalofrío, una sonrisa y un agrandamiento de los ojos, aunque el jefe de Fun Incorporated no miraba a nada en particular.

"Lleva a esos chicos al garaje de la empresa", llamó Billig a Hayes, manteniendo la mejilla acuchillada apartada. "Te daré órdenes sobre ellos por teléfono en quince segundos". Luego, mientras Hayes y los guardias saltaban para obedecer, Billig le dijo a Mitzie en voz lo suficientemente alta como para alcanzar a Carstairs: "Gracias de nuevo, cariño. Ha sido un buen trabajo".

Carstairs tuvo tiempo de echarle una última mirada mortal antes de que lo sacaran a toda prisa con los demás.

"Vamos, todos", dijo Billig alegremente, "vamos a tener un pequeño espectáculo. Cariño, ¿te gustaría cogerme del brazo? He olvidado por completo el grifo del amor. Si prometes portarte bien, le diré a Dora que te suelte". Mitzie no respondió, pero Dora le soltó los brazos con perezosa desgana. "Vamos, cariño", le suplicó Billig, empezando a salir al balcón. Mitzie no le miró, pero caminó a su lado. Él no intentó tocarla. Se movían deprisa. Billig miró hacia atrás por encima del hombro.

"Daos prisa, todos", ordenó exasperado. "¡Dejad de actuar a cámara lenta!".

Brimstine, Dora y Harris se pusieron rápidamente detrás de ellos. Jack se puso a la retaguardia con Phil.

"Tuve que hacerlo", susurró Jack al oído de Phil. "No podía fingir y confiar en que fingieras reacciones lo suficientemente bien como para engañar a Billig. Pero por el amor de Dios, no sueltes nada más sobre Romadka. Sé que eres amante de Juno. Bueno, Romadka me hizo traerlo aquí. Sus amigos están en la casa. Matarán a Mary y a Sacheverell-Juno y Cookie también-si lo atrapan".

Mientras Phil intentaba formular algún tipo de respuesta a esto, siguieron a los demás hasta el balcón. Su barandilla estaba dividida por una puerta, desde la cual se proyectaba hacia abajo y hacia la oscuridad una escalera metálica, cuyos primeros doce peldaños brillaban débilmente.

Sin previo aviso, Mitzie abandonó a Billig y bajó las escaleras de tres en tres. Harris se lanzó tras ella, pero Billig le detuvo con un gesto. "Está haciendo lo que yo quiero -explicó en voz baja-, y cinco veces más rápido que si la arrastras. ¿Nunca entenderás que es velocidad lo que necesito?".

Brimstine observaba atentamente a Mitzie, que ahora no era más que una brillante polilla revoloteando en una oscuridad más apagada. "Ya

no ve los escalones", dijo con admiración profesional. "Esa chica es buena".

Billig se encogió de hombros y se acercó a un panel de control en la barandilla. Descolgó un teléfono y luego se detuvo pensativo, como si estuviera asegurándose de que hacía quince segundos que había hablado con Hayes y no sólo doce o trece.

"¿Hayes?" dijo Billig, y luego susurró rápidamente. Se detuvo un momento, enarcando las cejas, como si Hayes estuviera siendo increíblemente lento en darse cuenta. "¡Por supuesto, por supuesto!"

Entonces Billig tocó un botón y una luz cegadora transformó la oscuridad en un enorme garaje vacío y gris, con el suelo a unos diez metros por debajo del balcón. Había todo tipo de líneas y señales que indicaban por dónde debían circular y aparcar los coches, sólo que no había coches. También había una docena de puertas abiertas en las paredes grises, ocho de ellas marcadas como "Salida". La escalera plateada por la que había bajado Mitzie tocaba el punto central del vasto suelo del garaje. A pocos pasos de allí, Mitzie permanecía diminuta e inmóvil, como cegada por la luz.

En algún lugar, a lo lejos, un motor eléctrico se ponía en marcha.

"Señoras y señores -dijo Billig a Dora, Brimstine, Harris y Jack, pero sobre todo a Phil-, éste es el lugar donde la gente aparca sus coches mientras ve los combates de lucha libre. Pero ahora la lucha ha terminado y los coches ya no están". Se tocó delicadamente la mejilla, donde los cuatro surcos casi habían dejado de sangrar. "Así que ahora podemos tener el lugar para nuestro pequeño espectáculo. Sr. Gish, debo quedarme con el gato verde. Creo que usted valora la belleza y la vida de esa chica-".

Pero Phil, cuyos brazos estaban agarrados fuertemente por Jack desde atrás, apenas lo escuchó estaba mirando a Mitzie tan intensamente. Ella pareció salir de su aturdimiento repentinamente, en todo caso corrió hacia la puerta abierta más cercana. Unas rejas oscuras y cerradas se abatieron sobre ella y la bloquearon, como hacían con todas las demás puertas que Phil podía ver. Miró a Billig y vio que sus dedos oscuros se levantaban de los botones. Volvió a mirar a Mitzie y la vio dudar y luego volver corriendo hacia las escaleras plateadas. Billig tocó otro botón y las escaleras se replegaron, telescópicas hacia arriba. Mitzie se quedó sola en el suelo gris.

El ruido del motor invisible se hizo más fuerte. Billig se inclinó sobre el muro de protección y miró pensativo a Mitzie, como si fuera un Calígula más inteligente, un Nerón más práctico. Luego se volvió, sacó la estatuilla de Mitzie del bolsillo y se dirigió a Phil.

"Señor Gish", dijo, "quiero saber seriamente dónde está el gato verde, o

adónde se lo ha llevado su doctor Romadka. Si no, ¿qué le parecería que le pasara esto ahí abajo?". Y sacudió una pata de la figurita. Phil pudo ver los dos conos de cera donde se había abierto la pata. "¿O esto?" Billig sacudió un brazo. "¿O esto, o esto?"

En ese momento, un jeep negro con el techo abierto salió acelerando por debajo del balcón. Phil vio que había tres personas en él, aunque por un momento no supo quiénes eran. Pero Mitzie corrió hacia el coche, gritando excitada: "¡Carstairs!". El coche se puso en marcha. "¡Eres maravilloso!" gritó Mitzie. Pero de repente el coche avanzó más deprisa y en línea recta hacia ella, y tuvo que apartarse para no ser atropellada.

El coche empezó a dar vueltas en un gran bucle. Mitzie se levantó del duro suelo.

"¡O esto!" siseó Billig a Phil, y éste desgarró la figurita por la cintura, mientras con un pulgar aplastaba los diminutos pechos. "Ahora, por favor, dime dónde está ese tal Dr. Romadka".

"¡No lo sé!" gritó Phil, luchando por zafarse de Jack, que enloquecido le susurraba al oído: "Eso es, no sueltes ni una palabra".

"Te recordaré", continuó Billig rápidamente, sacando otra cosa de debajo de su abrigo, "que es mucho peor para ella -o para cualquiera- ser herida por gente a la que idolatra que por gente a la que odia. Háble me del gato verde. Mira, esto es un orto. Puedo cortar ese coche en cualquier momento que me digas".

Pero Phil, como todos los demás, estaba observando a Mitzie. Habiéndose levantado, ella no se movió. Simplemente se quedó allí, mirando al coche que se acercaba. Cuando estuvo tan cerca que por un instante Phil vio la cabeza oscura de Mitzie contra su hocico cromado, el coche viró y la esquivó por un suspiro. Mitzie permaneció inmóvil como una estatua, aunque su corta falda se levantó.

Luego giró la cintura y observó el jeep en retirada.

"¡Gallina!", abucheó, en voz alta.

Durante un instante, todos los presentes en el balcón permanecieron inmóviles. Entonces se oyó un golpe sordo y Phil se dio cuenta de que Moe Brimstine estaba golpeando la barandilla y diciendo: "Te digo que esa chica es buena".

"Sí, lo es", le zumbó Billig secamente. Brimstine detuvo sus aplausos, con cara de vergüenza.

"Pero", continuó Billig suavemente, volviéndose hacia Phil, "tarde o temprano la atraparán, a menos que....". Y agitó la gran pistola negra que sostenía en su pequeña mano. "Así que será mejor que hables".

El jeep giró bajo el balcón en un bucle mucho más cerrado y se dirigió

hacia atrás, acelerando chirriantemente. Mitzie lo encaró, sonriendo, con las manos tan ligeras en las caderas como antes. Entonces, justo cuando -desde el punto de vista de Phil- se la había tragado hasta la cintura, saltó hacia un lado. Phil sintió que su pie debía de haber rozado el neumático. El jeep se estrelló contra el aire donde ella había estado.

"¡Tonta!" gritó Mitzie.

Brimstine levantó los puños cerrados por encima de la barandilla, miró a Billig y, con un esfuerzo, los dejó caer a los lados. Phil se dio cuenta de que tenía los brazos entumecidos, Jack los agarraba con tanta fuerza. Más allá de Billig, Harris y Dora se inclinaban sobre la barandilla, tan abstraídos como jugadores.

Pero el propio Billig, aunque presumiblemente jugador, no estaba quieto ni atento. "Mire, señor Gish -dijo rápidamente-, yo mismo no quiero ver a esta chica destrozada, y Brimstine está pensando en protagonizar con ella un número de lanzamiento de cuchillos o de esquivar el coche. Esta es probablemente la última oportunidad que tienes de salvarla. ¿Dónde está Romadka? ¿Dónde está el gato?"

Phil ni siquiera le miró.

Una luz de teléfono empezó a parpadear en el panel de control. Billig lo ignoró. *"¿Dónde está el gato?",* repitió.

Pero todo lo que Phil podía pensar, mientras el jeep negro giraba muy apretado junto a la pared del fondo y mientras Mitzie pivotaba para enfrentarse a él, todo lo que podía pensar era que esto ya había ocurrido antes, en la antigua Creta, donde chicas de cintura tan delgada y pelo oscuro como Mitzie se habían enfrentado al toro negro de carga y lo habían esquivado o saltado o dado volteretas sobre sus crueles cuernos, con los pechos tan desnudos como los de Mitzie, oponiendo lo más tierno del mundo a lo más terrible.

La luz del teléfono seguía parpadeando.

El jeep terminó su giro cerrado, Llewellyn y Buck asomándose para equilibrarlo como un velero mientras Carstairs se mantenía firme como la muerte al volante. Entonces chilló hacia Mitzie. Ella esperó hasta que estuvo casi tan cerca como la vez anterior, y luego saltó hacia la izquierda. Rápidamente, casi como si estuviera atado a sus pensamientos, el jeep giró también hacia la izquierda. Pero los pies de Mitzie, que se hundieron tras el primer salto, no la llevaron más lejos, sino que invirtieron su dirección, llevándola de vuelta al lugar que había ocupado primero.

De nuevo el jeep pasó a su lado.

"¡Doble salto!" Aulló Mitzie.

El jeep giró bruscamente y desapareció bajo el balcón. Se oyó un chasquido y luego un sonido enfermizo y áspero, como si el jeep hubiera golpeado la pared pero siguiera avanzando.

Al mismo tiempo, una figura de hombros oscuros y cabeza rosada salió rápidamente por debajo del balcón. Llevaba una bolsa negra. Se detuvo, se inclinó, dejó la bolsa negra en el suelo y la abrió.

El jeep negro salió de debajo del balcón, cojeando pero ganando velocidad.

Algo verde y pequeño sacó la cabeza de la bolsa negra y miró hacia el jeep.

El jeep no se detuvo, pero aminoró la marcha, y Carstairs, Llewellyn y Buck salieron dando tumbos y se alejaron corriendo de la cabeza verde como si del horror mismo se tratara.

El jeep continuó muy despacio y vacilante hacia Mitzie, como un animal cegado y malherido.

La figura de la cabeza rosa caminó rápida y mecánicamente de vuelta bajo el balcón, como si no entendiera el porqué de lo que había estado haciendo. Tardíamente, Phil se dio cuenta de que debía de ser el doctor Romadka.

La luz del teléfono siguió parpadeando.

El gato verde saltó de la bolsa negra y se posó ligeramente a su lado.

"¡Atúrdelo!" Billig acuchilló a Brimstine y Harris.

El gato verde torció el cuello y miró hacia arriba con curiosidad.

Brimstine y Harris miraron a Billig, dieron un paso, se asomaron por encima de la barandilla y se quedaron inmóviles. Detrás de ellos, Dora estaba tan pálida y silenciosa como un fantasma.

Y entonces Phil también lo sintió: la misma ola dorada e invisible de amabilidad y comprensión que había acallado las disputas en casa de los Akeley, pero ahora en un torrente, una marea primaveral.

"¡Atonten a esa cosa de ahí abajo!" exigió Billig. Las arrugas ocultas se mostraban crispadas en su rostro y retrocedía hacia la barandilla como si no pudiera soportar la ola dorada.

Brimstine empezó a meterse la mano en el abrigo, pero en vez de eso cogió el teléfono que había junto a la luz parpadeante. La redada ha comenzado, tal como Greeley nos dijo. Los FBL están entrando por todas partes".

"¡Atúrdelo, te digo! Atrápalo de alguna manera; puede salvarnos", ordenó Billig, abanicando frenéticamente el aire frente a su cara como si quisiera alejar la ola dorada.

Harris se limitó a mirarle. Brimstine negó lenta y desconcertadamente

con la cabeza.

Billig dio un estremecedor grito ahogado y se tapó la boca y las fosas nasales con la mano libre, como si la ola dorada fuera algo que se respiraba con el aire, y se dirigió hacia la barandilla. Con la otra mano levantó el arma hasta que quedó por encima de su hombro.

Una aguja de luz azul sobresalió de cada extremo del cañón e hizo zanjas humeantes en la pared opuesta del garaje y en la pared de detrás. Entonces Billig bajó el cañón sin cesar, alargando las trincheras delantera y trasera. El aire olía a ácido, como mezclado con ozono. El haz azul atenuaba las luces brillantes y lo ensombrecía todo.

El gato verde seguía mirando a Billig con curiosidad. Billig no le devolvió la mirada. Los pequeños músculos de la mandíbula y la sien se abultaron alrededor de la mano que le cerraba la boca y la nariz.

La zanja delantera se clavó en la pared y en el suelo, pasó borracha por delante de Mitzie y del tembloroso jeep, se situó a tres metros del gato verde y vaciló. Se balanceó de un lado a otro, como si hubiera encontrado un círculo mágico que no podía atravesar, y se detuvo.

Jack murmuró: "Sash tenía razón".

Billig dio un gran grito ahogado y empezó a chillar.

Los rayos azules se apagaron. El arma tintineó en el suelo. El chillido se convirtió en un cacareo y Billig se balanceó. Jack saltó para cogerle.

Phil saltó hacia delante y sus dedos tocaron botones que había visto tocar a Billig. Los barrotes de las puertas del garaje se dispararon. Phil estaba en las escaleras telescópicas casi antes de que empezaran a moverse, y las recorrió hasta el suelo a través de capas de ozono punzante y armonía dorada. El jeep se había detenido temblorosamente justo al lado de Mitzie, que lo miraba grogui, con toda la figura floja, como si una ráfaga de viento hubiera podido derribarla.

Cuando la escalera tocó el suelo, el impulso hizo avanzar a Phil media docena de pasos, pero mantuvo el equilibrio y dio media vuelta a la carrera. Cuando se zambulló en la zona comprendida entre el gato verde y el lugar donde había sido abandonado el jeep, sintió un escalofrío de terror repentino y extremo que, incluso mientras lo sentía, empezó a desvanecerse.

Pero apenas tuvo tiempo de preguntarse si había sido eso lo que había asustado a Carstairs y a los demás, porque al instante siguiente estaba gritando "¡Lucky!" y Lucky estaba diciendo "¡Prrt!" y él estaba recogiendo al gato que no se resistía, con sus dedos temblorosos al tocar el pelaje verde, y corriendo hacia Mitzie y el jeep. Su mirada aturdida se había convertido en una sonrisa aturdida de triunfo y orgullo.

La agarró por el codo y tiró de ella hacia el jeep. "¡Sube!", le gritó al oído. "Nos vamos de aquí. Tú conduces".

Un poco de vida pareció volver a ella cuando sus manos tocaron el volante. Pateó el motor de arranque mientras él se apresuraba a entrar a su lado, con Lucky suavemente agarrado a su pecho. "¿Hacia dónde?", preguntó ella con voz gruesa.

"Cualquier puerta de salida", le dijo él.

Con un zumbido bastante sibilante, el jeep arrancó hacia la puerta más cercana. Phil sintió una disminución de la paz dorada que les rodeaba, como si, se dijo, Lucky estuviera descansando. El jeep, aunque ganaba un poco de velocidad, parecía moverse tan despacio como un tobogán escolar. Pero mirando hacia atrás, vio que el grupo del balcón seguía tan inmóvil como maniquíes de exhibición con la energía desconectada, excepto Billig, que volvía a moverse con rapidez.

"Atrápenlos", apenas podía oír la voz entrecortada de Billig implorando, mientras corría de uno a otro. "Matadlos".

El jeep se metió por la puerta alta y arrancó por una rampa.

"¡Dora!" Phil oyó gritar a Billig. "Coge mi orto y mátalos".

El efecto de la onda dorada debía de estar desapareciendo, pensó Phil, porque justo cuando la parte superior del portal le cortaba la visión vio a la rubia violeta agacharse rápidamente detrás del muro de guardia.

Al segundo siguiente, un rayo azul destelló, y humo y salpicaduras estrelladas salpicaron justo detrás del jeep. El rayo se movió hacia arriba y se encontró con la parte superior del portal. Hizo una muesca, se acercó un poco más a ellos y luego fue detenido por el grosor del muro. La rampa giró y Phil vio a media docena de hombres con el uniforme de guardia de la compañía Fun Incorporated. Dos de ellos habían desenfundado sus armas y los otros cuatro no. Parecían estar discutiendo apresuradamente sobre algo. Se volvieron y vieron el jeep. Los dos que llevaban armas las levantaron y los otros echaron mano a las suyas.

Entonces Lucky se sentó en el regazo de Phil recto como la estatuilla de Bast, y Phil sintió que soltaba otra de aquellas grandes ondas doradas invisibles. Phil pudo darse cuenta del momento en que golpeó a los guardias por el repentino cambio en sus duros rostros. Observaron el jeep con asombro y sonrisas incrédulas mientras pasaba.

Más adelante se acercaron a una extensión de luz fría y gris, contra la cual se recortaba parcialmente la silueta de una veintena de hombres fuertemente armados, aunque avanzaban cautelosamente por las

paredes. Llevaban pistolas, redes y aerosoles que podían inmovilizar rápidamente a los hombres en capullos de plástico, y lo que parecían jaulas de pájaros.

Apuntaron sus armas, pero una vez más y más poderosa que nunca, tan poderosa que hizo que Phil se estremeciera de comprensión, la ola dorada avanzó para engullirlos. Una vez más, el jeep se deslizó entre rostros atónitos y preocupados que sonreían a su pesar. Mientras el jeep se adentraba en el fresco y sombrío amanecer, Phil acarició el suave y elástico pelaje de Lucky y murmuró: "Pequeño pacificador. Incluso has calmado al FBL".

Lucky lo miró con coquetería y luego bostezó tremendamente y se acurrucó en el regazo de Phil. La sensación de armonía dorada disminuyó hasta que sólo quedó un fantasma de ella.

"Lo sé", dijo Phil, "estás cansado de tanto hacer las paces". De repente, él mismo se sintió extremadamente cansado, pero continuó diciendo, con sílabas arrastradas: "Lucky, no me importa si vienes de Egipto, de Rusia o de las selvas del Amazonas: eres bueno para Estados Unidos".

XIII

El jeep doblaba las esquinas sin cesar, interponiendo entre él y Fun Incorporated una manzana tras otra de las vacías calles del nivel superior de la madrugada. Phil se preguntó si podría ser rastreado por los ojos eléctricos que se decía que había en cada intersección, pero olvidó la pregunta antes de que se convirtiera en una preocupación. Lucky tenía un regordete donut verde en el regazo. Sintió un sueño insoportable y deseó poder deslizarse suavemente hacia algún universo carente de luz, sonido y gravedad.

Pero antes de quedarse dormido miró a Mitzie. Tenía el rostro rígido, orgulloso y burlón, aunque dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Phil se sintió más molesto que sorprendido o compasivo. Nadie, se dijo, tenía derecho a permitirse semejante estado de ánimo en presencia de Lucky.

Decidió que Mitzie necesitaba que le restregaran suavemente ciertas verdades. "Nuestra fuga no es nada para inflarse", dijo suavemente. "Lucky lo hizo todo. Aunque admiré tu valentía esquivando el jeep".

Mitzie no le miró, pero afinó los labios.

"El episodio del jeep fue instructivo", prosiguió Phil, empezando a retorcer un poco el cuchillo angelical. "Te mostró exactamente qué clase de gloriosa camaradería criminal tenías con esos tres matones. Pero ahora -continuó, templando la justicia con misericordia- has descubierto que tu romántica adoración del mal no vale ni un chasquido de dedos ante el verdadero amor y la comprensión. ¿Eh, Mitzie?"

Mitzie dejó que el coche avanzara desganadamente hasta detenerse. Phil fue vagamente consciente de que estaban aparcando en un sendero lleno de baches y sin salida, en una plaza descuidada y llena de arbustos con edificios altos alrededor. Se echó hacia atrás, sonriendo somnoliento, con los dedos jugando con el pelo elástico de Lucky. Esperaba complacido los sollozos de Mitzie.

En lugar de eso, el asiento rebotó y la puerta del jeep se cerró de golpe.

Miró a su alrededor. Mitzie estaba de pie fuera del jeep sobre un fondo sombrío de arbustos enmarañados y rascacielos brumosos y silenciosos.

De repente se inclinó hacia él, apoyándose en la puerta con los brazos rígidos. Inspiró con fuerza y sus pequeños y tiernos pechos se alzaron en sus medias copas de satén negro.

Ahora, se dijo, debe ocurrir. Ella debe rendirse, sollozando, al poder de Lucky.

"Te odio, Phil," dijo ella intensamente. "Quieres verme convertirme en gelatina". Nuevas lágrimas brotaron de las esquinas interiores de sus ojos, pero su expresión se hizo más feroz. "Carstairs, Llewellyn y Buck pueden haber intentado matarme, pero al menos me dieron la oportunidad de ser algo. Me permitieron la dignidad de ser odiada. No intentaron ahogarme en bazofia.

"Lo que deseo es gloria", continuó con una voz que ciertamente debería haber sonado ahogada, salvo que ella simplemente no lo permitió. "Quiero mi tipo de gloria, no importa lo barata y egoísta que creas que es, porque es lo único que brilla y es valiente en un mundo de mala calidad y cobarde. Quiero escupir en el ojo del mundo y luego enfrentarme a él, cuando venga balando en busca de venganza, como me enfrenté a este jeep".

"Pensé que eras valiente allí", Phil temporizó, preguntándose porqué el poder diabólico de Lucky, que había metido a veinte hombres en una grieta, tardaba tanto en tomar efecto en una sola muchacha equivocada.

"Ahórrame cualquier elogio que sea una cubierta para la bazofia", Mitzie dijo mordazmente. "Oh, sé lo que esa bestia de escuela dominical que tienes en tu regazo puede hacer, y sé lo que quieres que ocurra. Sólo tengo una cosa de titanio en mí, todo lo demás es papilla apestosa. Quieres ver esa única cosa romperse. No, peor, quieres verla ablandarse. Pues no voy a dejar que eso ocurra". Se levantó y apartó las manos de la puerta.

De repente Phil sintió una especie de preocupación somnolienta. Pasó la mano por el pelaje de Lucky y luego lo sacudió vacilante. "Despierta", dijo inquieto.

Lucky se limitó a ronronear. O tal vez fue un pequeño ronquido.

"Adiós para siempre, Phil", dijo Mitzie, dándose la vuelta.

"No, espera", dijo Phil de repente, encorvándose al fin en su asiento. "No te vayas todavía". Volvió a sacudir a Lucky, casi con brusquedad. "Despierta", exigió. "Detenla".

El pequeño dios colgaba de sus manos como un trapo verde.

Phil dejó a Lucky en el asiento de al lado y empezó a salir del coche. Pero, de repente, una oleada de profunda melancolía se apoderó de él. Sabía que algo precioso se le estaba escapando, pero no estaba seguro de que fuera realmente precioso y no sabía si tenía derecho a impedirlo. Además su dios le había fallado y seguía teniendo un sueño increíble.

Así que vio a Mitzie alejarse de él tan irrevocablemente como el tiempo, y no hizo nada excepto volver a subir a Lucky a su regazo. La vio alejarse a grandes zancadas por los arbustos neblinosos como una

ninfa orgullosa y furiosa, con la espalda erguida y la cabeza muy alta, y también, supuso, aquellos pechos encantadores y ridículos con los que insistía en enfrentarse al mundo entero.

Durante un tiempo que le pareció largo, observó la esquina oscura y vacía en la cual ella había doblado. Estaba congelado en un aturdimiento hipnótico que temporalmente le servía para dormir. De vez en cuando cruzaban por su mente pensamientos, pero eran cosas sombrías y no perduraban. Una vez se le ocurrió que Lucky podría haber sido incapaz de retener a Mitzie porque sus esfuerzos anteriores habían agotado sus poderes; no se podía esperar que los dioses pequeños exudaran varias grandes ondas doradas sin sufrir algunos leves efectos secundarios.

Se le ocurrió que en ese mismo momento debía de estar siendo objeto de furiosas pesquisas por parte de la Oficina Federal de Lealtad, de los matones de Fun Incorporated, de Romadka y sus alegres amigos, quizá incluso del bueno de Carstairs, Llewellyn y Buck. Sin embargo, no sintió miedo ni ganas de trazar un plan. La tenue esquina que observaba se iluminó, pero permaneció vacía.

Cuatro pies se definieron en la presión en forma de rosquilla sobre su regazo. Lucky se estiró, se sacudió, miró a Phil con los ojos más brillantes y ronroneó: "Prrrt-prt".

"Eres un buen gato", se quejó Phil malhumorado, sintiendo sus propios ojos nada brillantes. "Te echas a dormir justo cuando más te necesitaba".

Lucky hizo caso omiso de estas críticas. "Prrrrt-prt", repitió perentoriamente.

Pero ahora que su aturdimiento hipnótico se había roto, Phil volvió a sentir un sueño excesivo. "Conozco a ese maullido", murmuró entre dientes al borrón verde más allá del cerco brillante de sus pestañas. "Tienes hambre. Bueno, supongo que te mereces comer después de todas las maravillas que has hecho. Pero ahora mismo no tengo salsa de arándanos. Te traeré algo de comer... más tarde...".

"¡Prrrrt-prt!" exigió Lucky en el tono indignado de un honrado obrero que se ve estafado en su paga.

Pero Phil estaba fuera del alcance de cualquier apelación. "Buenas noches", le dijo a Lucky de la manera más amable posible y se marchó.

Soñó con cosas lejanas, extrañas y ominosas, aunque brumosas. Soñó con oscuros bosques frondosos y pequeños animales que chillaban. Los chillidos se hicieron más fuertes y huyó de su sueño completamente hacia el jeep aparcado en la entrada sin salida de la pequeña plaza.

Por un momento le pareció ver los fantasmas de los árboles de fronda oscura y oír el eco de los chillidos del sueño, pero luego se dio cuenta

de que los primeros eran los arbustos sin podar de la plaza, mientras que los segundos eran los chillidos y gritos de colegialas que salían de un edificio situado más allá.

Se dio cuenta, aturdido, de que debían de venir de la escuela, no, de la escuela de la tarde, ya que la luz del sol no entraba profundamente en la plaza, y de que él debía de haber dormido aquí sin ser molestado en todo el día.

Y entonces, se dio cuenta de que su regazo y su corazón estaban fríos y que Lucky se había ido.

XIV

El primer impulso de Phil fue saltar del jeep y buscar por los alrededores. Pero un escalofrío en su corazón le decía que Lucky estaba más lejos que eso. Además, el lugar era una selva regular y un hombre podría cazar a través de ella para siempre cualquier cosa del tamaño de un gato.

No reconoció la plaza en absoluto, pero adivinó por las colegialas que estaba en un barrio residencial intelectual. Al principio pensó que se trataba de un colegio para chicas, pero luego se fijó en algunos chicos solitarios entre los alumnos que volvían a casa y decidió que la mayoría de las familias de la zona debían de tener deliberadamente el mayor número posible de chicas. Cuando fue posible determinar el sexo mediante la centrifugación del esperma humano para separar los tipos masculino y femenino, la mayoría de los padres decidieron tener hijos varones, especialmente para su primogénito. A menudo se decían a sí mismos que tendrían hijas más adelante, pero desgraciadamente las familias pequeñas eran la norma. La sobreproducción de varones resultante había dado lugar a algunas leyes estatales ineficaces que prohibían la determinación del sexo, a un intento infructuoso de autorregulación por parte de la profesión médica, a mucha palabrería en el Congreso y a un movimiento casi fanáticamente decidido entre una clase de personas reflexivas a producir sólo hijas. Esta última clase, además de buscar equilibrar la proporción de sexos, quizá tenía en mente el hecho o el rumor de que se había logrado la partenogénesis humana. Phil se acordó de una charla sobre el video shock de un domingo por la tarde: *¿Las mujeres nacidas de vírgenes serán nuestras únicas intelectuales?*

Otros aspectos del barrio que rodeaba la plaza encajaban con su conjetura. Los rascacielos eran bajos, los anuncios carecían de vida, el tráfico era escaso y no había bólidos.

Dejó que su mirada recorriera los pisos diminutos, preguntándose adónde habría ido Lucky. Mientras lo hacía, encendió la radio del jeep.

"... mientras se cree que el Hombre Misterioso Billig, cerebro de Diversión Incorporada, ha huido del país. Esta noche, a las 8:30 hora de Nueva Washington, el presidente Barnes se dirigirá a todos nosotros, los estadounidenses, en parte para acallar el pequeño clamor, inspirado por el sindicato, por la ilegalización de la lucha libre entre hombres y mujeres y el jukebox burlesque, pero sobre todo para explicar a una ciudadanía asombrada todas las razones que hay detrás de los cargos presentados esta mañana por el gobierno federal contra sesenta y nueve altos funcionarios. Predigo -y recuerden que esto es

sólo mi suposición personal libre de difamación, amigos- que el presidente revelará que Fun Incorporated ha estado vendiendo píldoras de ensueño, pastillas de esterilidad temporal, y estoy tan sorprendido y asqueado como ustedes, amigos, robots femeninos equipados para un funcionamiento obsceno.

"He aquí un flash importante sobre la historia de los gatos. Los gatos no son portadores de ninguna infección y bajo ninguna circunstancia deben ser eliminados, ya tengan dueño, sean callejeros o se encuentren en un callejón. De hecho, a cualquier persona que mate un gato le espera una dura pena de cárcel. Pero todos los gatos con dueño deben ser llevados al puesto de seguridad más cercano, mientras que cualquier persona que vea un gato callejero o vagabundo debe hacer lo mismo. Hay una dura pena por no hacer lo primero, y una recompensa de cien dólares por hacer lo segundo. ¡A trabajar, niños! ¿Por qué este repentino interés federal por los gatos? El Servicio Nacional de Salud guarda silencio. Pero su locutor respalda este rumor altamente responsable: se ha descubierto que una rara cepa de gato es portadora de un virus que destruye el cáncer. ¿No sería agradable, amigos, saber que, una vez crecido del todo, no volvería a crecer, en ninguna parte ni lugar?

"Pero recordad esto, queridos oyentes, y os lo diré en marciano: ¡Zip-zap-zup! Significado: ¡Traigan a los gatos!

"En cuanto a este reportaje, amigos, esa handie-supernova Zelda Zornia, de vacaciones en Brasil, hizo un handiecast al sur del ecuador anunciando joyas de baño; permítanme asegurarles que la gente de vida limpia....".

Phil aclaró su mente, tratando de ponerse en el lugar de Lucky, de sentir la dirección en la que el gato se había alejado. Su cabeza osciló dubitativa de un lado a otro, como la aguja de una brújula o una plancheta, pero finalmente se detuvo. Salió del jeep y caminó en línea recta, sin desviarse por los arbustos polvorientos y crepitantes, sino atravesándolos.

Apartó un último seto desgreñado y se encontró mirando a través de la calle vacía una casa tan antigua como la de los Akeley, pero con el cielo libre por encima.

Construida con ladrillos antiguos, tenía tres pisos y un aspecto tan pomposamente respetable como el de un banquero del siglo XIX. Descansaba tranquilamente sobre una terraza tan cubierta de maleza como la plaza y rodeada por una elevada verja de hierro.

La única nota incongruente la ponía un objeto en forma de platillo de unos quince metros de diámetro colocado sobre un armazón en lo alto del tejado plano. A juzgar por el verde apagado de su parte inferior,

podría ser de cobre. Parecía casi tan antiguo como la casa e igual de correcto, como si el banquero del siglo XIX hubiera decidido llevar una boina verde y desafiar a cualquiera a fijarse en él.

Phil cruzó la calle, subió unos escalones y miró a través de la verja de hierro. Divisó, junto a la anticuada puerta de pomo de la casa, una placa de bronce deslustrado en la que se leía: "Fundación Humberford".

Miró hacia atrás con inquietud. En el lugar donde supuso que estaba el jeep, pudo ver las cabezas y los hombros de dos sujetos vestidos de negro. El negro le recordó desagradablemente al atuendo deportivo de Billig y sus "*yes men*". Parecían estar discutiendo. Uno de ellos dio un paso adelante, como si fuera a subir al jeep, pero el otro tiró de él hacia atrás y se alejaron a toda prisa, no en su dirección, notó Phil con cierto alivio.

Dio un pequeño empujón a la verja de hierro. Se abrió con un oxidado "*Harrumph*" que hizo que Phil se encogiera disculpándose. Pero no ocurrió nada más, así que al cabo de un minuto se deslizó a través de ella y empezó a echar un vistazo a la maleza y a deambular por ella, gritando en voz baja "¡Lucky!".

De vez en cuando miraba en dirección al jeep y una vez vio las cabezas con cascos de radio y los uniformes azules de tres policías. Se preguntó si la próxima vez que mirara vería al doctor Romadka, o a los Akeley, o tal vez a Carstairs, Llewellyn y Buck, y se estremeció al pensar lo cerca que había estado de ser atrapado por alguien.

Pero el siguiente sobresalto le llegó de algo más cercano. Había rodeado la casa, después de haber husmeado por su patio trasero, igualmente sin vida y cubierto de maleza, cuando vio a un hombre de cabello oscuro que lo miraba a través de la valla.

Lo más inquietante del sujeto era que se parecía mucho a la chica a la que Phil había visto desnudarse en la habitación de enfrente. La chica con pezuñas. Aquel hombre tenía la misma expresión vital y faunística.

Phil se quedó helado. Pero el hombre se limitó a bostezar, se dio la vuelta y se alejó arrastrando los pies, tarareando o ululando una pequeña melodía que a Phil le puso la piel de gallina porque le recordaba a algo de su sueño.

Para el caso, toda la experiencia se estaba volviendo muy onírica para Phil: la casa silenciosa, el jardín descuidado, la búsqueda inútil, el recuerdo melancólico de la partida de Mitzie, la poderosa sensación de un pasado muerto. Pero la sensación de que Lucky estaba cerca seguía siendo fuerte y después de un rato Phil se dio cuenta de que tendría que hacer algo de lo que había estado retraído.

De mala gana subió los escalones del portal, alcanzó el picaporte y luego, para aplazar el mal momento un poco más, gritó "¡Lucky!" varias veces a lo largo del porche poco profundo a ambos lados.

Alguien detrás de él preguntó agradablemente: "¿Busca un gato?".

Phil se dio la vuelta sintiéndose culpable y se encontró frente a un hombre muy viejo, tan alto y frágil como un fantasma, y aparentemente tan silencioso como uno, ya que Phil no le había oído subir por el paseo. Su rostro chupado y arrugado, coronado por una cabellera blanca muy corta, le resultaba inquietantemente familiar. Tenía algo de la grandeza de un asceta precristiano, pero había en él una nota de humor de Puck, como si su dueño hubiera llegado a una sabia segunda infancia. Aunque el corazón de Phil latía con fuerza ante la pregunta alarmantemente certera, se dio cuenta de que el hombre le había caído bien a primera vista.

Como vacilaba, el anciano prosiguió: "Mi interés, por cierto, es puramente académico, o bien curiosidad infantil, que viene a ser lo mismo". Sus ojos brillaron pícaramente. "¿Es por casualidad un gato verde?", preguntó rápidamente a Phil. "No, no tiene que responder a esa pregunta, al menos no más de lo que ya lo ha hecho. No quiero angustiarle. Es sólo que tengo una mente que automáticamente hace primero las deducciones descabelladas".

Sonrió a Phil, quien, aunque nervioso, se encontró sonriendo.

"Tal vez seas periodista -continuó el anciano amablemente-, o al menos podemos fingir que lo eres. El doctor Garnett siempre llama a la prensa cuando la Fundación Humberford hace un descubrimiento, aunque lamento decir que la prensa dejó de venir hace unos veinte años. Habían dejado de pensar en la parapsicología como algo de interés periodístico. Pero tal vez haya habido tiempo para criar una nueva raza de periodistas con un renovado interés por el esping y todas las teles. En cualquier caso Garnett y todo el personal estarán encantados con la presencia de un hombre de prensa".

"¿Quiere decir que la Fundación Humberford investiga la percepción extrasensorial y esas cosas?". preguntó Phil.

"Deberías saberlo, ya que te han enviado aquí para conseguir una historia", dijo el anciano con tono de reproche. "Aun así, los periodistas no suelen tener ni la más remota idea de lo que les han enviado a informar, así que estás disculpado".

Phil volvió a sonreír. No tenía la menor idea de cómo el viejo sabía acerca de Lucky o cuál era su posición en el panorama general, excepto que se sentía extrañamente seguro de que el viejo no tenía nada que ver con las organizaciones que querían atrapar a Lucky. Y la pícara pretensión del viejo de que Phil era un reportero podría al

menos hacerle pasar la imponente puerta y permitirle espiar por los alrededores.

"¿Así que la Fundación Humberford ha hecho un nuevo descubrimiento en parapsicología?", dijo conversando.

El otro asintió. "El doctor Garnett estaba muy emocionado. Tanto que no tuvo tiempo de explicarme de qué se trataba, salvo que habían empezado a obtener unos resultados asombrosos... y esta misma mañana. Así que me apresuré a ir. El buen esp es propenso a desaparecer, así que es mejor conseguirlo cuando está caliente. Tengo una orden permanente con Garnett para que me llame en el momento en que algo empiece a parpadear. Tengo las mismas órdenes con prácticamente todos los laboratorios científicos de la zona, aunque los demás no siempre me llaman. Pero, gracias a Thoth, Garnett no trabaja en un campo que esté bajo la égida benigna de la seguridad y él mismo no es nada preocupado por la seguridad. De hecho, no estoy seguro de que haya oído hablar del FBL. Así que puede que consiga una auténtica primicia, señor...".

"Gish. Phil Gish."

La delgada mano del anciano apretó la suya con un toque leve. "Morton Opperly."

Phil lo miró fijamente durante unos segundos y luego jadeó: "¿El...?".

El otro asintió con un encogimiento de hombros compungido. Phil lo asimiló. Se trataba de Morton Opperly, que había trabajado en el Proyecto Manhattan, cuyo nombre aparecía junto al de Einstein en el Pacto de los Físicos, que había intentado sin éxito que lo encarcelaran por negarse a investigar durante la Tercera Guerra Mundial, que se había convertido en una leyenda. Phil siempre había supuesto vagamente que había muerto hacía años.

Contempló al reputado físico con feliz asombro. La pregunta que surgió sin esfuerzo en sus labios fue un testimonio de la capacidad de Opperly para crear una atmósfera de libre discusión ilimitada desconocida desde 1940.

"Señor Opperly, ¿qué son los ortos?".

"¿"Ortos"? Eso podría ser la abreviatura de cualquier número de términos científicos, Phil, pero apuesto a que te refieres a los que disparan. Esos son orto-fisionables. El problema con los fisionables ordinarios -o fisionables en circunstancias ordinarias- es que los fragmentos y neutrones salen disparados en todas direcciones y la masa crítica es grande. Pero si se alinean todos los átomos fisionables con su eje de espín apuntando en la misma dirección, todos se dividen en el mismo lugar y cada neutrón golpea el núcleo del átomo contiguo. Debido a este último hecho, todos los neutrones se

consumen y la masa crítica se vuelve diminuta. La mitad de los fragmentos vuelan en una dirección, la otra mitad en la otra, lo que la convierte en un arma muy desagradable y conveniente, excepto que tiene que petardear".

"¿Cómo se alinean los átomos?" preguntó Phil con entusiasmo.

"Temperatura cercana al cero absoluto y un campo eléctrico", dijo Opperly, tocando un botón junto a la puerta. "Lo más sencillo del mundo. Los nuevos aislantes pueden mantener el cargador de una pistola a un grado Kelvin durante semanas, y transportar suficientes perdigones fisionables para disparar rápidamente, con el efecto de un rayo constante, durante más de un minuto. ¿Planeas fabricarte un orto en tu taller casero, Phil? Me temo que no venden ese kit. Todo lo que te he dicho es de máxima seguridad, pena de muerte y todo eso. Pero me estoy volviendo tan senil que no entiendo las normas de seguridad. Soy propenso a balbucear cualquier cosa. Sigo diciéndole a Bobbie T. que algún día tendrá que hacerme ortocutar, pero como todo el mundo, se niega a tomarme en serio. Es el truco que usaron conmigo en la Tercera Guerra Mundial y nunca lo han olvidado".

"¿Bobbie T.?"

Opperly hizo otra de sus muecas de disculpa. "Barnes. Presidente Robert T. Barnes. Fuimos miembros fundadores de la Midwest Starship Society. Claro que entonces sólo era un afeitador y ahora es un zorro enamorado que cita las escrituras, pero los sueños compartidos tienen una forma de vincular a la gente permanentemente. Lo visito de vez en cuando y le enseño mi insignia de la Starship. Es una de mis fuentes de información sobre lo que ocurre en el mundo, aunque los servicios de seguridad no le cuentan demasiado. Así es como me enteré de lo del gato verde".

Phil se estaba poniendo ansioso por preguntarle a Opperly qué había averiguado, cuando oyó pasos detrás de él.

Un hombre que parecía hermano de la chica con pezuñas estaba de pie en el portal.

Justo entonces se abrió la puerta de la mansión, revelando a un hombre de aspecto erudito cuyo rostro se crispaba de excitación y nerviosismo. Su abrigo tenía dos abultados bolsillos de maletín, mientras que su chaleco estaba atiborrado de suficientes microlibros como para componer una docena de enciclopedias, además de dos microlibros con estilete y una pluma estilográfica. Tenía el pelo canoso y ralo, y llevaba un antiguo pince-nez que le crispaba la nariz.

"¡Dr. Opperly!" saludó con una voz aguda que expresaba a la vez inquietud y alegría. "¡Viene en un momento de torbellino!"

"Así me gustan, Hugo", le dijo Opperly. "¿Dónde está Garnett?"

Pero el otro estaba mirando a Phil, que decidió que el tic era permanente. De momento su dueño lo utilizaba para expresar indagación y leve aprensión.

"Oh", dijo Opperly despreocupadamente, "este es Phil Gish, de la prensa". Le brillaron los ojos. "De la U. S. Newsmoon, de hecho. Phil, este es Hugo Frobisher, Doctor en Filosofía, ya sabes, el nuevo grado superior. Yo sólo soy un humilde doctor".

Pero Frobisher estaba radiante ante Phil como si fuera un donante con un cheque de 100.000 dólares. "Esto es muy gratificante, señor Gish", dijo. Luego sacó un microlibro y colocó sobre su campo blanco el lápiz óptico cuyos movimientos se reproducirían en una diezmilésima parte del espacio de la cinta que había dentro. "¿Dice usted que es del U. S. Newsmoon?"

En ese momento, el hombre de la puerta se acercó detrás de ellos. Phil sintió una ráfaga de inquietud, pero el recién llegado se limitó a dedicarles una gran sonrisa inocente que resaltaba toda la belleza de su rostro de fauno.

"Yo también, soy de La Prensa", anunció alegremente. "Os presento a Dion da Silva. Encantado".

Frobisher parecía a punto de derretirse de gratificación, aunque la alegría de da Silva era sin duda contagiosa en general. "¿De qué periódico?" preguntó Frobisher.

Phil observó que Opperly estudiaba atentamente al recién llegado. Este último estaba teniendo problemas con la pregunta de Frobisher.

"¿Qué quiere decir?", replicó, juntando sus desgreñadas cejas en un ceño fruncido.

"La Prensa", respondió de repente Opperly. "El señor da Silva representa a *La Prensa*".

"Así es. Gracias", confirmó da Silva.

Phil habría jurado que Opperly no había visto nunca a da Silva y que éste no había oído hablar de *La Prensa.*

Sin embargo, Frobisher pareció aceptar la explicación. "Pasen, pasen, caballeros", instó, aleteando hacia atrás. "Estoy seguro de que primero querrán recorrer nuestro pequeño establecimiento y echar un vistazo a todos nuestros proyectos. El trasfondo de la historia, ya saben".

"Estoy seguro de que querrán ir directamente a Garnett y conocer la historia en sí", le aseguró Opperly. "¿Dónde está Winston a todo esto, Hugo?"

"A decir verdad, no tengo la menor idea del paradero del doctor Garnett", respondió Frobisher con primorosa satisfacción. "Han aparecido cosas por todas partes desde esta mañana. En todos los

proyectos. En cualquier caso, tendríamos que recorrer la Fundación para encontrarle".

Opperly lanzó a Phil una mirada de resignación humorística. Dion da Silva pasó junto a Phil, enseñando a todos sus blancos y anchos dientes y diciendo: "Está bien, está bien". A Phil se le levantó el ánimo. Estaba seguro de que se acercaba a Lucky.

XV

En su interior, la Fundación Humberford era una lúgubre mansión eduardiana en la que se había injertado a grandes rasgos una empresa científica agradablemente desorganizada. Estanterías acristaladas con libros encuadernados en piel que no se habían abierto en décadas se codeaban con archivos de microfilmes recortados. Retratos ennegrecidos de John Junius Humberford y sus antepasados miraban desde arriba a máquinas para barajar las eternas cartas del Rin y a pantallas fluorescentes en profundidad que mezclaban una docena de grabaciones de una onda cerebral hechas desde distintos ángulos en la sombría semblanza de un pensamiento humano. Los salones majestuosos que hacían pensar en polisones y tazas de té albergaban, en cambio, muchachas de rostro solemne y escasa ropa con electrodos conectados a veinte partes del cuerpo. Técnicos de laboratorio con batas sueltas se atascaban los talones en alfombras centenarias.

Pero aquel día había una excitación que relegaba a un segundo plano la mitad eduardiana del lugar e iluminaba la mugre misma de las paredes. El canciller Frobisher y su séquito de visitantes pasaron desapercibidos. Las muchachas que llamaban triunfalmente a las cartas del Rin los miraban sin ver. Los clarividentes que dibujaban objetos imaginados por otra persona a tres pisos de distancia no levantaban la vista de sus pizarras. Un técnico salió corriendo con una gran jeringuilla y tomó muestras de aire delante de sus narices sin que parecieran darse cuenta de su presencia. Los motores de correlación zumbaban y escupían tarjetas.

Phil estaba tan ocupado buscando a su gato verde que apenas oía lo que Frobisher les contaba.

Ocasionales frases explicativas de tono agudo flotaban de vuelta a Phil: "... su 117.318ª pasada por las cartas... comunión telepática con animales inferiores... quizás algún día comparta los pensamientos de una ameba....". No, realmente no sé dónde está el Dr. Garnett, estoy ocupado con visitas importantes, Srta. Ames ... la telequinesis hará que las manitas queden obsoletas...."

Avanzando penosamente detrás de da Silva por las escaleras hasta el piso superior, Phil empezó a escuchar a Frobisher consecutivamente. El Canciller de Filosofía decía: "Ahora, en la sala que voy a mostrarle, se está llevando a cabo un experimento de telepatía completa. Cuando la telepatía esté perfeccionada, será posible que dos individuos pongan sus mentes una al lado de la otra y comparen todos sus pensamientos y sentimientos en bruto, por así decirlo".

"¡Eso suena bien!", intervino da Silva.

Frobisher frunció el ceño ante la interrupción antes de recordar que era un periodista el que hablaba. Continuó sonriendo: "En este caso, sin embargo, sólo tenemos una etapa preliminar: dos individuos, por medio del habla prolongada, la escritura, el dibujo, la expresión musical y demás, están intentando compartir sus pensamientos más íntimos hasta tal punto que tenderán a convertirse en telepáticos, como parece ser el caso de algunos maridos y esposas." Cuando llegaron al final de la escalera, Frobisher continuó un poco sin aliento: "Por cierto, el joven de este experimento es uno de nuestros *espers* más constantes, mientras que la joven es una jugadora de poca monta que dedica amablemente su tiempo libre a la ciencia".

Hizo una pausa con la mano en el pomo de una antigua puerta de latón.

"No les molestemos, Hugo", sugirió Opperly un poco débilmente, apoyándose en la pared aunque sin mostrar otros efectos de la subida. "Parece un experimento bastante íntimo".

Frobisher sacudió la cabeza. "Como digo", pronunció, "estos dos investigadores pretenden poner sus mentes una al lado de la otra".

Abrió la puerta, miró dentro, dio un grito ahogado y se apresuró a cerrarla de golpe, aunque no antes de que da Silva, que miraba por encima de su hombro, emitiera una carcajada apreciativa y algo relinchante.

"Como digo, sus mentes", repitió Frobisher, alejándose de la puerta un poco a trompicones. "Quizá tenga razón, doctor Opperly, será mejor que no les molestemos. La investigación es a veces un asunto agotador". Miró con aprensión al supuesto representante de *La Prensa*. "Confío, señor da Silva-"

"¡Excelente!", le aseguró da Silva con entusiasmo.

Frobisher lo miró sin comprender, se sacudió un poco y dijo, enérgico: "Ahora me queda, caballeros, darles una ojeada a nuestro proyecto culminante: el del tejado. Si me acompañan por esta escalera circular, ...".

"Creo que me quedaré aquí, Hugo", le dijo Opperly. "Recorrer la investigación también puede ser agotador".

"Pero me imagino que el Dr. Garnett debe estar en el tejado".

"Entonces díganle que baje".

Mientras Phil subía por el mohoso cilindro iluminado por pequeñas ventanas en forma de ojo de buey, con los pies repiqueteando en los desgastados peldaños de metal, se le ocurrió que Lucky ciertamente parecía haber estado teniendo un día de campo allí, uniendo a la gente en la comprensión y el amor y lo que no. De hecho, le daba

envidia la forma en que Lucky repartía sus favores.

Desde atrás, la voz quisquillosa del canciller Frobisher se filtró. "Debo prologar este ascenso diciendo que uno de los principales motivos de J. J. Humberford para establecer la Fundación fue la convicción de que la humanidad pronto se destruirá a sí misma a menos que intervenga algún poder superior. Así que nos sentimos obligados a aplicar los escasos conocimientos de esping que hemos adquirido a la búsqueda de dicha intervención. Aunque sólo haya una posibilidad entre un millón de contactar con una potencia superior en algún lugar del universo, lo que está en juego es tan grande que no debemos pasar por alto esa posibilidad. Por cierto, caballeros, tengan cuidado con el penúltimo escalón. No hay ninguno".

Phil, que acababa de poner el pie, se detuvo, dio un paso más y al momento siguiente estaba en el tejado. El espejo de sodio que orbitaba alrededor de la Tierra derramaba luz solar, aunque apenas la suficiente para explicar las gafas oscuras que Frobisher les entregó a él y a da Silva.

Phil estudió brevemente la parte inferior color verde grisáceo del platillo que cubría la mayor parte del tejado. Observó las endebles vigas que lo sostenían y frunció el ceño al inspeccionar el pequeño ático que había bajo su centro. Entonces Frobisher les instó a él y a da Silva a subir por una escalera que conducía a una pequeña plataforma situada junto al borde del platillo.

Al llegar a la plataforma, Phil se dio cuenta al instante de la necesidad de las gafas oscuras. El interior del platillo estaba tan pulido que incluso la luz solar reflejada por el sodio destellaba en él con un brillo marrón pálido. Cerró los ojos y se puso rápidamente las gafas negras.

"Como usted sabe", decía Frobisher, "la naturaleza exacta de las ondas del pensamiento es desconocida. Puede ser que se muevan instantáneamente, o al menos a velocidades muy superiores a la de la luz. Aún no hemos conseguido una cifra sobre ellas, aunque hemos cronometrado cuidadosamente transmisiones de pensamientos entre aquí y Montevideo, pero el factor humano o fisiológico nos confunde. Puede que no sean ondas en absoluto. Por otra parte, es posible que se reflejen y refracten como la luz ordinaria".

"Es cierto", intervino da Silva, un vago borrón al lado de Phil, que aún no se había repuesto de la primera visión cegadora del interior del platillo.

"¿Eso crees?" preguntó Frobisher secamente.

El representante de La Prensa, con aspecto de fauno, encogió sus musculosos hombros. "Sólo son suposiciones", dijo.

"En cualquier caso", continuó Frobisher, "estamos trabajando en esta

última suposición. Esta estructura de cobre es un espejo parabólico. Las ondas del pensamiento que se originan en su foco se concentran en un haz que se dirige hacia arriba, hacia el cielo, hacia cualquier sistema planetario estelar que pueda encontrarse por encima".

"Asombroso", gruñó da Silva. "Eso lo explica todo".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Frobisher bruscamente.

"Sólo humildad ante las maravillas de la ciencia", le dijo da Silva.

Frobisher asintió. "Tiene razón", dijo. "¿Quién sabe si el mensaje que ahora se transmite, con su petición de ayuda a una humanidad engañada y amenazada por la guerra, puede ser recibido algún día o algún siglo por una raza verdaderamente madura y benigna, que acudirá rápidamente en nuestra ayuda? A propósito, Sr. Gish, cuidado con esa barandilla. Está rota".

Phil apartó la mano de la tubería oxidada. "Sí", le dijo a Frobisher, "pero, ¿cómo se originan estas ondas de pensamiento en el foco?".

"Sólo mire", le dijo Frobisher. Phil entrecerró los ojos estudiando el reluciente platillo a través de sus gafas oscuras y éste dejó de ser un amasijo de reflejos. Proyectándose desde un agujero en el centro del plato había una mancha de color rojo parduzco que llevaba unas gafas que parecían hechas de un cristal más oscuro que sus propias gafas. Los labios de la mancha se movieron y Phil oyó una voz inquietantemente familiar que decía: "S-O-S, tierra. S-O-S, Tierra".

"Nuestro esper estrella", se rió Frobisher, "si me perdonas un juego de palabras al que somos bastante aficionados. Para estar seguros, son ondas de pensamiento, no ondas de sonido, lo que está originando, pero le ayuda si dice el mensaje al mismo tiempo que lo piensa. Es un poco excéntrico -un erudito religioso-, pero eso es lo que ocurre con la mayoría de nuestros mejores hombres".

En ese momento la visión de Phil, amortiguada por las gafas oscuras, se volvió bastante clara y vio que la cabeza sudorosa en el foco del espejo parabólico era la de Sacheverell Akeley. En el mismo instante, Sacheverell vio a Phil y su parte superior, quemada por el sol, desapareció del platillo con la misma rapidez con que una marioneta de mano se sacude bajo el escenario.

"No debería hacer eso", dijo Frobisher bruscamente. "Le quedan al menos veinte minutos de servicio. Bueno, supongo que ya han visto todo lo que necesitan para sus artículos, caballeros, así que será mejor que bajemos".

Cuando el pie de Phil tocó el techo, Sacheverell Akeley se abalanzó sobre él, con gotas de sudor resbalando por su frente rubicunda.

"¿Qué estás haciendo aquí?" preguntó Phil bruscamente. "¿Cómo te

has escapado de ellos, de los amigos de Romadka?

"Salieron corriendo un par de horas después de que Romadka se fuera", contestó rápidamente Sacheverell. "Recibí una llamada. Por cierto, Romadka secuestró a tres de nuestros gatos. En cuanto a mí, trabajo aquí desde hace años. Lo importante es -continuó en un intenso susurro- que él está aquí, ¿no? Me refiero al Verde. Nunca había espiado así, ni siquiera en las estrellas".

Pero antes de que Phil pudiera contestar, Frobisher y da Silva los miraron inquisitivamente. Phil y Sacheverell los siguieron por la escalera metálica.

Al llegar a la última planta, encontraron a Opperly en plena conversación con un hombre que parecía al menos medio fuera de este mundo. Era gordo y tenía barba, pero sus ojos apagados parecían ver el doble de lo que miraba. Sacheverell tiró de la manga de Phil con cautela. "Garnett es terriblemente espía", susurró, con los labios junto a la oreja de Phil.

"Pero Winnie, ¿cómo lo explicas?" Opperly estaba diciendo. "¿Por qué todo este éxito con el esping, en prácticamente todos tus proyectos, de repente?".

Garnett frunció el ceño. "Bueno, hay una circunstancia inusual. Nuestros técnicos de laboratorio afirman haber encontrado hormonas, o algún tipo de moléculas de proteínas especializadas flotando en el aire".

"¿Qué hormonas?" preguntó rápidamente Opperly.

"Bueno", dijo Garnett, "han tenido algunas dificultades para identificarlas". Vaciló. "Las hormonas parecen mostrar una tremenda variabilidad, casi camaleónica".

Opperly sonrió y lanzó a Phil una mirada centelleante.

"Winnie, ¿sabes por casualidad", dijo Opperly, "si un extraño animal de algún tipo apareció en la Fundación esta mañana temprano?".

Phil sintió que la mano de Sacheverell le apretaba el bíceps.

El doctor Garnett miró perplejo a su alrededor. Luego enarcó las cejas. "Sí", dijo, "Ginny Ames encontró un gato verde, un mutante de moda, supongo, lamentándose en la puerta esta mañana temprano. No tenemos mucha comida aquí, pero ella lo probó con unas conservas de saúco y al parecer le gustó. Creo que la criatura sigue por aquí".

"Winnie, ¿no recibes ningún boletín de Seguridad?" Opperly preguntó incrédulo. "¿O del FBL?".

Garnett sacudió su gran cabeza. "No desde hace diez años. Esp es tan impopular que hasta el Gobierno nos ha olvidado".

"Ya veo", dijo Opperly, con los ojos brillantes de interés. "En ese caso,

¿no has leído nada acerca de una criatura mutante descrita como un gato verde, que se cree que tiene poderes parapsicológicos sobrehumanos y que ha hecho que los funcionarios vayan a Rusia y hagan todo tipo de otras cosas descritas como locuras? No se ha informado al público, pero todos los niveles superiores -científicos, médicos, psiquiatras- han estado recibiendo boletines sobre el tema, exigiendo que informen de cualquier cosa que sepan o hayan oído sobre un gato verde. Incluso a mí me han contado algo".

"No puede ser", dijo Garnett con disgusto, "algo relacionado con esp y consultan a todo el mundo menos a nosotros". Luego se volvió hacia Opperly como un hombre que se despierta. "¿Quieres decir que esta criatura es la responsable de los resultados de esp que hemos estado obteniendo?".

Opperly asintió. "Así es".

"¿Pero cómo, por qué?"

Opperly se encogió de hombros alegremente. "No lo sé. Simplemente he estado haciendo algunas de esas conjeturas descabelladas sobre las que he advertido a mis jóvenes amigos periodistas." Y sonrió a Phil y da Silva.

"¡Suposiciones!" dijo Garnett. "Bueno, pronto lo averiguaremos". Y empezó a pasar junto a ellos hacia la parte delantera del vestíbulo, con sus grandes pies levantando el polvo de la antigua alfombra. "Echaremos un vistazo a este animal y veremos qué nos parece. La señorita Ames...", empezó a decir, y de repente su cara volvió a estar medio ida y se detuvo a mitad de camino. "Ella piensa lo mismo", dijo en voz tan baja y con tanto asombro que hasta Phil supo que debía estar espiando. "Ella está de acuerdo contigo, Op". El anguloso rostro pareció salirse un poco más del mundo. "De hecho, todos lo están. Prácticamente todos en la Fundación". La cara grande parecía salir casi todo el camino, mientras que la voz se hundió a un débil murmullo. "De hecho, tienes razón".

La puerta se abrió en el extremo delantero del vestíbulo y una joven de nariz aguileña con bata de laboratorio salió y saludó a Garnett con un leve movimiento de la cabeza. Su ceño se frunció y sus ojos se entrecerraron, como si estuviera diciéndole algo, y entonces pareció darse cuenta de que había visitantes. "¿Les gustaría ver este animal verde con sus ojos exteriores?", preguntó.

"Claro que sí, Ginny", le dijo Garnett y volvió a ponerse en marcha. Phil quería estallar con toda su información sobre Lucky, pero da Silva se le adelantó.

"Caballeros", dijo. "Creo que entienden mejor lo que supuse. Perdón por subestimarlos. Es mejor decirles ahora…"

En ese momento Lucky salió deambulando por la puerta de la que había salido Ginny. Caminaba perezosamente, como un dios verde seguro de sí mismo. La muchacha de nariz larga cerró la puerta tras de sí. Phil sintió que su ánimo se desbordaba de repente, feliz, familiarmente.

Akeley apretó el brazo de Phil. "¡Es él!"

Y casi al mismo tiempo, una voz ordenó desde detrás de ellos: "A un lado y a otro, todos".

Phil obedeció la orden y lo mismo hicieron los demás.

Dave Greeley estaba de pie al final de la escalera. El representante de la FBL parecía a la vez experto y competente, aunque aún más canoso y ansioso que la noche anterior.

Asintió rápidamente a Opperly, dijo: "Disculpe, doctor", luego apuntó su pistola eléctrica entre las filas de hombres que se agolpaban en la pared y apretó el gatillo. Pero su puntería no debía de ser tan buena como Phil creía, porque en lugar de que el gato verde se desplomara, la señorita Ames cayó de bruces, jadeando: "¡No siento la pierna!".

Greeley hizo una mueca y redirigió su pistola aturdidora, mientras una nube de polvo se levantaba de la alfombra alrededor de la señorita Ames. Pero en el mismo momento Phil sintió la onda dorada que salía de Lucky. La cara de Greeley se puso roja y sus dedos se desenroscaron rígidamente de la pistola, como si unas manos invisibles los estuvieran apartando, y ésta cayó al suelo.

En aquel momento otra voz detrás de ellos, lánguida y desdeñosa, dijo: "Quédense donde están, caballeros. Sería peligroso mover las manos".

Dora Pannes estaba de pie al final de la escalera. La rubia violácea iba vestida sencillamente con un vestido gris, mientras un gran bolso de mano se balanceaba descuidadamente de su hombro, pero estaba bastante más guapa que la noche anterior. En su delgada mano había un gran orto.

Phil no se sintió asustado en absoluto, aunque un vago recuerdo le asaltó momentáneamente la mente. Sabía que ella no podía hacer daño a nadie mientras Lucky estuviera allí. Le interesaban más las reacciones de los demás.

Pero con una excepción no hubo reacciones.

La excepción era da Silva. Miraba a Dora Pannes con una adoración hambrienta.

Mientras tanto, la rubia violeta caminaba hacia delante con aire de negocios. Ni siquiera miró a da Silva. Al pasar junto a Greeley, su mano libre agarró de reojo, como la lengua de un lagarto, la pistola

aturdidora, volvió a agarrar otra más grande que llevaba dentro del abrigo, dejó caer ambas en el bolso y siguió directa hacia el gato.

Ahora empezará a sentirlo, se dijo Phil.

Pero ella siguió recto. Lucky parecía estudiarla con indiferencia. Repentinamente saltó de nuevo al alféizar de la ventana, su pelaje verde se levantó, su hocico se alargó, y de él salió un prolongado y escupido silbido.

Al momento siguiente, Phil sintió un terror sin forma como nunca antes había conocido, como si toda la realidad estuviera a punto de ser aplastada en un solo puño, como si la negrura entre las estrellas se abalanzara sobre él para estrangularlo. Al otro lado del pasillo, vio tenuemente las olas de blanco que bañaban los rostros de los rangos. Miró temeroso a Lucky, como si el gato verde se hubiera convertido en un demonio, y vio que Dora Pannes se inclinaba fríamente para agarrarlo. El gato empezó a correr hacia ella, pero las manos de Dora fueron más rápidas. Entonces el gato se abalanzó sobre su cara, con las garras en ristre, pero Dora se desprendió de él con calma, lo metió en el bolso, lo cerró y emprendió la vuelta. Parecía tan hermosa y serena como en la cabecera de la escalera. La sangre no había empezado a brotar de los arañazos de su cara.

Al pasar junto a da Silva, éste la miró con gesto de asombro. En su expresión aún quedaba el fantasma del deseo.

"Imbécil", le dijo ella y siguió caminando y bajó las escaleras.

Phil sintió que el corazón le martilleaba diez, once, doce veces, como si sonara un reloj, y entonces bajó corriendo las escaleras, alguien le seguía muy de cerca.

Salió disparado por la puerta principal abierta y bajó a trompicones los escalones, a tiempo de ver alejarse un coche oscuro. Greeley estaba a su lado ladrando órdenes a una radio de bolsillo. Desde el otro extremo de la calle llegó otro coche. Unos penachos rojos salieron disparados de debajo del capó y el coche frenó en seco. Greeley se amontonó en el asiento trasero. Phil subió tras él.

"Aún puedes verlos", gritó Greeley al conductor. "Aprovecha todas las oportunidades. Cohetes". Luego se volvió hacia Phil. "¿Quién es usted?"

"Phil Gish, del U. S. Newsmoon", respondió Phil temerariamente, pero la última palabra se perdió en el estruendo del cohete.

El otro coche se había alejado unas cinco manzanas cuando despegaron. Cuando Phil se desenroscó con dificultad del apiñamiento en que le había sumido la aceleración, vio que su ventaja se había reducido a casi una manzana.

"Apagad los reactores", ordenó Greeley. "Podemos frenarlos con nuestros regulares; pero cuidado con que no se desplacen. Pueden tener cohetes. ¿Cuál es tu posición en el Proyecto Kitty, Gish?"

"Una especie de observador especial", improvisó Phil jadeante, todavía colgado con ambas manos. "Mi sección ha decidido que el gato verde puede no ser peligroso".

"¿Qué?" Greeley exigió, mirando hacia adelante.

"¿No lo sentiste allá arriba?" Phil preguntó.

"¿Sentir qué?" dijo Greeley, sus ojos midiendo la distancia cada vez menor entre los dos coches. "¿Te refieres al horror?"

"No", dijo Phil. "La paz. Comprensión".

Pero justo en ese momento el coche que les precedía aminoró un poco la marcha y algo verde salió de él, dio media vuelta de campana y se precipitó hacia un callejón.

"¡Frena!" gritó Greeley, y Phil estuvo a punto de caer sobre el regazo del hombre que estaba al lado del conductor cuando los cohetes delanteros salieron disparados y la parte trasera del coche se elevó y se estrelló contra el suelo. Entonces se dio cuenta de que era el único que quedaba en el coche y salió a toda prisa.

"El callejón es ciego; no hay forma de que salga", gritaba Greeley. "Avancen a la par. ¡Gish, apóyanos!"

"No le hagáis daño", advertía Phil.

"¡Sabemos lo suficiente para eso!" Greeley gritó de nuevo.

Para entonces Phil ya estaba detrás de ellos y vio al gato verde agazapado desafiante en el extremo ciego del estrecho callejón, a unos seis metros de los hombres que avanzaban.

La distancia se redujo a diez, y entonces el gato verde se lanzó hacia delante, esquivó a un lado y a otro, y se zambulló entre Greeley y el hombre de su derecha, directo hacia las manos extendidas de Phil.

"¡Qué suerte!" dijo Phil alegremente, acercando al gato.

Cinco garras le rastrillaron dolorosamente la barbilla, mientras otras quince se clavaban en sus manos.

Miró la carita. Excepto por su color, era una cara de gato de lo más normal, aunque expresaba furia. De hecho, era un gato de lo más común.

Y podía oler el tinte.

"Toma", dijo con calma y le entregó el animal a Greeley.

"¿Suerte?" Greeley gritó mientras las garras se hundían en sus manos. "¡Es un trabajo de tinte, o me lo como! Lo tenían todo preparado y lo tiraron para despistarnos. ¡Vamos! Toma, cógelo, Simms, tenemos que

quedárnoslo para estar seguros".

Y presumiblemente las manos de un tercer hombre fueron arañadas mientras corrían hacia el coche.

Pero Phil no estaba con ellos. No tenía corazón. Cuando los cohetes rugieron de nuevo, simplemente se quedó a mitad del callejón, arañado y cansado.

XVI

Cuando la puerta del ascensor se cerró detrás de Phil e inició el agotador ascenso del veintiocho al veintinueve, ya se estaba atormentando por haber rechazado la invitación de Phoebe Filmer a tomar una copa en su habitación. Cuando ella lo había abordado en el vestíbulo, balbuceando sobre cómo la había rescatado en el Tan Jet, él había sentido que lo último con lo que quería estar era con un ser humano. Pero ahora, sin nada que le separara de la soledad de su habitación, salvo unas escaleras llenas de ecos y un pasillo vacío, se dio cuenta de repente de que necesitaba compañía humana por encima de todo.

Recordó con qué audacia había salido el día anterior por la tarde de su habitación para ver la vida y lanzarse a cualquier aventura que se le presentara. Y sucedió que había visto tantas cosas de la vida y se había visto sacudido por tan vastos océanos de aventuras, que su cerebro aún zumbaba por ello. A veces, durante aquellas increíbles veinticuatro horas, le había parecido que todo su carácter estaba cambiando, que se estaba convirtiendo en el aventurero y amante audaz y simpático que siempre había soñado ser.

Sin embargo, aquí estaba, arrastrándose miserablemente de vuelta a su habitación, acabando de hacer su habitual truco cobarde de decir "No", cuando deseaba desesperadamente, al menos diez segundos después, decir "Sí". A juzgar por la velocidad con la que volvía a caer en sus viejos hábitos, probablemente se pasaría la noche espiando a la señorita Filmer desde su oscura ventana.

Oh, podía decirse a sí mismo que no había razón para pensar dos veces en una mujer bonita y común cuando acababa de conocer a una chica tan perversamente deseable como Mitzie Romadka y de ver a una belleza como Dora Pannes, por no hablar de compartir la sociedad de personajes tan grotescos pero atractivos como Juno Jones y Mary Akeley. Pero aquello no era más que una racionalización y él lo sabía. Phoebe Filmer era más de su tamaño, y él ni siquiera era lo bastante grande para ella.

O podía decirse una vez más a sí mismo que si tan sólo Lucky estuviera a su lado, volvería a ser valiente y audaz. Pero ni siquiera eso era ya del todo cierto. El hecho era que todo se había vuelto demasiado grande para él. Quería al gato verde, sí, pero lo quería como su propia mascota especial, su mascota, su gato de la buena suerte, algo con lo que dormir a los pies de la cama, no como un misterioso monstruo mutante que seguía involucrándole con luchadores masculinos y femeninos, chiflados religiosos, psicoanalistas armados, chicas con garras, heptagonistas, científicos de fama

mundial, espíritus, sindicatos del vicio, redadas del FBL, crímenes nacionales e internacionales y un montón de otras cosas que eran demasiado, demasiado grandes para Phil Gish.

Abrió la puerta con un código, entró y casi la había cerrado tras de sí cuando se dio cuenta de que no volvía a la soledad.

Arrodillada, aparentemente para mirar debajo de su cama, pero ahora con la cara vuelta bruscamente hacia él, estaba la chica de pelo negro y aspecto de fauno cuya ventana estaba enfrente de la suya. Se le congelaron todos los músculos, con la mano aferrada a la puerta apenas entreabierta, dispuesto a abrirla de un tirón y salir corriendo.

Ella se levantó lentamente, con una sonrisa. "'Allo", saludó ella con una voz cálida y un acento extranjero que él no supo distinguir. "He perdido algo y creo que tal vez se esconda aquí". Ella se alisó el traje gris oscuro que él la había visto quitarse la noche anterior. Luego se pasó tranquilamente la mano por la cabeza y por la coleta en la que terminaba su peinado.

"¿Algo?" Phil graznó galantemente, con la mano aún pegada a su espalda. No podía evitarlo, pero cada vez que la miraba a los ojos su mirada tenía que recorrer temerosamente su figura hasta sus zapatos de plataforma de 25 centímetros.

"Sí", confirmó ella, "un... ¿cómo lo llamas?... gatito". Luego, después de un rato, "Oye, actúas como si me conocieras". Su sonrisa se ensanchó y le señaló con un dedo. "¿Me has estado mirando, niño travieso?".

Phil tragó saliva y no dijo nada, pero aquel comentario contribuyó mucho a humanizarla para él. Las alucinaciones no hacen que uno se ruborice.

"No pasa nada", le tranquilizó ella. "Ventanas transversales, ¿por qué no? Lo mismo, las ventanas se abren un poco y me hacen pensar que quizá mi gatito saltó aquí. Así que crucé para ver".

"¿Paso al otro lado?" preguntó Phil un poco histérico, con la mirada puesta de nuevo en las piernas de ella.

"Claro", dijo ella sonriendo e indicó la ventana. "Echa un vistazo".

Con bastante reticencia, Phil despegó la mano de la puerta y se acercó con cautela a la ventana abierta. A lo largo de los tres metros que la separaban de la de enfrente, había una escalera telescópica de aspecto endeble y hecha de algún metal gris.

Phil se dio la vuelta. "¿Es un gato verde?", preguntó de mala gana.

Su rostro se iluminó. "Así que sí saltó al otro lado".

Phil asintió. "Es más", prosiguió rápidamente, "creo que hoy he conocido a tu hermano, un periodista llamado Dion da Silva, representante del diario La Prensa".

Ella asintió con entusiasmo al oír el primer nombre propio. "Así es", dijo. "Soy Dytie da Silva".

"Y yo soy Phil Gish. ¿Has dicho Dytie?"

"Claro. Diminutivo de Afrodita, diosa del amor. ¿Te gusta? Por favor, ¿dónde están ahora mi hermano y mi gatita?".

"No tengo ni la menor idea", dijo Phil con tristeza.

Ella se encogió de hombros como si esperara oír precisamente eso. "No es nada nuevo. Somos unos locos, siempre nos perdemos unos a otros".

"Entonces, ¿vienes de Argentina?" preguntó Phil dubitativo. Su acento no parecía español, pero su conocimiento de los acentos españoles era limitado.

"Claro", confirmó ella despreocupadamente, con los pensamientos aparentemente en otra parte. "Un país muy, muy lejano".

"Dígame, señorita da Silva", continuó él, "¿tiene su gato poderes peculiares sobre la gente?".

Ella le miró con el ceño fruncido. "¿Poderes peculiares?", repitió lentamente, como si estuviera probando cada sílaba. "No entiendo".

"Quiero decir", explicó Phil pacientemente, "¿puede hacer feliz a la gente a su alrededor?".

El ceño se frunció. "Claro. Un gatito simpático que hace feliz a la gente. ¿Te gustan los animales, Phil?"

Una vez más no pudo evitar que su mirada se desviara hacia las piernas de ella, pero en general se sentía notablemente animado.

"Señorita da Silva", dijo, "tengo muchas más preguntas que hacerle, pero desgraciadamente no sé español y no creo que usted entienda el inglés lo bastante bien como para responderlas si se las hago de manera sencilla. Pero tal vez si le cuento lo que me ha estado pasando, podrá hacerlo; al menos, eso espero. Siéntese, señorita da Silva; es una historia muy, muy larga".

"Es muy buena idea", aceptó ella, hundiéndose en la cama. "Pero, por favor, llama a Dytie, Phil".

Ella hace que uno se sienta a gusto, pensó Phil mientras se colocaba en el sillón de espuma de enfrente. "Bueno, Dytie, empezó..." y durante la hora siguiente le contó con cierto detalle la historia de lo que le había sucedido desde que se había despertado al ver a Lucky sentado en el alféizar de la ventana. Suprimió por completo, sin embargo, el incidente en el cual la había visto la noche anterior, lo que le obligó también a resumir el relato de su sesión con el doctor Romadka. Dytie le interrumpía con frecuencia para pedirle explicaciones, algunas de ellas bastante obvias, como qué era un alfiler de sombrero, qué era la Oficina Federal de Lealtad y qué era lo que los luchadores y

luchadoras intentaban hacerse en el cuadrilátero. Por otra parte, a veces dejaba pasar cosas que él esperaba que la dejaran perpleja, aunque no siempre podía saber si era porque realmente las entendía o porque no quería. Los ortos no le interesaban en absoluto, las pistolas aturdidoras, mucho. Las hazañas de Lucky no parecían sobresaltarla mucho. Su comentario habitual era del tipo: "Ese gatito. Es tan estúpido. Pero Lucky, también. Qué buen nombre le has puesto, Phil".

Cuando habló de la Fundación Humberford y del hermano de Dytie, se puso boca abajo y escuchó con más atención. Pero cuando mencionó con vacilación cómo Dion había desarrollado un deseo instantáneo por Dora Pannes, soltó un grito de complicidad. "Ese hermano mío", se rió. "Persigue todo lo que tenga dos piernas y glándulas mamarias. Excepto, por supuesto, cuando está embarazada".

"¡Cómo!"

"¿Has dicho algo? Me habré equivocado de palabra", se apresuró a decir Dytie, dejando de lado el asunto.

Pero estaba muy interesada en Morton Opperly e insistió en que Phil le contara muchas cosas sobre el famoso científico.

"Es un hombre inteligente", dijo convencida. "También muy accesible".

"Intentaré conseguirlo alguna vez", dijo Phil y contó cómo el gato verde había sido capturado por Dora Pannes.

Dytie sacudió la cabeza solemnemente. "Algunas personas tienen el corazón muy duro", dijo. "No son buenos con los gatos".

Phil redondeó rápidamente su historia con un relato de cómo el falso gato verde del callejón le había arañado.

Dytie se levantó, se acercó y le tocó las manos con ternura. "Pobre Phil", dijo, y luego resumió: "¿Así que sabemos quién tiene el gatito, pero no dónde?".

"Así es", dijo Phil rápidamente, "y ese dónde es difícil, porque Billig se esconde de la FBL". Y se levantó rápidamente, intentando que no se notara que quería poner unos metros de distancia entre ellos. Los dedos de Dytie eran lo bastante suaves y delicados, pero había algo en su tacto y en su presencia cercana que le hacía estremecerse. Es posible que fuera su olor, que no era fuerte ni desagradable, sólo completamente desconocido. Ella lo siguió con la mirada, pero no intentó seguirlo. Él la miró al otro lado de la habitación.

"Bueno, esa es mi historia, Dytie", dijo un poco sin aliento. "Y ahora quiero hacer mis preguntas. ¿Qué clase de gato tienes para que Fun Incorporated pueda sobornar con él al gobierno federal? ¿Es un mutante con poderes telepáticos y capaz de controlar las emociones? ¿Es un retroceso, o tal vez deliberadamente criado de nuevo a un

animal extinto? ¿Es un triunfo de la genética soviética, que trabaja en líneas que nuestros científicos no aceptan? Maldita sea, ¿es incluso una especie de dios egipcio, como piensa Sacheverell? Es tu turno de hablar, Dytie".

Pero en lugar de contestarle, ella se limitó a sonreír y decir: "Perdona, Phil, pero esa larga historia tuya es muy larga. Ahora vuelvo".

Él esperaba que ella saliera por la ventana y se preguntó qué haría. Pero la chica se limitó a entrar en el cuarto de baño y cerrar la puerta.

Se paseó de un lado a otro, insoportablemente nervioso, levantando pequeños objetos y volviéndolos a dejar en el suelo. Nervioso, encendió la radio, a la vista y al oído, aunque no la miró y no entendió ni una palabra de lo que el inane chismoso deportivo parloteaba a gritos sobre las hazañas, locuras y frivolidades de las estrellas del músculo. Luego, en su siguiente vuelta por la habitación, pisó fuerte al pasar junto a la radio, y algo falló en ella, de modo que el sonido se redujo a un murmullo muy bajo y volvió a sentirse solo en su agitación.

Tanto fue así que dio un respingo cuando oyó un pequeño ruido a sus espaldas.

La puerta del vestíbulo se había abierto. Mitzie Romadka estaba fuera, con aspecto adolescente y cansado a la vez, vestida con un jersey azul descolorido y pantalones. Un mechón de su largo cabello oscuro le caía por delante de la oreja. Clavó en Phil una mirada infeliz y desafiante.

"Anoche te dije adiós para siempre y lo dije en serio", comenzó bruscamente. "Así que no te hagas ilusiones. He venido aquí para advertirte de algo". Se le quebró un poco la voz. "Oh, es todo un lío horrible." Se mordió el labio y se recompuso. "No se trata sólo de que Carstairs, Llewellyn y Buck me odien, o de que hayas intentado que me pusiera sensiblera y humilde. Cuando llegué a casa por el conducto de servicio esta mañana temprano, oí a mi padre hablando con otros dos hombres. Escuché y descubrí que es un agente soviético y que su trabajo ahora es conseguir el gato verde por mucho que le cueste matar. Y cree que tú lo tienes".

Phil la miró y las horas intermedias habían desaparecido y él estaba de vuelta en la pequeña plaza enmarañada al amanecer y Mitzie estaba a punto de dejarle, y toda su chasqueante tensión nerviosa fluyó en un nuevo y más firme cauce.

"Querida", dijo en voz baja y con cuidado, como si un ruido repentino pudiera hacerla desaparecer, "Mitzie querida, no intentaba humillarte".

"¿Ah, sí?", dijo ella, apartándose el mechón de pelo de la oreja.

Él se acercó a ella muy despacio. "En realidad sólo estaba siendo engreído y estaba celoso, tanto de ti como de tus amigos".

"Ten mucho cuidado con lo que dices, Phil", susurró ella temerosa. "Sé muy sincero".

"De acuerdo entonces", dijo él, "estaba tratando de humillarte; estaba haciendo todo lo posible por hacerlo. Estaba lleno del tipo de vanidad y condescendencia que viene de entender demasiado. No sabía que tu clase de desafío y gloria tiene cabida en el mundo. Mitzie, te quiero".

La rodeó con los brazos y ella no se desvaneció. La sensación de su cuerpo contra el suyo no se parecía a nada de lo que había imaginado. Era sencillamente esbelta, confiada y terriblemente cansada.

Entonces la barbilla de ella se levantó de su hombro y él fue empujado hacia atrás unos dos metros.

Mitzie le miraba fijamente y más allá de él. Se sintió aliviado de que no pareciera tener una pistola, un cuchillo, garras ni nada parecido.

Miró a su alrededor. Dytie da Silva, apoyada en la puerta del baño, los observaba con curiosidad. "'Allo", les saludó alegremente, y luego preguntó a Phil: "¿Una amiga?".

Mitzie se puso pálida. "¿A cuántas intentas coger a la vez?", le espetó a Phil.

"No te preocupes", aconsejó Dytie relajadamente. "Es muy tímido al principio".

"¡Oh!" exclamó Mitzie en voz alta, y dio un pisotón en el suelo con los dos pies a la vez.

La radio volvió a sonar a todo volumen. "... hacía tiempo que se sabía que ella y su marido no se llevaban bien. Pero, irónicamente, sus fans tuvieron que esperar hasta lo que, con la prohibición de la lucha libre entre hombres y mujeres, fue probablemente su última aparición profesional, antes de echar un vistazo a su nuevo novio".

En medio de la brillante pantalla estaba Phil, con mirada aturdida y una sonrisa tonta en la cara. Juno le rodeaba con el brazo y gritaba "... ¡hasta yo tengo que tener una vida amorosa! Y no la insultes".

"¡Oh!" gritó Mitzie, estrelló la palma de su mano contra la mejilla izquierda de Phil, salió corriendo por la puerta y la cerró de un portazo tras de sí. Phil se quedó parado unos segundos. Luego apagó la radio y se secó las lágrimas del ojo izquierdo.

"¿Por qué no la persigues?" Dytie preguntó agradablemente. "No te preocupes, Phil, ella volverá. Te quiere mucho más. Está orgullosa de que seas un hombre viril y tengas muchas chicas".

"Por favor", gimió Phil, levantando la mano. "Eso fue un adiós para siempre".

"Para siempre es nunca. Ella volverá", dijo Dytie.

Y justo entonces llamaron tímidamente a la puerta. Phil la abrió, preguntándose si debía abofetear a Mitzie de inmediato o esperar. El doctor Anton Romadka apuntó significativamente al cuello de Phil con una pistola eléctrica y entró.

El pequeño psicoanalista tenía un aspecto profesional con anticuado traje de negocios, camisa blanca y corbata. Incluso llevaba un chaleco abotonado sobre su pequeña barriga. Su mejilla izquierda era tan suave como su reluciente calva; evidentemente, había cubierto los arañazos con una película para la piel. Su expresión irradiaba buena voluntad paternal y sensatez, aunque mantenía la pistola eléctrica apuntando directamente a Phil y de vez en cuando su mirada se desviaba hacia Dytie.

"Phil -comenzó-, no negaré la declaración que mi hija acaba de hacer sobre mí, pues si lo consideras detenidamente, nos convertirá en aliados y camaradas. ¿Quién podría saber tan bien como tú, Phil, lo horriblemente psicótica que se ha vuelto la civilización estadounidense? Has experimentado personalmente lo que puede hacerle al cerebro, al cuerpo, a los órganos de los sentidos. Y quién podría apreciar tan bien como tú, Phil, la cordura de las Repúblicas Obreras, donde bajo la primera regla firme del hecho marxista y la ciencia absoluta, toda psicosis es imposible -porque todos los irracionalismos, toda ilusión (incluyendo las locas vaporizaciones de un capitalismo gangrenado y su pseudociencia) son inconcebibles."

Phil se encontró entornando los ojos y asintiendo vagamente. Se sacudió. La alegre voz de Romadka era notablemente hipnótica.

"Por supuesto, debería haberme dado cuenta de todo esto anoche, Phil, y haber apelado a tu razón", dijo Romadka mientras mantenía la pistola aturdidora apuntando al cuello de Phil con precisión geométrica. "Pero tenía prisa y estaba emocionalmente alterado -incluso nuestros agentes no son totalmente inmunes a la infección estadounidense cuando conviven con ella- y cometí varios errores. Entre otras cosas, no tuve en cuenta a mi desafortunada hija con la suficiente antelación, aunque ciertamente me alegro de que viniera a avisarte, ya que me permitió localizarte. Lo que a su vez te permitirá a ti, Phil, y a tu encantadora compañera, disfrutar de la tonificante cordura de los soviéticos".

El pequeño psiquiatra sonrió y se apoyó cuidadosamente en el brazo del sillón de espuma. Su voz se volvió genialmente confidencial. "Y ahora, chicos", dijo, incluyendo por primera vez a Dytie en su asentimiento, "voy a deciros cómo podéis hacer un gran servicio al estado inmune a la ilusión y ganaros una bienvenida eterna cuando lleguéis a sus costas realistas. El capitalismo psicótico, enfrentado a la

derrota total en la próxima guerra, ha soltado contra las Repúblicas Obreras una última arma sucia: sus propias locuras colectivas y delirios de rebaño, catalizados por sutiles bombardeos electrónicos y químicos del tejido nervioso colectivo soviético. Hasta la fecha, este veneno capitalista en la Pan-Unión soviética ha tomado en gran medida la forma de delirios relacionados con gatos verdes. No me confundan, estos gatos verdes son sin duda reales. Creo firmemente que son gatos normales con pequeños emisores electrónicos implantados en sus cuerpos y con una capacidad de pulverización de hormonas comparable a la de las mofetas. Aunque los gatos verdes posiblemente no sean el elemento más importante en el asalto a la psique soviética, son el principal atrezo de ese asalto. Desgraciadamente, no hemos podido poner nuestras manos sobre una de estas criaturas, con el fin de confirmar nuestras deducciones y dar forma a las contramedidas apropiadas. Es absolutamente esencial que lo hagamos".

"Pero sólo hay un gato verde", objetó Phil, genuinamente desconcertado, "y se supone que está atacando los Estados Unidos. No es así, por supuesto".

"Diré que no. Muchacho, te estoy dando los hechos marxistas", le aseguró Romadka con seriedad. "Esas historias que has oído no son más que persianas puestas por el gobierno capitalista para ocultar a sus propios esclavos de trabajo y pseudocientíficos la enormidad de sus acciones. Lo que ha ocurrido es que un gato verde se ha escapado de un laboratorio gubernamental de aquí. Tú me llevaste hasta ese gato una vez, Phil. Puedes hacerlo otra vez".

"No puedo", dijo Phil suavemente.

"Phil, sí puedes", le aseguró Romadka.

"Pero ya lo atrapaste una vez", objetó Phil, "y lo único que hiciste fue soltarlo otra vez".

Por primera vez una sombra de impaciencia oscureció el semblante afable de Romadka. "Ya te he dicho que anoche cometí algunos errores. Dejé que alguien me pusiera un hipo-rayo, probablemente también un spray de droga. Durante un tiempo no fui responsable de mis actos. Fue todo lo que pude hacer para escapar de la redada del FBL. Pero no volverá a ocurrir". Su voz se volvió enérgica. "Así que ven conmigo, Phil, y trae a tu amiga. No hay más tiempo para discutir".

"Pero..." Phil comenzó.

Dytie da Silva entró en primer plano. "Yo no voy", le dijo a Romadka. "¿Por qué debería? Suenas a cabeza loca. ¿Estado ilusorio? ¿Racionalismos imposibles? ¿Ciencia absoluta? Todo tonterías!"

El psicoanalista levantó las cejas ante su acento y sus sentimientos. "Estaba a punto de ocuparme de su caso, jovencita. ¿Por qué está aquí en primer lugar?"

"Vengo del apartamento de enfrente", le dijo Dytie, señalando la ventana con el pulgar.

Romadka la estudió con los ojos entrecerrados, detrás de los cuales parecía estar trabajando la memoria. De repente, sonrió con una fina sonrisa. "La descripción concuerda", dijo. "Usted es la joven a la que el señor Gish vio desvestirse anoche, y a la que injertó un notable delirio".

"Phil, nunca me hablaste de eso", dijo Dytie, mirándole con viveza.

"Naturalmente que no", dijo Romadka, un poco remilgado.

"¿Por qué no?" preguntó Dytie. "No me importa. Si te gusta, vale".

Romadka la miró despectivamente. "Una exhibicionista común, ya veo. Ninfomanía también".

Dytie puso las manos en las caderas. "Mire, yo no digo palabras largas, pero su diagnóstico está equivocado. No soy una *nym'omania-satyr'asis*. Le mostraré". Y entonces empezó a quitarse una media. Phil miraba fascinado.

Romadka se levantó furiosa. "De todos los...", empezó. "Si crees que alguna burda apelación a mis impulsos sexuales..."

Pero en ese momento Dytie se quitó la herradura y el pie, y le tendió su delicada pezuña negra, su menudillo con pelo y su delgada cuartilla para que la inspeccionara. "Muy bien, 'lusion-'mune", dijo sombríamente. "Mírala bien. ¡Satyr'asis!"

Al Dr. Romadka le temblaron las rodillas. Su cara estaba gris. Tenía los ojos desorbitados.

Sin previo aviso, Dytie se agachó, giró y soltó una patada muy precisa. La pistola eléctrica salió disparada de la mano temblorosa de Romadka y se estrelló contra la pared. Romadka apartó la mano como si el casco fuera un infierno y salió a trompicones de la habitación. El sonido de sus pasos rápidos y desiguales se desvaneció lentamente. Phil sabía cómo se sentía. Fue todo lo que pudo hacer para no seguirle.

Dytie se echó a reír a carcajadas. Mientras lo hacía, se acercó cojeando a la puerta, la cerró y cogió la pistola de Romadka.

"¿Es esta una pistola aturdidora?", le preguntó a Phil.

Phil se humedeció los labios y se agarró a la mesa para apoyarse. Sabía que debía de estar tan pálido como Romadka. "Dytie", consiguió decir finalmente, con los dientes castañeteando, "vienes de un país mucho más lejano que Argentina".

Ella sonrió disculpándose. "Así es, Phil. Tengo una historia más larga que contar".

Phil asintió tembloroso. "Pero primero, por favor..." vaciló, y señaló el zapato, el pie y la media arrugada que ella había dejado caer al suelo.

"Claro, Phil. Entiendo". Ella los recogió y se sentó en el borde de la cama para ponérselos. Phil siguió sus movimientos de mala gana, pero cuando llegó al punto en que ella estaba a punto de meter su pezuña en el profundo pozo en el pie falso y la plataforma se estremeció y miró hacia otro lado.

Mientras tanto, ella le decía con toda naturalidad: "No se lo digas al hombre de las ilusiones, pero ¿tienes idea de dónde está el gatito?".

"No", respondió nervioso, "pero sé dónde podría averiguarlo".

"¿Está en esta ciudad?"

"Sí".

"¿Me llevarías allí, Phil?"

"Supongo que sí."

"¿También quieres encontrar al minino, Phil?"

"Sí, creo que sí".

"Vale, está bien. Ya puedes mirar".

Se obligó a mirarla y dejó escapar un suspiro de alivio. Sus dos piernas volvían a ser como las de cualquier otra chica. La ilusión, decidió, era a veces el Pan de la Vida.

"Y ahora", dijo, "puedes responder a mis preguntas".

Pero justo entonces se escucharon más golpes en la puerta.

"Esta vez, es tu amiga", le dijo Dytie con optimismo.

Pero Phil no quería correr más riesgos. Encendió primero la mirilla unidireccional y miró directamente a la cara de Dave Greeley.

Cuando Phil le susurró a Dytie "Oficina Federal de Lealtad", ella dio un respingo. Durante su largo relato ella le había hecho varias preguntas sobre aquella organización, él las había contestado detalladamente, y ella, al parecer, se había formado unas conclusiones muy definidas. "Nos hemos librado, Phil. Ahora no hay tiempo para preguntas y respuestas". Y ella saltó ligeramente al alféizar de la ventana y cruzó la escalera.

No era tan larga como la viga de la casa de los Akeley, pero era diez veces más alta y Phil no estaba borracho. Si no hubiera cruzado la viga en casa de los Akeley y bajado por el conducto de servicio en casa de los Romadka, nunca se habría atrevido. El corazón le latía con fuerza cuando bajó a la habitación de Dytie. Se dio la vuelta con la vaga idea de quitar la escalera. Oyó un golpe en su habitación. Dytie

lo agarró.

"Ahora no hay tiempo", le dijo. Y le empujó fuera de su habitación hacia el pasillo.

Segundos después estaban entrando en el ascensor de su lado del edificio. "Eh, ése es el botón de subir", le advirtió él mientras ella lo pulsaba.

"Lo sé, Phil", dijo ella con tono tranquilizador.

Al salir al tejado, Phil sintió por un momento una gran sensación de libertad. El espejo de sodio aún no se había puesto del todo, y todo a su alrededor brillaba aunque la parte inferior del cielo estaba oscura y en ella se veían muchas estrellas.

Entonces vio la media docena de helicópteros que se acercaban a poca altura como bichos de junio.

Dytie le empujaba, pero sólo hacia una esquina vacía del tejado. Le molestó su inútil despliegue de energía. Una poderosa voz desde el cielo les ordenó que se detuvieran.

Dytie se detuvo casi al borde del tejado, tanteó en el aire, subió un par de metros y volvió a tantear.

Detrás de ellos se oyó el ruido de un helicóptero que raspaba, rebotaba y tomaba tierra.

Dytie abrió en el aire una pequeña puerta negra como la tinta y se metió dentro. Se dio la vuelta, con la cara convertida en una máscara pálida dentro de un rectángulo de tinta, instó: "Vamos, Phil", y estiró un brazo blanco fuera del rectángulo hacia abajo, hacia él.

Phil se quedó mirando aquel extraño retrato con marco de aire. Debajo de él podía ver claramente las paredes escarpadas del edificio de enfrente y la vertiginosa cinta de la calle cincuenta pisos más abajo.

Detrás de él unos hombres gritaron y se oyó otra orden estremecedora desde el cielo.

Phil agarró la muñeca de Dytie. Su otra mano, tanteando a ciegas, encontró un peldaño invisible en el aire. También su pie. Trepó por el aire y se lanzó por encima del umbral de la puerta de tinta, en un saco de tinta y encontró un suelo curvo debajo de él. Al darse la vuelta, vio detrás de él un rectángulo del cielo con tres estrellas. El rectángulo se estrechó y desapareció, y ya no había luz.

Entonces empezó a caer.

XVII

Phil golpeó salvajemente, con la esperanza instintiva de que un hombre cayendo hacia su muerte podría deformar el espacio a su favor si tensaba los músculos lo suficiente.

Luego se preguntó cuánto tardaría un hombre en caer cincuenta pisos, pero las matemáticas estaban más allá de lo que podía hacer con la suficiente rapidez mental.

Luego se preguntó por qué el saco de tinta caía con él.

Luego tuvo arcadas, pero sólo le salieron los fantasmas de un bocadillo untado con levadura y un vaso de leche de soja consumidos hacía un día.

Siguió cayendo.

Una suave luz surgió a su alrededor. Estaba dentro de una esfera de unos ocho pies de diámetro y sus pies estaban cerca del centro, mientras su mejilla rozaba suavemente el suave revestimiento de la esfera. Al girar la vista más allá de sus pies, vio que Dytie da Silva se desperezaba negligentemente en el aire y estudiaba atentamente una pantalla colocada en el revestimiento de la esfera.

Pero seguía cayendo.

Phil sabía muy poco de naves espaciales, pero sabía que no podían entrar en caída libre sin acelerar antes para obtener algún tipo de ventaja sobre el campo gravitatorio terrestre.

Pero no había habido aceleración.

"¡Dytie!", gritó, y en el reducido espacio el ruido era ensordecedor. "¿Qué me está pasando?"

Haciendo un pequeño gesto de dolor, ella le miró. "Shh, Phil. Estás en caída libre pero no cayendo. He apagado la gravedad".

Todavía con arcadas, Phil trató de comprender esa idea. "¿Apagar la gravedad?" Seguía cayendo, pero ya no estaba tan seguro de chocar contra algo.

Dytie le miró la cara a lo largo de su cuerpo desplomado e indefenso. "Claro, Phil. La gravedad rodea este barquito igual que la luz. La gravedad no tira de él, la luz no lo muestra".

"¿Por eso era invisible?"

"¿"Invisible"? Nadie te vio. Espera un poco, Phil, tengo cosas que hacer".

"Pero en una nave como ésta podrías viajar...", empezó Phil, su mente repentinamente llena de vertiginosas especulaciones.

"Esta no es una nave, Phil, sólo un bote. No hables ahora".

La caída de Phil adquirió una dirección. Se encontró a la deriva suavemente hacia Dytie. "Ponte a mi lado, Phil", le ordenó ella. Unos instantes después estaba cómodamente tumbado boca abajo junto a Dytie, con la cabeza erguida como la de ella por encima de la pantalla.

Y entonces aumentó la velocidad de su nueva caída dirigida, aunque la esfera ya no caía con él, hasta que su cuerpo quedó cómodamente apretado contra el suave forro. Al cabo de un rato dedujo que debían de estar acelerando, aunque su principal pista la obtuvo de la pantalla.

Al principio no pudo interpretar la imagen de la pantalla. Estaba compuesta por tonos violetas y mostraba unos cuantos cuadrados grandes y oblongos con cintas oscuras entre la mayoría de ellos. En el cuadrado central había una serie de puntos que se movían lentamente mientras él los observaba, así como tres o cuatro cruces con manchas en el centro. Poco a poco, los cuadrados y rectángulos se fueron encogiendo, mientras más de lo mismo aparecía en la pantalla desde los bordes. Se dio cuenta de que estaba viendo la ciudad y que los puntos, que ya casi no podía distinguir, eran los hombres que los cazaban, mientras que las cruces eran los helicópteros.

Por un momento se le heló el estómago al pensar que estaba tan por encima de la ciudad y que iba a más. Pero luego empezó a perderse en la maravilla de la imagen. Phil no había viajado mucho en avión y había visto aún menos cuando lo había hecho, y la imagen creciente de la ciudad era cautivadora. Empezó a sentirse como un dios y a especular sobre cómo haría justicia a la humanidad si poseyera aquel misterioso bote. En su cabeza bailaban visiones de repentinos descensos sobre dictadores.

"Pronto estaremos a suficiente altura, Phil", dijo. "Agárrate de las manos, mete los pies debajo de la barra".

Obedeció sus instrucciones, se agarró a dos asideros y metió las piernas bajo una gran barra acolchada. Un momento después supo la razón, porque empezaron a apartarle de la pantalla y tuvo que agarrarse con fuerza. Dedujo que estaban desacelerando. Al cabo de un rato, esto también se detuvo y volvió a estar "en caída libre, pero sin caer". Mientras tanto, la imagen de la pantalla se había convertido en la de toda la ciudad: un tablero de pequeños cuadrados, como un mapa.

Dytie sacó y desplegó un callejero normal y lo colocó junto a la pantalla.

"Dices que sabes donde puedes averiguar de dónde es el minino. Dices que en la ciudad. Mostrar a Dytie ".

Phil forzó su mente para hacer frente a ese problema. Lo primero que comprendió fue lo endeble que era la esperanza en la que había

basado su declaración a Dytie de que podría localizar al gato verde. Dependía de que Billig tuviera el gato verde, de que Jack Jones supiera dónde se había escondido Billig de la FBL y de que Jack estuviera escondido en casa de los Akeley. Aún así, era la única manera que conocía de conseguir una pista sobre Lucky.

Y entonces se le ocurrió que no sabía dónde se encontraba la casa de los Akeley. Pero un repentino recuerdo de un enorme escaparate lleno de maniquíes desfilando vino en su ayuda. La casa Akeley estaba junto a Monstro Multi-Products, y todo el mundo conocía la dirección de aquellos inmensos grandes almacenes. La localizó para Dytie en el callejero y luego en la pantalla. Pronto aceleraron hacia abajo, de modo que tuvo que volver a agarrarse a los asideros, mientras los cuadrados de la pantalla aumentaban de tamaño, y el enorme cuadrado que era Monstro Multi-Products se desplazaba hacia el centro.

Empezó a pedirle a Dytie que respondiera a las preguntas que le había formulado en su habitación, pero ella le cortó con un "Como quien dice, una historia muy larga. Ahora no hay tiempo. Primero hay que encontrar al gatito. Muy importante".

El rectángulo que representaba el tejado de Monstro Multi-Products ocupaba ahora buena parte de la pantalla, y las calles de al lado eran anchas cintas. Su descenso se ralentizó. Dytie maniobró el bote alrededor de los grandes almacenes hasta que Phil divisó, en la base del edificio contiguo, la diminuta ranura que indicaba la bolsa cúbica de espacio en la que se alzaba la casa Akeley, despojada de sus derechos aéreos.

A medida que se adentraban lentamente en el cañón de la calle, entre paredes con y sin ventanas, Phil sintió una brujería en la versión violeta de la ciudad. Podía distinguir escarabajos y bichos más pequeños, coches y personas.

Pronto estuvieron planeando a sólo tres metros por encima de la acera violeta y de los desprevenidos peatones.

Entonces Dytie deslizó el bote entre la barandilla de la acera y el "suelo" del alto edificio sobre la casa de los Akeley. El cuadro violeta se oscureció bastante. Descendieron un poco más, pasando la calle del nivel superior y la inmediatamente inferior, hasta que estuvieron a un par de metros por encima del montón de ladrillos de la chimenea caída. Dytie movió algunos controles. La pantalla se quedó en blanco, las luces se apagaron y, con una brusquedad que cortaba la respiración, el cuerpo de Phil crujió contra el suave forro al recuperar su peso normal.

"Bajé las piernas para que el bote se pare", le dijo Dytie. "Silencio,

Phil".

Una rendija de menor oscuridad apareció más allá de Dytie y se ensanchó hasta formar un rectángulo a través del cual, al cabo de un rato, pudo distinguir una parte del porche de Akeley. Luego el rectángulo se obstruyó cuando Dytie salió por él. Phil la siguió, con los pies por delante, moviéndolos hasta encontrar los peldaños, y bajó con cuidado hasta que pudo salir al arenoso patio delantero de los Akeley. Entonces miró hacia arriba. Hasta donde alcanzaba la vista, no había absolutamente nada por encima de él, salvo las dos calles del piso superior y el "techo" negro y apagado que había sobre la casa. La luz no sólo "rodeó" el bote, sino que lo hizo sin inmutarse.

"Todo seguro", le aseguró Dytie. "Nadie trepa por las rocas, ni se golpea en las patas de la escalera. ¿Este es el lugar, Phil?"

La casa de los Akeley parecía más antigua y peligrosamente ruinosa que nunca, inclinada hacia delante al menos un palmo tras el derrumbe de la chimenea. Había quedado una herida abierta en los dos pisos superiores y no se había hecho nada por vendarla. Sin embargo, una pequeña luz brillaba a través de los postigos de las ventanas del salón.

Con paso cauteloso y un ojo puesto en la ominosa pared inclinada, Phil condujo a Dytie hasta el porche y dobló la esquina. Dudó un momento frente a la vieja puerta con la diminuta puerta para gatos recortada en la parte inferior, luego levantó la mano hacia la aldaba con cabeza de gato y la golpeó dos veces. Al cabo de un rato se oyeron pasos, se abrió la mirilla de estilo antiguo, y esta vez Phil reconoció inmediatamente que el ojo gris acuoso era el de Sacheverell.

"Saludos, Phil", dijo éste. "¿Quién está contigo?"

"Una joven llamada Dytie da Silva".

Sacheverell abrió la puerta. "Adelante. El destino debe estar obrando. Su hermano está aquí".

XVIII

El salón de los Akeley estaba tan desordenado como la última vez que Phil lo vio. Nadie había limpiado mucho después de la refriega. Además, había un gran número de platos, tazas y vasos sucios abandonados en lugares extraños. A juzgar por los restos de comida y bebida que había en ellos, desde la noche anterior se habían consumido tres comidas informales, sin contar los tentempiés.

Las cortinas de terciopelo negro del extremo opuesto de la habitación se habían corrido, dejando al descubierto el altar que Sacheverell había preparado para Lucky en lo que había sido el comedor un siglo atrás. Consistía en una pequeña mesa o caja adosada a la pared del fondo y cubierta de terciopelo marrón rojizo que llegaba hasta el suelo en elegantes pliegues. Sujeta a la pared había una antigua *ankh* o *crux ansata*, la cruz egipcia con un lazo en la parte superior, símbolo de la procreación y la vida. En las mesas inferiores, a ambos lados, había grandes velas apagadas y estatuillas de muchos de los dioses egipcios: la reina Isis, el fustigador Osiris, el chacal Anubis y la mismísima Bast con cabeza de gato.

Y había la misma profusión de gatos, aunque ya no eran tan pacíficos como cuando Lucky estaba en la casa. Acechaban con las orejas echadas hacia atrás y el pelaje esponjado de forma temible; se emboscaban unos a otros por detrás y debajo de los muebles; gruñían y saltaban cada vez que se encontraban. Los que devoraban los trozos de comida que quedaban en los platos levantaban la cabeza cada pocos segundos para sisear advertencias. El único que dormía estaba impíamente acurrucado en el altar de Lucky.

La oscura mesa baja con incrustaciones de un pentáculo de plata había sido enderezada y colocada en el centro de la habitación. Sobre ella había vasos y una botella de brandy. Junto a ella estaba sentada Juno Jones, todavía con su vestido raído y las mangas rasgadas colgando de sus carnosos brazos, pero con su sombrero cubierto de flores una vez más atascado sobre su recortada melena rubia. Parecía hosca y a la defensiva.

Frente a ella, inclinados hacia delante en sus sillas, estaban sentados Dion da Silva y Morton Opperly. Ambos se levantaron cuando Sacheverell hizo entrar triunfalmente a Phil y Dytie en la sala, diciendo: "¡Nuestro consejo de guerra -o quizás debería decir paz muscular- está completo!".

Opperly sonrió cortésmente, parecía sentirse completamente a gusto en aquel entorno salvaje, maravilloso y de mala muerte; tal vez a una mente ávida de cualquier y todo hecho le gustara un ambiente bohemio y mugriento.

¡Dion da Silva, por su parte, en cuanto vio a Dytie, dejó el vaso de whisky que llevaba en la mano y gritó tres o cuatro palabras en un idioma extranjero; luego se recompuso y dijo: "'Allo, darling! Genial. 'Allo, 'allo, 'allo".

Para entonces ya tenía a Dytie en sus brazos y la abrazaba con una avidez que a Phil le pareció claramente poco fraternal. Ella tampoco estaba siendo demasiado fraternal. Pero finalmente lo apartó con un grito ahogado. "Ya basta", le dijo. "También me alegro de verte, idiota. Ya era hora de que aparecieras".

Dion pareció dolido durante el tiempo que tardó en coger su vaso de whisky. "¿Sabes qué hacer?", le preguntó a su hermana emocionado.

"Sí, emborracharme", le dijo ella y le susurró a Phil: "¿Sabes qué falta Dion? Dios vino. Escoge un buen nombre, ¿eh?"

"No emborracharse", afirmó Dion con cierta dignidad. Entonces su excitación volvió a apoderarse de él y estalló: "¡Encontramos gatito!".

Se oyó una risita que Phil reconoció. Mirando a su alrededor, vio a Mary Akeley sentada en su alcoba, respaldada por sus estanterías de muñecas de cera y ocupada en su trabajo cosiendo ropa para otra bajo una gran lupa. La joven esposa de Sacheverell, que tenía nariz de bruja, se había puesto un vestido de noche del cual casi le salía del pecho y se había atado un enorme lazo verde alrededor del cabello oscuro y áspero.

"Ese hombre, me corta en pedacitos cada vez que dice una palabra", farfulló, sin hacer una pausa en su trabajo. "Es tan mono".

"Gracias, cariño", contestó Dion, agitando alegremente su vaso hacia ella, "Soy mono por todas partes. Todos los *s'prises* llenos. Enséñamelo alguna vez".

Dytie reprimió una carcajada y le susurró a Phil: "Te lo digo yo: ¿dos piernas, glándulas mamarias?". Phil asintió, aunque juzgó que el interés de Dion por Mary no llegaba ni de lejos a su sedienta adoración por Dora Pannes. El sátiro (Phil se sintió sorprendido por la facilidad con que la palabra le vino a la mente) sólo estaba metiendo la mano.

Sacheverell ignoró el coqueto intercambio. Sus facciones quemadas por el sol brillaban con una excitación controlada. "La joven es Dytie da Silva, la hermana de Dion", dijo a Opperly y Juno. Luego se volvió hacia Phil. "Supongo que se preguntarán por qué están aquí el doctor Opperly y el señor da Silva. Bueno, los traje conmigo desde la Fundación porque ambos están genuinamente interesados en él, y entre todos nosotros creo que tenemos una muy buena oportunidad de librarlo de sus enemigos."

"¿Qué quiere decir con él?" Dytie preguntó a Phil. "¿Se refiere al

minino?"

Phil asintió.

"Me refiero al Verde", confirmó Sacheverell un poco en tono de reproche. "Me refiero a Bast Regresado, el Portador del Amor y la Concordia".

Dytie no se molestó con eso, pero continuó susurrándole a Phil: "Él dice Op'ly. Op'ly hombre delgado agradable allí buena cara? Présentanos, por favor".

Sacheverell se disponía a pronunciar un discurso y dirigió a Phil una mirada ligeramente apenada cuando éste realizó la deseada presentación. El doctor Opperly sorprendió a Phil besando galantemente la mano de Dytie, la cual luego no soltaba. No se comportaba en absoluto como debería hacerlo un científico de más de ochenta años. Y Dytie desprendía mucho más encanto del que Phil recordaba que usaba con él. Mientras los dos estaban allí murmurando entre ellos cosas felices pero probablemente muy inteligentes, Phil sintió un celoso impulso de gritarle a Opperly: "Espera a ver sus piernas de verdad", pero de alguna manera sospechaba que Opperly no se escandalizaría de las piernas reales de Dytie ni de nada de ella. Había notado una expresión de sorpresa en el rostro de Opperly cuando éste cogió la mano de Dytie, y por experiencia propia sabía por qué, pero la sorpresa de Opperly no se había convertido en repulsión, sino en ansioso interés.

La voz de Opperly se volvió de repente aguda, clara y romántica: "Será un placer, señorita da Silva".

Dytie se volvió hacia los demás con una sonrisa de satisfacción. "Op'ly me ha hablado mucho de ustedes", anunció. "Perdón, por favor. Dion usted se encarga de cuidar del minino."

Y ella y el Dr. Opperly salieron por el comedor cogidos del brazo, sonriéndose el uno al otro y charlando alegremente.

Sacheverell los siguió con una mirada crítica. "No parecen tener mucha consideración por la importancia de la situación, debo decir, así que seguiremos solos haciendo planes para rescatar al minino Verde. Sr. Gish, ¿qué tiene que aportar?"

En unas pocas frases, Phil narró cómo había encontrado a Lucky en Fun Incorporated, cómo lo había vuelto a perder y cómo lo había alcanzado en la Fundación Humberford justo antes de que Dora Pannes lo atrapara.

En cuanto Phil terminó, Mary Akeley intervino. Había terminado de coser ropa y había empezado a ponérsela a un muñeco relativamente voluminoso que Phil reconoció como el retrato de Moe Brimstine que había empezado a hacer la noche anterior. Para su asombro, Phil se

dio cuenta de que incluso le estaba poniendo ropa interior y deslizando objetos casi microscópicamente diminutos en los bolsillos del pantalón con una pinza diminuta.

Ella le dijo: "¿Has averiguado por casualidad, Phil, por qué el anciano doctor Romadka secuestró a esos tres gatos nuestros?".

Phil le explicó, tan brevemente y tan poco enfermizamente como pudo, lo que les había ocurrido.

Mary alargó la mano por encima del hombro y cogió el muñeco que era la imagen del doctor Romadka. La miró con su mirada de bruja.

"Lento, lento goteo de ácido en tu frente", entonó con una sinceridad que hizo que la piel se pusiera de gallina bajo la camisa de Phil. "Y espero que pasen días antes de que te entre en el ojo. Ese es el primero y más leve de tus tormentos". Cogió la muñeca que había estado vistiendo y le informó: "Eso también va por ti. Después de que el ácido entre realmente en el primer ojo, nos desviaremos a otras partes de tu cuerpo. Para empezar...."

Una repentina pelea de gatos impidió que Phil descubriera lo desagradable que podía llegar a ser la imaginación de Mary Akeley. Sacheverell separó a los cinco combatientes maulladores con unas cuantas patadas indoloras pero estratégicas. Luego se arremangó los pantalones turquesa y dijo, mirando severamente a su esposa: "Ahora quizá podamos olvidarnos de todos los odios y otras vibraciones oscuras y ponernos manos a la obra. Ésta es la situación, señor Gish. Hoy temprano, Juno oyó por casualidad a su marido Jackie decirle a Cookie dónde se esconden Billig y el señor Brimstine...."

"Sólo Moe Brimstine", corrigió Juno adustamente.

"Viene a ser lo mismo", continuó Sacheverell. "Ahora Jackie y Cookie están a salvo durmiendo arriba...."

"Sí", volvió a intervenir Juno, "pero no van a seguir así mucho más tiempo".

"¿No después de lo que pusiste en su whisky?" le preguntó Sacheverell con una fina sonrisa.

"Escucha", le dijo Juno, "esos dos tipos han echado en tu whisky más cosas de las que se escriben en los libros que leen los imbéciles como tú. Son duros, los muy gamberros".

"Bueno, si se despiertan, estoy seguro de que podrá ocuparse de los dos. Ésa es la situación, Sr. Gish, y el único problema es que la Sra. Jones no nos dice dónde está el Sr. Brimstine. Empezó a hacerlo, pero luego se cerró como una esclusa. Le hemos suplicado, le hemos implorado, le hemos prometido cosas. He hecho todo lo que he podido para explicarle la importancia cósmica de que el Verde sea servido y

adorado como es debido, para que pueda cambiar el mundo. El señor da Silva la halagó y la animó, y el doctor Opperly se mostró muy amable. Pero ella no quiere hablar".

"Yo seguro que no hablaré con locos como tú", le dijo con ira la luchadora. "Si no hubieras empezado a actuar de forma tan retorcida, probablemente te lo habría soltado directamente. Pero no soy el tipo de persona a la que le guste que la sacudan ni nada por el estilo..."

"Una disculpa" ,interrumpió Dion. "No jolly, realmente significa. Como tú, Juno Jones. Mujer grande y fuerte".

"Y no disfruto hablando de locos", dijo Juno a Sacheverell, ignorando a da Silva. "Cada loca razón que me diste para hablar me hizo estar mucho más segura de que no lo haría". Tomó un trago y se volvió hacia Phil, con los codos apoyados en sus rodillas correspondientemente grandes. "Ahora, contigo es diferente", dijo. "Tienes una idea loca de la comida, pero fuera de eso eres bastante humano. Y tengo que admitir que tienes agallas, porque te vi enfrentarte a Brimstine y por lo que he oído hiciste más de lo mismo después. Pero lo principal es que tienes ese gato loco, o al menos lo buscabas cuando te conocí. Y no creo que tuvieras ninguna idea loca al respecto, aunque yo lo pensé en su momento. ¿Es cierto, Phil? ¿O planeas hacer algo cósmico con ese gato?".

"Sólo quiero encontrarlo", dijo Phil con sinceridad.

"Con eso me basta. Es tu gato y tienes derecho a saber dónde está, aunque te maten intentando encontrarlo y yo me meta en todo tipo de problemas por decírtelo. ¿Quieres que te lo diga en privado, Phil, o que te lo diga delante de todos estos capullos?".

"Gracias, Juno", dijo Phil en voz baja. "Dilo sin rodeos".

Juno abrió la boca y luego dijo: "Oh, Señor".

Phil se dio la vuelta. Jack y Cookie acababan de llegar del vestíbulo.

"Vaya clase de esposa resultaste ser", le informó Jack a Juno, caminando hacia ella con las manos metidas en los bolsillos. "No puedo dejarte ni diez minutos sin que empieces a hacer alguna tontería". Con ojeras y barba de un día, el pequeño y oscuro luchador hacía un buen trabajo pareciendo indignado y abatido. Pero Cookie, imitando automáticamente a su héroe, sólo podía producir una expresión como la de un bebé rubio a punto de llorar.

"También se está volviendo furtivo", observó Jack. "Espiándome".

"Poco limpio", comentó Cookie.

"¿A escondidas?" Juno golpeó tan fuerte la mesa con incrustaciones de plata que ésta saltó y tuvo que agarrar su vaso y la botella. "Vosotras dos, apestosas, sois tan deshonestas que sólo podríais jugar al softball".

"Además, no me gusta la compañía que tenéis", continuó Jack. "Lo de Ikeless Joe ya fue bastante malo", dijo, echándole a Phil la más mínima mirada antes de pasar a da Silva, "¿pero de dónde sacaste de aquí a Plutón a este engrasador tonto que ni siquiera sabe hablar inglés?".

"Este gigoló cursi", añadió Cookie con sorna.

Dion, que hasta ese momento había parecido simplemente interesado, dejó su vaso y frunció el ceño mirando a Jack. "No como tú", afirmó. "¿Quieres una patada en la cara, un pisotón?".

Phil hizo una mueca de dolor, visualizándolo con todo lujo de detalles.

"¿Sabes con quién estás hablando?" le preguntó Cookie a Dion.

"No os peleéis, chicos", dijo Mary desde la alcoba, "al menos hasta que haya terminado esta parte de las cosquillas". Estaba dando los últimos retoques a la cara de Moe Brimstine bajo la lupa. "Entonces creo que me gustaría verte vagabundear, hombre Dion".

"Que nadie se preocupe", dijo Jack con tristeza. "No busco pelea aunque me la dieran. Estoy demasiado abatido por esta inocente, desconsiderada e inculta esposa mía".

"¿Inculta?", explotó ella. "¿Después de estar casada contigo todos estos años? Tienes tantas ideas podridas que eres toda una universidad. Bueno, me he graduado. Y cállate, ahora, porque tengo que decirle a Phil dónde puede encontrar a Moe Brimstine y tal vez a Billig y su gato".

Jack se giró hacia ella. "Juno, no sabes lo que estás diciendo. No sabes lo que estarías haciendo. Sube un momento y te lo explicaré todo".

"¡Sube!" Juno se burló. "Díselo a las granjeras verdes que intentan entrar en el negocio de la lucha libre. Ahora mira aquí, Phil. Brimstine...."

"¡Juno!" Jack gritó, "No quería decírtelo delante de todo el mundo, pero hay un millón de dólares en juego en este acuerdo para mí y para ti, si Billig sale de su problema. Lo cual puede hacer, siempre y cuando tenga el gato verde para negociar con el gobierno. Y mira, Juno, Billig ha perdido a todos sus guardaespaldas y su poder y todo; tiene que depender de Brimstine, de mí y de Cookie".

Juno lo miró fijamente. Durante uno o dos segundos hubo silencio. Entonces Sacheverell tosió delicadamente.

"Jack", dijo sin prisas, "estoy convencido de que aprecias profundamente los valores espirituales. Tu aura puede parpadear y atenuarse, pero al final siempre resplandece brillante y clara. Ayer renunciaste a diez mil dólares que Moe Brimstine te habría dado por el Verde, sólo para que pudiéramos adorarle como es debido y

ayudarle a cambiar el mundo. Ahora bien, si estuvieras dispuesto a hacer eso...."

"Lo sé, lo sé", le gruñó Jack con impaciencia, "pero esta vez se trata de mucho dinero".

Sacheverell miró al techo, como si estuviera diciéndole en silencio a algún dios lo malvado que era el mundo.

"Me sentí halagado por ti y por Mary durante un tiempo", continuó Jack. "Me gustaba vuestro estilo y me enamoré de algunas de vuestras locas ideas. Te seguí la corriente hasta llegar a los diez mil dólares, aunque no diré que no iba a robar el gato verde y vendérselo a Brimstine después de que te hubieras divertido con él. Pero métete el aura por las orejas y métete esto en la cabeza: esta vez es dinero de verdad".

Sacheverell dijo: "Mary, recuérdame quemar nuestros jerséis negros mañana por la mañana".

Por la expresión del rostro de Juno, Phil pudo darse cuenta de que Jack por fin había hecho algo para complacerla.

Pero lo había hecho demasiado tarde. La satisfacción desapareció de la cara de Juno y sólo quedó el gesto adusto cuando le dijo: "Ese millón era sólo para ti, Jack, o para ti y Cookie hasta hace medio minuto. Otra cosa, Billig no va a salir de ésta, y si lo hiciera es el tipo de hombre que mata a la gente que le salva. Pero aunque consiguiera su millón, yo no aceptaría ninguna parte. No creas que nadie, incluido ese gato verde loco, me ha hecho ablandarme. Es sólo que nunca aceptaría nada de ti, Jack... nunca más". Sin hacer una pausa, se volvió hacia Phil y le dijo: "Brimstine está detrás del mostrador del Bar Ojos de Bicho del Parque de Atracciones Todos los Placeres. Te llevaré al lugar exacto".

En ese momento, cuando todos miraban a Juno, una voz fría y desdeñosa habló desde el comedor: "Y nosotros te acompañaremos".

La cabeza de Phil siguió a los demás. De pie frente al altar de Lucky, con su abultada frente arrugada por una sonrisa de diversión, estaba Carstairs. A su izquierda estaba Llewellyn, con los ojos brillantes en su impasible rostro negro. A la derecha de Carstairs estaba Buck, bostezando pero atento. Phil tuvo la sensación de que los matones intentaban parecerse a los cañones de las armas que empuñaban con desenfadada destreza. Cerca de Buck y un poco detrás de él estaba Mitzie Romadka.

Carstairs dijo: "Hemos estado averiguando algunas cosas sobre este gato verde nosotros mismos". Podía hablar muy bajo porque no había ruido en la habitación. "Creemos que sería mucho más deseable si fuéramos nosotros los que vendiéramos el gato al tío Sammy. Vosotros

nos vais a ayudar a conseguir el gato. Por cierto, payaso", se dirigió a Phil, "tu amiguita fue la responsable de que os localizáramos". ¿No es así, Mitz?"

Pero Mitzie no dijo nada. Para Phil, se veía notablemente pálida, con los labios apretados y miserable para una chica que disfrutaba de una venganza.

"Sí", continuó Carstairs, "vino lloriqueando a nosotros hace un rato, pidiéndonos que te secuestráramos o alguna tontería por el estilo. ¿Te imaginas, payaso, que tu novia fuera tan estúpida como para pensar que nos alegraríamos de ella e incluso que haríamos algo por ella, después de haberla echado de la banda y de que se nos hubiera escapado a Billig? Las ilusiones juveniles mueren con fuerza. Bueno, en lugar de eso hizo algo por nosotros. Después de un poco de persuasión nos dijo todo lo que sabía sobre el gato verde y ustedes, también algunas direcciones, incluida ésta".

Y ahora Phil vio que Mitzie lo miraba agitadamente y trataba de hablar, pero no podía abrir la boca. Se dio cuenta de que debía de tener la boca tapada con cinta adhesiva de algún material transparente y antirreflectante. Buck se dio cuenta y le retorció la muñeca mientras observaba pensativo su rostro.

Carstairs concluyó: "No hay mucho más que decir. Tú y tú y tú" -y apuntó con la boca de la pistola a Jack, Cookie y Sacheverell- "os quedaréis aquí con mi amigo Llewellyn. El querido Mitz también se quedará aquí, en parte por si se te ocurre alguna idea rara, payaso. Los demás vendréis con Buck y conmigo en un viaje lleno de emociones a Todos los Placeres. De acuerdo con lo que Mitz nos dice, todos ustedes pueden tener ángulos útiles en la captura de este gato para nosotros. El transporte está al frente".

Juno se levantó encogiéndose de hombros. Dion, por una vez, estaba muy callado. Phil se preguntó si Opperly y Dytie habrían evitado a los matones.

Mary Akeley cogió los muñecos que representaban a Moe Brimstine y al doctor Romadka, los metió en un gran bolso de mano, se cogió una chaqueta de bolero y anunció tranquilamente: "Bueno, ya estoy lista".

XIX

EMOCIONES DEL TERCER MILENIO

¡1000 PIES DE CAÍDA LIBRE!

¡BESOS Y ABRAZOS GRABADOS!

Abrace a su estrella favorita

Mejor que las manos

¡SU MENTE DESPEJADA EN DIEZ MINUTOS!

Revive Tu Infancia

¡Te Sentirás Como Un Cohete!

¡PON A PRUEBA TU FUERZA CONTRA UN BEM!

¡MATA MARCIANOS!

¡TIRA PIEDRAS A CHICAS GLAMUROSAS!

¡TATUAJES FLUORESCENTES!

Aquellos eran algunos de los letreros que llamaron la atención de Phil mientras lo hacían marchar por los terrenos elásticos, cubiertos de goma y sembrados de botellas de plástico del parque de atracciones All Pleasures.

Las medidas enérgicas del gobierno contra Fun Incorporated habían producido algunos cambios tangibles en Double AP, por lo que Phil podía juzgar de su última visita. Los tocadiscos burlescos estaban cerrados con candado, las figuras de goma que se contoneaban orgiásticamente por 25 centavos estaban ocultas a la vista. Los vestidos eran unos centímetros más altos de lo habitual en los pechos de las chicas que trabajaban en las concesiones. No parecía haber ningún caballero de ojos taimados reclutando grupos especiales para encontrarse con un robot de juego o disfrutar de alguna otra forma de entretenimiento ilegal. Frente al espectáculo lateral alguien estaba pintando el cartel que rezaba: "¡Vea a la mujer con cuatro glándulas mamarias!". Phil se dio cuenta de que Dion miraba el rótulo con nostalgia.

Sin embargo, en el parque reinaba la inquietud, y no sólo porque hubiera poca gente. Los barqueros gritaban demasiado de repente y paraban demasiado pronto. Los clientes vacilaban incómodos frente a las concesiones y luego seguían arrastrando los pies. Las chicas glamurosas mayores de edad, dispuestas a esquivar piedras de goma o a que les sacudieran la ropa de cama o las faldas cuando una bola espacial daba en el blanco simulando un planeta, eran un poco

histéricas en los desafíos que lanzaban a los clientes que pasaban. Los gritos que llegaban tenuemente desde lo alto de la caída de 300 metros en la atracción Spaceship Ride no eran los habituales chillidos aterrorizados pero encantados; parecían más bien lamentos.

Quizá la caída de Fun Incorporated había hecho que la gente que atesoraba patéticamente sus emociones, o el dinero que se ganaba con ellas, se preguntara: "¿Y ahora qué?". Tal vez los incoherentes discursos apocalípticos del presidente Barnes habían surtido por fin efecto, haciendo que la gente se preguntara qué obtenía de los llamados placeres de la vida, especialmente de los más publicitados. Tal vez la directiva gubernamental que se estaba emitiendo por los altavoces de los noticiarios públicos para la destrucción de todos los gatos había provocado en la gente un sentimiento de "Estaríamos más seguros en casa".

O puede que la inquietud de Double AP formara parte de un sentimiento general que se apoderaba de Estados Unidos, un sentimiento que había ido cobrando fuerza en el inconsciente y que ahora estallaba en pensamiento, un sentimiento de que algo que ni siquiera el gobierno podía manejar acechaba invisiblemente, para bien o para mal, detrás de cada hombre.

Por supuesto, para Phil los amenazadores acechantes eran dos figuras muy definidas: Carstairs y Buck, que en ese momento estaban guiando a sus involuntarios ayudantes a través de la pupila de uno de los varios ojos surrealistas que servían de entrada al Bug-Eyed Bar.

Esta noche, la llamativa taberna estaba más vacía que el parque. Sus famosos Ten-G Highballs y Stun-Gun Cocktails se estaban haciendo de rogar. Sus clientas, notoriamente ávidas de bebida, brillaban por su ausencia. El más pequeño de los dos camareros servía refrescos a los dos únicos clientes, por lo que a Juno, Phil, Mary y Dion les resultó muy fácil subirse a los taburetes neumáticos delante del otro camarero. Carstairs y Buck les seguían de cerca.

A Phil le costaba creer que el hombre que tenían delante fuera Moe Brimstine. Por un lado, era pelirrojo hasta la barba incipiente de las mejillas y la barbilla. Por otra, los ojos que Moe siempre había mantenido tras unas gafas oscuras eran tan pequeños y entrecerrados como los de un cerdo. Y aunque el fugitivo del FBL debió de reconocer a varios de ellos, no lo demostró de ninguna manera que Phil pudiera discernir. Los miró a todos con fijeza, sacando brillo a la barra sin motas con la inmemorial toalla sucia. De hecho, todo el bar tenía el mismo aspecto que podría haber tenido un bar cincuenta o cien años antes; los robots no podían supervisar a las chicas de categoría B, ni nunca habían sido legalizados como porteros de discoteca.

"¿Qué le apetece?", preguntó el pelirrojo.

Phil sintió la pistola de Carstairs clavándose en sus costillas. Intentó humedecerse los labios.

"Señor Brimstine, quiero mi gato verde", graznó.

Moe Brimstine arrugó la frente. "¿Eso se prepara con crema de menta, chartreuse o fuego verde?".

"Me refiero a mi gato verde vivo", le dijo Phil.

"Aquí no servimos a borrachos", dijo Brimstine con ecuanimidad. "Tu amigo ha bebido demasiado. ¿Qué les apetece a ustedes, damas y caballeros?"

Mary Akeley abrió su bolso y dejó el muñeco de Moe Brimstine sobre el mostrador. Lo miró pensativamente durante un momento y, con deliberada delicadeza, le quitó las diminutas gafas oscuras. Tenía los ojos como cerditos. Sonrió. Volvió a colocarse las gafas y sacó de su bolso un alfiler de sombrero, unas tijeras, un cuchillo pequeño, unos alicates, un paquete de llama de muestra, una plancha diminuta con mango aislante y una botella negra con costra blanca, y los colocó en fila.

"Esto no es un tocador, señora", dijo Brimstine. "Pida sus bebidas".

Phil no pudo evitar sentirse impresionado por la compostura del hombretón, y entonces, sin previo aviso, sintió una ráfaga de terror que supo de inmediato que no tenía nada que ver con las armas que tenía a sus espaldas y que difícilmente podía provenir de la parafernalia infantil para magia negra que Mary Akeley había dispuesto.

Se dio cuenta de que la ráfaga también había alcanzado a Moe Brimstine, porque el hombretón dejó caer la toalla y retrocedió contra los estantes de botellas que tenía detrás.

Mary Akeley dijo: "Señor Brimstine, usted robó el Verde, al que mi marido adora como Bast. Va a sufrir hasta que lo devuelva". Su voz tembló un poco al principio, luego se estabilizó en un monótono frío y cruel. "Siento no haber podido traer mi pequeño potro y mi doncella de hierro, pero estos utensilios son bastante adecuados". Encendió el paquete de llamas y sostuvo el pequeño hierro sobre él.

Phil oyó a Juno contener el aliento y a Carstairs emitir un gruñido divertido detrás de él. La punta de la plancha se puso roja. Mary Akeley dio la vuelta a la muñeca y la tocó ligeramente con la plancha. Sus pantalones echaron humo.

Moe Brimstine emitió un fuerte grito ahogado y se llevó la mano a la espalda. Luego agarró temblorosamente el muñeco, pero Mary Akeley cerró la mano alrededor de sus dos brazos y su centro. Al instante, los brazos de Brimstine se aprisionaron contra sus costados y se quedaron

allí. Mary levantó el muñeco. Brimstine se enderezó. Lo alejó de ella unos centímetros. Brimstine retrocedió hacia las estanterías. Le corrían perlas de sudor por la frente. Mary golpeó inesperadamente al muñeco en la mejilla con la plancha caliente. Moe Brimstine volvió a jadear de dolor y echó la cabeza hacia atrás.

"Este tipo de cosas van a continuar hasta que nos entreguen al Verde", dijo la joven bruja con naturalidad. Phil vio que había aparecido una mancha roja en la mejilla cenicienta de Moe Brimstine.

"Sólo que va a empeorar mucho más rápido", amplificó, alcanzando la botella con costra blanca. Moe Brimstine empezó a decir algo, pero ella apretó el pulgar de la mano que sostenía la muñeca sobre su boquita.

"Después de un tiempo seré mucho más propensa a confiar en las cosas que dices", explicó. La cara de Moe Brimstine enrojeció y sus ojos se abrieron de par en par.

Entonces una sombra se acercó paseando suavemente por la parte superior de la barra. Volviéndose temeroso mientras se alejaba de ella, Phil vio que era verde y sedosa y que tenía un rostro sabio y atractivo. En una fracción de segundo de comprensión, Phil supo que era Lucky quien les había infundido un terror sobrenatural, tal como lo había hecho en la Fundación Humberford; Lucky quien había abierto la mente de Moe Brimstine y tendido un puente entre ella y la de Mary, de modo que la sugestión le había hecho experimentar todo lo que le sucedía al muñeco.

Y entonces Phil se dio cuenta de que a Moe Brimstine no iban a sucederle más cosas desagradables y que nadie iba a causarle ningún problema, ni siquiera Carstairs o Buck, pues de pronto todo el terror desapareció y la amabilidad y la invencible buena voluntad comenzaron a brotar de Lucky como el whisky escocés de una botella. Phil podía sentirlo entrar y llenar a todos los demás. Hubo pequeños suspiros y risitas. El dedo anguloso de Mary Akeley se encogió de la botella con costra blanca, luego barrió apresuradamente todos los implementos de la barra en su bolso.

Lucky se colocó frente a Phil y se estiró, trabajando lenta y exuberantemente los músculos del cuello y la espalda. Moe Brimstine sonrió al gato verde, y las arrugas felices alrededor de sus pequeños ojos sugirieron los de Santa Claus. Con un "¿Si no te importa?" dirigido a Phil, extendió su gran mano y acarició suavemente y maravillado el sedoso pelaje.

"Seguro que rescataste al tío Moe en el apuro", le dijo a Lucky, rascándole detrás de las orejas. "Siento sinceramente las cosas que te hice. No las entiendo ahora, y estoy muy contento de que te hayas

liberado, aunque no entiendo cómo lo hiciste".

Luego se enderezó y exclamó: "¿Qué van a querer, amigos? Invita la casa". Y así fue, varias rondas rápidas y alegres. Incluso Lucky tomó un cóctel compuesto de leche, clara de huevo, azúcar en polvo y ginebra. Por consejo de Phil, Moe lo puso detrás de la barra para que Lucky pudiera consumirlo en privado.

Buck soltó una carcajada juvenil y entregó dos pistolas, con la culata por delante, a Brimstine.

"Será mejor que compruebe mi puntería, podner", explicó, adaptando su acento de paleto a la jerga de los vaqueros. Moe las aceptó, probó una disparando a una luz del techo y las guardó. Del mismo modo, Carstairs entregó sus armas, con la orden añadida de que Moe debía venderlas y utilizar el dinero para comprar más licor cuando la existencias del bar se agotaran.

Juno, con un whisky enorme delante, se inclinó sobre Phil y le aseguró a Mary: "A partir de ahora, creeré cada palabra que me digan los locos, especialmente tú y Sash".

"Y yo siempre te diré cuando estemos mintiendo", le aseguró Mary de vuelta, más bien entre dientes, ya que Dion la estaba acariciando.

A medida que los clientes iban entrando en el bar de uno en uno, Brimstine los llamaba para que se unieran a la fiesta. En cuanto lo hacían, se mostraban tan amistosos y animados como los demás. Al cabo de un rato había una pequeña multitud y Moe no hacía otra cosa que servir, agitar y servir. Al poco dejó la parte de agitar.

Mary se separó de Dion y cogió el muñeco de Brimstine y lo abrazó y besó, diciendo: "Querido, querido hombre". Moe hizo una pausa en su trabajo de camarero para cerrar los ojos y estremecerse extasiado.

Entonces Lucky salió de debajo de la barra y saltó sobre ella y caminó arriba y abajo de una manera muy señorial pero con un bandazo definitivo. Después de un rato saltó hacia abajo delante de la barra y la multitud se separó para él. La criatura verde y borracha zigzagueó con dignidad hacia una salida.

Moe se elevó por encima de la barra, derramando varias bebidas, y gritó: "¡Venga, todos, vamos a divertirnos! En Double AP todo es gratis".

Y así comenzó una procesión bacanal por el Parque de Atracciones Todos los Placeres, con Moe haciendo de Baco, Lucky de leopardo y, pensó Phil, si los demás supieran lo de Dion.

Había ninfas en abundancia, ya que Moe invitaba a cada chica a dejar su concesión después de que todas las que quisieran hubieran tenido su turno y Moe hubiera explicado cómo los juegos estaban trucados y

todos los premios habían sido distribuidos o al menos ofrecidos.

Una o dos veces los dueños de las concesiones balaron indignados ante el grito de guerra de Moe: "¡Todo es gratis, amigos!". Pero sus objeciones siempre se disolvían a la llegada de Lucky.

La procesión crecía sin cesar. De vez en cuando la abandonaban grupos para dar paseos libres, pero no eran tantos como cabría esperar y siempre parecían contentos de volver.

Moe se divertía con una capacidad endiablada. Saltaba como un corderito sobre la superficie de goma. Tenía una palabra y un chiste para cada uno y siempre se le ocurría una nueva acrobacia para rematar la última. Quizá alcanzó su punto álgido cuando soltó un tigre y dos panteras negras del espectáculo de animales. No despertaban ningún temor y entraban y salían alegremente de la procesión, aceptando las caricias de todo el mundo pero, al parecer, lo que más placer les producía era bajar el cuello para rozar el de Lucky.

Phil se divertía mucho, sobre todo mientras retozaba mano a mano con una linda pelirroja del espectáculo "Visite a la Venus Viciosa", pero de vez en cuando el pensamiento de los peligros y deberes descuidados volvía a acosarle. En una de estas ocasiones, Juno le echó un gran brazo al cuello, casi golpeándole la cabeza, y le dijo: "¿Tienes problemas, Phil? Dáselos a Mamá Juno y ella te los quitará de encima. Me encanta ese sujeto verde. Tiene la mejor fórmula para vivir que existe. Hey, ¡mira eso!"

Estaba señalando a Carstairs y Buck, que habían descubierto una concesión titulada en rojo fosforito PÉGALE A LA DAMA EN SUS BRAZOS y estaban luchando alegremente por la posesión de un mazo muy grande que aparentemente tenía algo que ver con el juego. Tras un rato de desconcierto, Phil lo comprendió. El juego consistía en golpear una diana en el suelo que hacía que un indicador subiera por un poste, con el añadido típico de finales del siglo XX de que, si el indicador llegaba a la cima del poste, no sólo sonaba una campana y se encendían las luces, sino que una enorme pierna articulada con una bota acolchada se balanceaba hacia abajo y levantaba bruscamente a una encantadora dama de una percha a un metro por encima del ganador y la llevaba a sus brazos, si estaba preparado para cogerla.

Esto último no podía ser demasiado seguro, ya que la encantadora dama era una de las glamurosas chicas que rozaban los cincuenta en lugar de los cuarenta. En el presente ella miraba cínicamente a Carstairs y Buck, como si estuviera segura de que ellos estaban infinitamente más interesados en el mazo que en ella. Todavía no estaba bajo la influencia de Lucky, ya que el gato verde se había alejado momentáneamente con las panteras negras hacia la cola de la procesión.

Los dos felices hep-jerks arreglaron las cosas entre ellos y dieron muchos golpes poderosos al objetivo. El indicador saltaba alto, pero siempre vacilaba justo antes de llegar a la cima. Los espectadores suspiraron compasivamente. Para entonces, la mayor parte de la procesión bacanal se había reunido en torno a la concesión de "patear a la dama". Estaba estratégicamente situada entre dos bares y frente a los "Aclaradores de mentes", como se autodenominaban púdicamente con fluorescentes rojos parpadeantes, y una lúgubre boca de caverna llamada "Palacio de Plutón", junto a la cual había una maqueta inexacta del sistema solar con los planetas girando a sacudidas.

Moe Brimstine se refrescaba con una jarra de cerveza que sus ninfas ayudantes le habían traído de uno de los bares. Dos formas negras llegaron ondulando desde las afueras en pos de un destello verde, mientras Lucky volvía a su posición correcta, llevando consigo a los otros felinos.

Entonces, cuando Carstairs empezaba a tirar a un lado el mazo con una amable sonrisa de derrota, Dion da Silva se acercó y lo agarró. Se quitó la chaqueta y la camisa, dejando al descubierto un pecho y una espalda extremadamente peludos.

"Ese Dion sí que tiene aspecto masculino", murmuró Mary a Phil con aprecio, mirando a su héroe. "Con esas orejas tan monas, parece un pequeño sátiro viejo".

Dion flexionó sus impresionantes músculos, cogió el mazo y lo golpeó con una fuerza que los espectadores sintieron con los dientes traseros. La campana tintineó, la luz parpadeó y el gran pie inició su descenso.

Al mismo tiempo, Dora Pannes salió de entre la multitud desde la dirección del Palacio de Plutón y pasó altivamente junto a Dion sin mirarle ni a él ni a nadie. Avanzaba hacia Lucky con la monotonía de un sonámbulo.

Haciendo caso omiso de la encantadora dama pateada, Dion se abalanzó sobre Dora Pannes, la aplastó contra su peludo pecho y empezó a asfixiarla a besos. Phil se adelantó galantemente y atrapó a la encantadora dama. Sus rodillas se hundieron. Ella estaba ahora al alcance de la influencia de Lucky y frunció los labios invitando a Phil, pero él la dejó rápidamente en el suelo, horrorizado por otra cosa.

Con un repentino aullido de furiosa cólera, Dion había empujado a Dora Pannes lejos de él, de modo que cayó pesadamente al suelo. Antes de que nadie pudiera detenerle, Dion cogió el mazo y lo hizo caer con un estruendo titánico sobre la cabeza de la hermosa rubia violácea.

"¡Me encantan las cosas así!", gritó. "¡Aah!" Y siguió golpeando la hermosa cabeza y el cuerpo para que rebotara arriba y abajo sobre la

goma.

Phil estaba doblemente sorprendido porque esto estaba ocurriendo en presencia de Lucky. De hecho, el gato verde, sentado tranquilamente frente a Phil, parecía estar mirando con aprobación.

Dora Pannes comenzó a retorcerse lisiada y lascivamente entre los golpes y a cantar "Slap Me Silly Honey" con una voz horriblemente alegre. Entonces su cabeza, aplastada por los repetidos golpes, se abrió. Pero en lugar de sesos salieron fragmentos de cristal, plástico y metal, algunos de ellos con cables. Su voz se elevó en un último graznido de pato sin sentido y dejó de moverse.

Al comprobar que Dora Pannes no era un ser humano, sino el más avanzado de los maniquíes creados por los técnicos de Fun Incorporated, un robot que funcionaba mediante escáneres y cintas de instrucciones, Phil se dio cuenta de varias cosas. Incluso su nombre era un juego de palabras de la mitología griega, un anagrama aproximado de Pandora, la doncella construida de metal, si Phil recordaba correctamente al doctor Romadka, por orden de Zeus.

Cuando Dion bajó por fin el mazo, una chica en pantalones de vestir irrumpió entre la multitud y agarró a Phil del brazo. Era Mitzie Romadka, jadeante y despeinada. Detrás de ella se lanzó Sacheverell Akeley.

"Jack y Cookie consiguieron golpear a Llewellyn", jadeó, "e intentaron hacer lo mismo con nosotros. Escapamos de ellos, pero han ido a avisar a Billig".

Mirando rápidamente a su alrededor, Phil se dio cuenta de que así era. En la sombría entrada del Palacio de Plutón estaba el señor Billig, flanqueado por media docena de relucientes robots vendedores. Sólo que estos robots tenían cañones que sobresalían de sus relucientes torretas. Billig llevaba una caja colgada del pecho.

"Si alguien hace algo raro, acribillarán a la multitud", dijo con los dedos sobre la caja. "Dora, aturde a ese gato y tráelo aquí".

La multitud retrocedió hacia ambos lados y mostró a Billig los restos de Dora Pannes, con Lucky sentado serenamente a su lado. Phil pudo ver cómo el horror se dibujaba en el rostro de Billig al percibir la oleada dorada de paz que provenía de Lucky. Billig levantó el orto y disparó.

El rayo azul salpicó goma fundida a una docena de metros de Lucky y no causó ningún otro daño antes de apagarse. Pero cuando el resplandor se apagó, Phil vio que el contrafuego del rayo había encontrado un blanco. Billig cayó hacia delante con un gran agujero en la cabeza.

Entonces, como si la caída de Billig hubiera sido una señal, un hombre

pequeño y gordo salió a través de las cortinas de los Despejadores de Mentes. Aunque llevaba una especie de máscara parcial de gas, Phil reconoció al Dr. Romadka. Apuntó con una pistola aturdidora, Lucky se desplomó y quedó inmóvil, y la inquietante paz de la noche cambió en un chasquido de dedos a un terror agitado que a Phil le pareció que tomaba la forma de una vibración palpable, un rugido ululante.

Romadka se lanzó hacia Lucky. Junto a Phil, Mary Akeley sacó algo de la cartera y lo agitó en el aire. "¡Anton!", gritó amenazadoramente, y cuando el psiquiatra miró hacia ella, hizo girar bruscamente el muñeco de él contra su pie, de modo que su cabeza chasqueó contra su talón.

Por un momento Phil creyó que se trataba de una auténtica bruja, pues Romadka se echó hacia delante sobre su cara.

Pero entonces vio que el rugido ululante había sido el de una docena de coches patrulla, que convergían en el lugar desde todas direcciones y frenaban tan cerca de la multitud que se oían piernas chamuscadas y gritos. Hombres uniformados y de paisano salieron en tropel y ladraron y aporrearon a la multitud hasta conseguir una apariencia de control. El hombre que había saltado del primer coche bajó la pistola aturdidora con la que había noqueado a Romadka. Era Dave Greeley.

Por un momento, Phil se preguntó sombríamente si Billig no habría hecho arreglos con el gobierno para un trato con el gato, nombrando este lugar como punto de encuentro. Entonces, de detrás del hombre del FBL salió Morton Opperly, mirando a su alrededor con gran interés, y Phil decidió que aquel era un mundo en el que ni siquiera podías fiarte de viejos científicos de aspecto noble que fingían ser grandes liberales y balbuceaban secretos gubernamentales para ganarse tu confianza.

Extendió las muñecas para que le pusieran las esposas.

XX

Media hora después de que las enormes manos de goma del telemanipulador sacaran a Phil de su cubículo en la maria negra, había sido sometido a tantas series de controles de seguridad que supuso que sólo había dos lugares en Estados Unidos a los que podía dirigirse: el Heptágono o la Casa Blanca, Junior, en Nueva Washington.

Movido por telemanipuladores que no parecían preocuparse por el lado al que llevaban a la gente, le habían pinchado, golpeado, escaneado, tomado muestras y sometido a otras indignidades. Le tomaron las huellas de los pies, la disposición de los vasos sanguíneos de la retina y otros patrones físicos y dimensiones, presumiblemente para cotejarlos con su expediente del FBL; también su patrón de voz y su escritura manual. Le hicieron radiografías y pruebas magnéticas en busca de bombas que pudieran ser operadas en su interior. Le analizaron el aliento y la sangre en busca de gérmenes y virus BW. Le hicieron una geigrafía exhaustiva. Le encendieron luces en los ojos y le hicieron preguntas en los oídos. Una o dos veces pensó que le habían dormido. Durante todo el proceso sintió una indignación miserable e inútil.

Pero ahora, mientras una última mano de goma que se deslizaba por una ranura de la pared le llevaba a toda prisa por un pasillo y le depositaba en la entrada de una gran sala, se dio cuenta de repente de que ya no le importaba. De hecho, empezó a sentirse tranquilo.

Un ujier humano le condujo por fin a un asiento. Miró a su alrededor. Casi todas las personas con las que se había mezclado en los últimos días estaban allí: Jack y Juno Jones, con cara de asombro, junto con Cookie; Moe Brimstine con su incongruente pelo rojo; Mitzie Romadka y su padre, pálidos y mareados; Sacheverell y Mary Akeley; el doctor Garnett y el canciller Frobisher de la Fundación Humberford; Dion y Dytie da Silva, esta última con una capa acurrucada a su alrededor; incluso Carstairs, Llewellyn y Buck. Junto a ellos había un montón de caras desconocidas: gente de la FBL, supuso Phil. Otros, presumiblemente guardias, se alineaban en las paredes.

La mayoría de ellos observaban a tres hombres que estaban sentados como jueces detrás de un gran escritorio al otro lado de la sala: El Dr. Morton Opperly, el presidente Robert T. Barnes y un hombre de rostro pétreo que Phil reconoció como John Emmet, jefe de la FBL.

Emmet parecía tan delgado como Opperly, pero infinitamente más duro. Como el de Opperly, su rostro mostraba una intensa e incesante curiosidad, pero una curiosidad que nunca llegaba a ser despreocupada, como si cada nuevo hecho fuera para él una nueva

responsabilidad.

En aquel momento, Emmet estaba hablando con Dave Greeley, que supervisaba a dos técnicos de bata blanca mientras telemanipulaban a Lucky, que estaba blando como un paño de cocina, dentro de una caja de paredes bajas situada entre bancos de tubos electrónicos y transistores. Al parecer, Greeley había expresado una duda sobre la seguridad del montaje, pues Emmet le estaba diciendo que la división de investigación garantizaba que el campo de aturdimiento de baja intensidad en el que habían colocado a Lucky mantendría inofensivo al gato verde.

Pero Phil sólo oyó la parte final de la conversación, ya que estaba sentado entre el doctor Garnett y Sacheverell. Al momento siguiente la habitación quedó en completo silencio. Emmet los miró a todos.

Finalmente, Emmet dijo: "Creo que todos saben por qué están aquí. Quiero la máxima cooperación de todos. Dentro de los muros de seguridad que ahora nos rodean, es posible una franqueza total. Yo mismo seré tan franco como espero que lo sean ustedes".

Emmet hizo una pausa y se inclinó un poco hacia delante. "Para empezar, la criatura conocida como el gato verde es real. Sus poderes para influir en el pensamiento y las emociones también son reales. Su verdadera intención es la conquista de los Estados Unidos y del mundo entero. Por último, no es ni mutante ni mecanismo, sino un invasor del sistema planetario de otra estrella. Dr. Opperly, ¿tendría la amabilidad de exponer la información que ha obtenido del ser que se hace pasar por la señorita Afrodita da Silva?".

La voz del doctor Opperly era débil pero muy clara.

"El octavo planeta de la estrella Vega -es decir, si la señorita da Silva y yo hemos acertado en nuestras identificaciones- es de tipo terrestre, aunque de masa algo mayor. Su paisaje, según me ha dicho la señorita da Silva, se puede describir como interminables llanuras ásperas, salpicadas de pequeños lagos y pantanos, y arboledas de árboles altos. En este planeta, la inteligencia evolucionó en un veloz bípedo ungulado comedor de hojas, cuyas patas delanteras se especializaron como órganos para manipular ramas y trepar brevemente en busca de alimento. Esta especialización se produjo cuando la criatura era un equino primitivo, de modo que mientras sus patas traseras desarrollaban cascos muy parecidos a los de un caballo, sus patas delanteras se convertían en manos asombrosamente humanoides. El resultado fue un ser notablemente parecido a los sátiros y faunos de la mitología griega. Señorita da Silva, ¿le importaría dar una idea a esta gente?".

Dytie se levantó, se quitó la capa y se puso frente a ellos en hirsuta

desnudez. Por un momento no hubo ninguna reacción, pero luego dio dos pisotones y su figura se hizo real. Se envolvió en la capa y se sentó.

"La señorita da Silva me ha dicho que la ropa no es costumbre en Vega Ocho", observó Opperly. "También han avanzado mucho más que nosotros en tecnología, poseen campos de fuerza que desvían la gravedad, también naves espaciales de propulsión atómica directa capaces de aproximarse a la velocidad de la luz. Pero quizá el hecho más destacable de esta raza de sátiros es que son simbiontes, y que sus compañeros simbióticos son un tipo de criatura que nunca evolucionó en la Tierra y que tiene un modo de vida con el que no estamos familiarizados. Por el momento no diré nada sobre estos compañeros simbióticos, excepto que no tienen tecnología, que no se originaron en Vega Ocho, y que no son muy inteligentes, pero que son los responsables de la invasión vegana de la Tierra".

Opperly ignoró los murmullos que despertaron aquellas paradójicas afirmaciones. "A instancias de sus socios simbióticos, los sátiros -si se me permite el término- enviaron una nave espacial a la Tierra. Deduzco que los 26 años luz fueron recorridos en algo así como 35, aunque por supuesto el tiempo fue mucho menor para los viajeros. Al acercarse a la Tierra, pusieron su nave en órbita y la hicieron invisible. Durante unos dos años más permanecieron en la nave, salvo para realizar cuidadosos viajes de exploración en un bote espacial que desviaba la gravedad. Siguieron nuestras emisiones de radio y televisión, aprendieron algo de nuestras lenguas y costumbres. Los sátiros se dieron cuenta de que sería posible disfrazarse de terrícolas y lo hicieron con entusiasmo, ya que sabían que sería muy conveniente para ellos mantenerse en estrecho contacto con sus más bien dispersos compañeros simbióticos cuando comenzara la invasión.

"Y ahora", dijo Opperly lentamente, "llego al punto en que debo describir a los socios simbióticos y no estoy muy seguro de poder hacerlo. ¿No cree, señorita da Silva...?". Pero Dytie negó enérgicamente con la cabeza. Opperly cerró los ojos un momento y luego dijo: "Ya sabe cómo la presencia de una mascota puede traer ocasionalmente la armonía a un hogar. O a veces es un niño. Bien, imagina un animal que, en algún momento de la evolución, empezara a especializarse para este propósito y evolucionara hasta convertirse en un portador de armonía. Pensemos en cómo el gato se ha establecido en nuestra cultura, en gran parte gracias a su encanto, e imaginemos cuánto más éxito tendría si pudiera traernos no sólo belleza, sino también armonía y paz. Imaginemos que una criatura así desarrollara gradualmente el poder de crear y rociar hormonas que disiparan la ira y crearan amistad en otras criaturas, algo así como las

flores que desarrollaron aromas y olores para atraer a las abejas. E imagínese que desarrolla, con fines autodefensivos, hormonas para crear terror. Imagínese que adquiere una percepción extrasensorial y una sensibilidad a las ondas de pensamiento, y que descubre así todo un nuevo reino de posibilidades para traer armonía y crear paz. Imaginemos que se convierte en lo que podríamos llamar un catalizador esp, ya sea actuando como una estación de retransmisión esp que amplifica y redirige las ondas de pensamiento, o recibiendo, copiando y proyectando nubes de moléculas de memoria perforadas. Imaginemos que sobrevive y se multiplica porque se le paga por la paz y la compenetración emocional que aporta, como al gato se le paga por su belleza, en moneda de comida, caricias y protección.

"Una criatura así no desarrollaría una inteligencia general, porque siempre dependería para su supervivencia de los cuidados de los demás. Sin embargo, tendría una gran inteligencia para comprender y manipular los estados de ánimo y los sentimientos de otros animales. Sería....".

Vaciló y Dytie da Silva le llamó: "... ¡toca de oído!".

"Gracias", le dijo Opperly. "Siempre sería transmisor, no emisor. Pero, aunque carezca de inteligencia general, siempre buscaría seres con la mayor inteligencia general posible, ya que podrían aportarle la mayor seguridad. Sería astuto en todos los engaños que le permitieran penetrar en una nueva cultura, como la imitación de animales de apariencia similar para camuflarse. Como cualquier otra especie, se esforzaría por multiplicarse y colonizar, para cumplir su destino en el cosmos. Por medio de sus poderes extrasensoriales, espiaría la inteligencia en lugares distantes, incluso en planetas lejanos, y persuadiría a sus socios simbióticos para que le llevaran a esos lugares y planetas",

Hizo una pausa. "Y ahora os pido a todos -dijo- que tratéis de imaginaros cómo sería ser los compañeros simbióticos de una criatura tan armoniosa, tener una telepatía de sentimientos y quizá de pensamientos con los que os rodean, tener una guardia constante contra esos momentos de rabia ciega y egoísmo glacial que conducen al asesinato y a la guerra, estar siempre razonablemente en sintonía y, sin embargo, no privados de ninguna de vuestras facultades básicas, percepciones y poderes...".

Pero no hace falta que os lo pregunte, porque ya estáis en ese estado. Sois simbiontes del gato verde, o mejor dicho, uno de los gatos verdes".

Al decir esto, una cabeza de un amarillo bastante más dorado que la de Lucky se asomó desde el regazo de Emmet y los miró a todos. Y Phil se dio cuenta de que la sensación que lo había poseído desde que

había entrado en esta habitación era el resplandor de uno de los primos de Lucky. Y entonces sintió que el resplandor de Lucky se sumaba a él, y mirando a su alrededor, hacia el artilugio electrónico, vio a Lucky levantando la cabeza por encima del borde.

Mientras tanto, John Emmet decía: "Les dije que el gato verde -o mejor dicho, los gatos- pretendían la conquista de América. Quería que escucharan un poco más de los antecedentes antes de añadir que, por lo que respecta a la Oficina Federal de Lealtad y a la Oficina del Presidente, la conquista se ha completado". Y John Emmet sonrió.

"Además", añadió, "a juzgar por los mensajes que acabamos de recibir de su luna de noticias, junto con algunas extraordinarias muestras de fe, el Kremlin también ha capitulado ante la invasión vegana".

"¡Eso es bueno!" Dytie gritó, saltando. "Sólo cuatro sátiros, diez mininos vienen en una nave. Enviamos siete mininos, dos sátiros detrás de velo ferroso-significa cortina de hierro. Creemos que necesitan mininos sólo un poco más que ustedes".

Y así, toda la solemne reunión se fundió en un torrente de preguntas y respuestas, reflexiones gritadas y conversaciones balbuceantes. Agarrando un poco de aquí y de allá, Phil se enteró de cómo el segundo gato verde, más amarillento y alejado de Dion y Dytie durante una semana, había regresado inesperadamente con su ama vegana después de visitar un gran número de servicios religiosos de lo más extasiados, y cómo Opperly había pasado de contrabando ese gato a Barnes y así a Emmet. Oyó a Dytie explicar cómo los gatos fingían inconsciencia después de recuperarse de un aturdimiento, y por qué insistían en comer en privado en la Tierra: imitaban a los gatos normales y sabían que sus bocas rociadoras de hormonas, necesariamente extendidas al comer, los delatarían. Oyó que Dion intentaba explicar al Dr. Garnett cómo los gatos de Vega Ocho habían empezado a apuntar sus hocicos hacia la estrella que era el Sol y a maullarle por la noche, y el Dr. Garnett sugirió con orgullo que debían de estar espiando las ondas cerebrales emitidas por la Fundación Humberford. Dion intentó explicar que Vega Ocho había sido un planeta devastado por la guerra hasta que una raza de gusanos inteligentes que viajaban por el espacio les había traído los gatos verdes.

Pero mientras Phil absorbía toda esta información e intercambiaba palabras con una y otra persona, se movía entre la agitada multitud en una dirección muy definida y con un propósito muy definido. Sin embargo, mientras avanzaba, continuó escuchando fragmentos de conversación.

Oyó a Sacheverell Akeley explicándole al canciller Frobisher que, de todos modos, los gatos verdes probablemente eran todos descendientes

de Bast y que los antiguos egipcios -o tal vez los atlantes- probablemente habían tenido naves espaciales y habían llevado a los gatos verdes a Vega en primer lugar.

Oyó a Cookie burlarse suavemente de Mary Akeley por haberse enamorado de un sátiro y a ella asegurarle alegremente que le gustaban los hombres con pezuñas y que, en cualquier caso, iba a hacer de él un muñeco.

Oyó a Jack señalando al doctor Romadka que ahora que tenían a los gatos verdes, no iba a haber mucha utilidad para los psicoanalistas ni para la policía del pensamiento y los comisarios, y Romadka le recordaba que la mayoría de los productos que vendía Fun Incorporated, incluida la lucha libre entre hombres y mujeres, tampoco tendrían mucho mercado.

Oyó a Carstairs, Llewellyn y Buck hablar de organizar una orden caballeresca que se llamaría los Caballeros del Gato Verde.

Oyó a Juno Jones contarle a Moe Brimstine que desde su infancia en la granja siempre le habían gustado más los animales que los humanos y que estaba muy contenta de que un animal fuera a ayudarla a cambiar de opinión... ¿y dónde estaba la ratita Jack? Moe Brimstine le respondió que había pasado tanto tiempo saltando sobre la gente que nunca había aprendido a entenderla, mientras que el pobre Hans Billig había saltado de un lado a otro tan rápido que nunca se había fijado en la gente.

Oyó a John Emmet y Dave Greeley hablar de la logística de los gatos verdes: ¿cómo se las arreglarían para cubrir el mundo entero con esas criaturas?

Oyó a Morton Opperly y al Dr. Garnett hablando de cosas que se le pasaban por la cabeza sobre esp-nexos y líneas de pensamiento y de qué galaxia procedían los gatos en primer lugar.

Cogió la mano delgada y cansada de Mitzie Romadka y le aseguró que la quería y que pensaba que la violencia, los celos e incluso la venganza eran admirables hasta cierto punto.

Pero nunca perdió de vista su principal propósito. Mientras se acercaba a la caja de paredes bajas desde la que Lucky seguía mirando tranquilamente, el presidente Barnes dejó de asegurar a Mary Akeley que la directiva para la destrucción de todos los gatos ya había sido cancelada, y se acercó a Phil y le echó el brazo por los hombros de forma paternal y le dijo: "Hola, jovencito, he oído que estuviste muy cerca de este gato durante un par de días. Siento tener que quitártelo de las manos".

Phil se enderezó. "No es cierto", dijo, "Lucky es mi gato".

"Pues mira, jovencito", protestó Barnes amablemente, "soy el

presidente, así que tengo que tener uno de estos gatos. Emmet ya tiene uno y la Fundación Humberford realmente necesita uno, y sólo hay tres en el país. Ya se lo habéis oído decir a la joven de Vega".

Varias personas y los dos sátiros se acercaron, atraídos por la discusión.

"No me importa", dijo Phil, muy animado por la firmeza con que la mano de Mitzie agarraba la suya. "Sé que esto es una crisis cósmica y todo eso, pero éste es mi gato y yo le di de comer y me lo voy a quedar. Ven aquí, Lucky".

Lucky saltó de la caja a sus brazos.

"Supongo que eso lo demuestra", dijo Phil.

Barnes le miró un poco indignado y hubo todo tipo de comentarios murmurados, pero justo entonces oyeron un maullido diminuto y variado. Procedía de la caja de la que había salido Lucky.

Miraron dentro y vieron cinco duplicados diminutos de Lucky que asomaban sus pequeñas caras cónicas hacia arriba.

Dytie dijo, "Son pequeños, pero son muy buenos, grandes gatitos, muy útiles".

Barnes dijo, extendiéndose alrededor, "Por qué, ahora habrá uno para el Ejército, la Marina, el Dr. Opperly, yo mismo, ese matón del este que piensa que va a ser el próximo presidente...."

"Ahora Bobbie", sugirió Opperly, "no vayas a regalar más gatitos de los que tienes".

"... y, estaba a punto de decir", terminó Barnes con calma, "uno para este joven de aquí".

Phil miró a Lucky acunado en sus brazos. "Así que eres una hembra después de todo", dijo.

"¡Oh, no!" Dytie estalló excitada, medio fuera de su capa y medio dentro de ella. "No entiendes Vega. En Vega el sexo es diferente. En Vega es como..." y torció la cara, buscando la palabra.

"Los canguros", interpuso Opperly.

"¡Sí!" exclamó Dytie triunfante. "Sólo esta diferencia: la esposa lleva a los bebés mientras, entonces los bebés van en la bolsa del padre, él lleva el tiempo de descanso. Todos ayudan. Más tarde, los bebés dejan la bolsa, amamantados por la madre. Quítate los pantalones, Dion, muestra la bolsa".

Pero Dion se negó indignado.

"En Vega los hombres son muy modestos" Dytie dijo a Phil. "De cualquier manera, Lucky es macho".

FIN